



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

FACULTAD DE HUMANIDADES

**La ficcionalización de la figura histórica de Cristóbal Colón
en *Vigilia del Almirante* de Augusto Roa Bastos**

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRA EN HUMANIDADES: ESTUDIOS LITERARIOS

PRESENTA:

SILVIA MARTÍNEZ GARCÍA

DR. MARCO ANTONIO URDAPILLETA MUÑOZ

DIRECTOR DE TESIS

DR. FRANCISCO JAVIER BELTRÁN CABRERA

DR. DANIEL CHÁVEZ JIMÉNEZ

CODIRECTORES DE TESIS



JULIO, 2018

Agradecimientos

Al doctor Marco Urdapilleta Muñoz, por el gran interés que desde un inicio mostró al presentarme mi anteproyecto de investigación. Agradezco sus excelentes dotes intelectuales y humanas; su disponibilidad, tiempo y amistad constantes; su gran dedicación a la enseñanza de las letras y el que siempre y en todo momento me haya alentado a concluir esta tesis, que se convirtió en una gran y larga aventura. Marco: gracias por permitirme trabajar contigo, por colaborar tanto en esta tesis, por todos los conocimientos que me compartiste, por los libros prestados y, sobre todo, gracias por tu paciencia.

A mis lectores de tesis, los doctores Javier Beltrán y Daniar Chávez, por sus comentarios y observaciones siempre atinados sobre mi trabajo. Gracias también a mis profesores del posgrado en Humanidades, María Luisa Bacarlett y Javier Solé, por compartir sus lecturas y sus conocimientos. A mi querida Facultad de Humanidades, en la que he vivido muchos de los mejores momentos de mi vida. Gracias al Conacyt, por financiar esta investigación.

Agradezco profundamente a mi familia. A mis padres, quienes me han apoyado siempre y son mi inspiración; a mi papá, Heriberto Ricardo, que es mi pilar y mi ejemplo; a mi mamá, Ángela Silvia, que me ha enseñado a trabajar por mis sueños y a no darme por vencida. A mis tías, María de la Luz y María Belem, por su todo su cariño y por cuidarme cuando era una niña.

A Walter René, mi compañero en este gran viaje que es la vida. Gracias por estos años que has estado a mi lado; por creer en mí, por levantarme cuando me he sentido fatigada y por alentarme a seguir adelante. Gracias por llegar a mi vida y por querer quedarte en ella. Agradezco infinitamente tu amor; nada sería igual sin ti. Hoy comparto mi vida contigo y quiero hacerlo hasta que se agote.

Para Walter René,
con amor.

A los pueblos
de América Latina.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	2
1. CARACTERIZACIÓN DE LAS VOCES DE LA NOVELA	7
1.1. El autor y el paratexto	7
1.2. Enunciación en el relato	18
1.3. El <i>ethos</i> de las voces narrativas	32
1.3.1. Narrador	34
1.3.2. Almirante	43
1.3.3. El Ermitaño	48
Conclusiones	52
2. LAS REPRESENTACIONES DEL ALMIRANTE	54
2.1. La autorepresentación de Colón	55
2.1.1. Balance de la imagen de Colón	66
2.2. Las imágenes que construye el narrador	68
2.2.1. El narrador como autor de un personaje	68
2.2.2. La leyenda del Piloto anónimo	70
2.2.3. Búsqueda del patrocinio	72
2.2.4. El viaje y el lamentable regreso a España	75
2.3. Las imágenes de Colón	81
2.3.1. Colón-peregrino	81
2.3.2. Colón-Moisés	84
2.3.3. Colón-Quijote	87
2.3.4. Colón-pícaro	89
Conclusiones	93
3. UN DIÁLOGO CON LOS TEXTOS HISTORIOGRÁFICOS	94
3.1. Colón y los cronistas	97
3.1.1. Un hombre predestinado	97
3.1.2. Sobre los conocimientos del navegante	103
3.1.3. El origen del Almirante	105
3.1.4. El retrato	111
3.1.5. Argumentos sobre la existencia del Piloto	114
3.2. <i>Vigilia del Almirante</i> y la nueva novela histórica	122
3.3. La ficcionalización de la figura histórica de Cristóbal Colón	126
3.4. Un diálogo convergente entre historia y literatura	129
3.5. Descubrimiento, encuentro o encubrimiento: hacia una reinterpretación del Descubrimiento	135
Conclusiones	144
Conclusiones generales	147
Fuentes consultadas	152

INTRODUCCIÓN

Dentro de la literatura latinoamericana, la obra del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos (1917-2005) ocupa un lugar relevante; sus textos son un rico universo de posibilidades interpretativas que le han colocado como el escritor más importante del Paraguay y uno de los más destacados de la literatura hispanoamericana. Este reconocimiento se finca en su destreza en el manejo del lenguaje, en los recursos narrativos que utiliza, en los temas que trata —la recuperación de importantes sucesos históricos de Paraguay, su constante indagación en el destino del hombre, su peculiar acercamiento a los conflictos sociales y la reivindicación del guaraní como lengua oficial de su país son sólo algunos— y, sin duda, en el amor que le tenía a su tierra natal y a las culturas de América Latina.

En su afán por dialogar con la historia latinoamericana, Roa Bastos decidió escribir acerca de uno de los acontecimientos señeros de nuestra historia, el llamado Descubrimiento de América, un hecho “sin parangón [...] que vino a transformar radicalmente, a escala planetaria, la cosmovisión vigente hasta entonces” (Roa, 1993: 11). Señaló que los latinoamericanos no podemos negarlo —el Descubrimiento—, porque equivaldría a negarnos a nosotros mismos, así que lo cataloga como un hecho fundacional de nuestra historia. Este es el soporte y la conclusión a la que llega Roa Bastos luego de retomar un proyecto que se quedó

varado por alrededor de cuarenta años (Barrio, 1990); retomó un borrador sobre Cristóbal Colón que había elaborado antes de ser exiliado de Paraguay, que al concluirlo tituló *Vigilia del Almirante*. Ésta le pareció la mejor de sus novelas y de la que se sentía muy orgulloso como escritor y como latinoamericano (*El País*, 1992).

Pero la crítica no siempre coincidió con el juicio estético del autor, pues una vez que se publicó la novela en 1992 rápidamente generó polémica. Menton (1994: 346) aseveró que “se queda corta”, en comparación con sus anteriores novelas — *Hijo de hombre* (1960) y *Yo el Supremo* (1974)— y que lo único original que tiene es la presencia del Piloto anónimo. Además, añade el crítico norteamericano, la novela no es mejor que *El arpa y la sombra* (1978) de Alejo Carpentier, ni que *Los perros del Paraíso* (1983) de Abel Posse. Desde otro ángulo, García (2008: 192) descalifica la obra al afirmar que ésta no hace honor al Almirante (Cristóbal Colón).

Los juicios positivos, sin embargo, abundaron. Ezquerro (1993: 129) señaló que la novela es “un hito muy significativo en la historia de la obra robastiana”, y Rodilla (1998: 383) apunta que es una obra “magistralmente lograda”.

Otros autores se dedicaron a estudiar las características más importantes del texto, señalando que su carácter metaficcional permite “incorporar nuevos puntos de vista y enriquecer las posibilidades de interpretación” (Hernández y Montolio, 2006: 37) de la vida del Almirante; o también puntualizan en su cuestionamiento del discurso oficial acerca de la historia del Almirante a favor de la interpretación plural de los acontecimientos, lo que lleva a la desmitificación de la figura de Colón (Perkowska, 2008: 19-21; Shaw, 2005: 172). Sin embargo, la novela no sólo

cuestiona la llamada “historia oficial”; plantea un diálogo más hondo con las fuentes que buscan asir de manera más acuciosa, pero abierta, al Almirante. Se trata de una especulación ficcional, necesaria para abrir la posibilidad de leer de otra manera la gesta colombina y dar espacio a lo silenciado, a las interrogantes en torno a la figura de Colón para permitir dar una mirada compleja y sentar dudas en torno a un personaje sobre el que todavía no se sabe lo suficiente, pero que es un ícono inobjetable en la historia.

El punto frecuente a debatir en los estudios y críticas de *Vigilia del Almirante* es la fidelidad o verosimilitud del retrato ficcional del protagonista. Esta fidelidad responde en primera instancia a la condición ficcional de la novela, pero la imagen del Almirante sólo puede ser perfilada a partir del contraste con las fuentes que como intertextos se tejen en la novela. Ante la diversidad de opiniones reunidas en un solo relato, el propósito de la novela es mostrar la ambigüedad moral del Almirante y su “carnadura real” despojada de los ditirambos de los adversarios o los lustres de sus panegiristas. Sin embargo, creemos que no ha sido ponderada suficientemente esta reelaboración de las fuentes en el armado de la novela; ni tampoco ha sido abordada de manera suficiente la forma en que se construye el tono crítico y reflexivo que caracteriza la novela, el cual no hubiera sido posible sin referir las obras que fungen como testimonio: la *Historia de las Indias* de Las Casas, la *Historia general y natural de las Indias* de Fernández de Oviedo, la *Historia del Almirante* de Hernando Colón, la *Historia general de las Indias* de López de Gómara, las *Décadas del Nuevo Mundo* de Anglería, e incluyo aquí los textos del Almirante (cartas, diarios de navegación y el llamado *Libro de las Profecías*). A esta lista habría

que agregar otras obras: *El Almirante de la Mar Océano* de Samuel E. Morison, una de las biografías más completas de Colón, y *Colón y su secreto* de Juan Manzano Manzano, cuya obra se ocupa de aportar pruebas sobre la existencia del Piloto anónimo.

Todas estas obras resultan indispensables para ubicar las voces que intervienen en la novela y su *ethos*, así como las distintas imágenes del Almirante que se desprenden de la narración. Como resultado de esto, y del afán explorador del escritor, nos situamos frente a un Colón entresacado de la información histórica, ficticio, sí, pero también lejos del mito. Roa Bastos apuesta por tratar de mostrar un Colón con defectos y virtudes, errores y aciertos, y para ello cuenta tanto con la información vertida en los documentos historiográficos como con lo que se ignora o se especula acerca de él. Así, en un acto imaginativo y de fe paradójicamente lo liga al Quijote. El Almirante es un caballero, no andante, sino navegante, no honrado, sino pícaro, que leía por ratos novelas de caballería.

La hipótesis que guio nuestro trabajo es que la construcción polifónica de las enunciaciones y la visión poliédrica del Almirante se alcanza mediante la confluencia de una serie de discursos de diferente naturaleza y perspectiva ideológica que dialogan entre sí. Esta interacción permite que el conjunto de los discursos confronten la imagen histórica del navegante genovés, toda vez que la unión de discursos propician un enfoque poliédrico del Almirante, diferente al que mantienen los textos históricos, guiados por el rigor argumentativo y demostrativo. Así, la imagen generada por la novela articula las múltiples perspectivas que sobre la vida del Almirante se tienen en el presente y en el pasado.

El objetivo central de la investigación es describir la figura de Colón que se desprende del diálogo de las voces narrativas que integran la novela, es decir, establecer qué sentido asume la figura del Almirante como resultado de un juego de voces y de imágenes de él que se complementan, pero que también se desdican y se confrontan. Los objetivos particulares son: 1) identificar y caracterizar las voces del relato y la perspectiva que cada una tiene del Almirante; para lograrlo se acudió a la teoría de Genette acerca de la pragmática del relato y al concepto de *ethos* planteado por la Retórica; 2) analizar e interpretar el diálogo de los diferentes discursos que conforman la figura de Colón en la novela a partir de los tópicos más relevantes en la construcción de la figura del Almirante; y, finalmente, 3) interpretar el diálogo entre la historia y la ficción que se establece a propósito de la novela a partir de la propuesta de la nueva novela histórica y de las reflexiones de Ricœur acerca de la relación entre ficción y literatura.

El trabajo se dividió en tres capítulos; en el primero se analiza el paratexto de la novela junto con las voces narrativas y el *ethos* de cada una. En el segundo se ubican las distintas imágenes del Almirante a partir de las principales voces del relato, y en el tercero se muestra el diálogo entre los textos historiográficos retomados en la novela para observar la forma en que se construye la imagen de Colón en el marco de la estética de la nueva novela histórica, pues la novela se propone tejer el discurso ficcional con elementos históricos para desacreditar las imágenes acartonadas del genovés.

CARACTERIZACIÓN DE LAS VOCES DE LA NOVELA

El propósito del capítulo es estudiar el juego de las diversas voces que conforman el texto. Para este efecto se analizan los paratextos, en la medida en que aparece ahí la voz autoral; se examina la enunciación a través del narrador y dos personajes, así como el *ethos* de los tres enunciadores.

1.1 El autor y el paratexto

Antes de entrar al universo narrativo de *Vigilia del Almirante* consideramos pertinente analizar los textos que están afuera de la diégesis para relacionarlos con el discurso narrativo; se trata de una dedicatoria, cuatro epígrafes, un prólogo y una sección de reconocimientos.

Estos textos no forman parte de la enunciación de la novela, sin embargo, guardan relación transtextual con el discurso narrativo. Les retomamos para nuestra investigación porque, previos o póstumos a la diégesis, contribuyen a darle sentido,

a contextualizar la novela y a ampliar o explicar aspectos del texto; asimismo, son información anticipada que ayuda a desentrañar la poética de *Vigilia del Almirante*.

Si bien un discurso narrativo es un texto con significación, frecuentemente se presenta con un acompañamiento pertinente que lo enmarca, como es el caso de la novela de Roa Bastos. A la relación que guarda el texto con estos escritos Genette (1989: 10-14) la llama “paratextual”; menciona que entran en esta clasificación los “títulos, prólogos, notas a pie, etcétera”. En *Vigilia del Almirante* el paratexto es un umbral que proporciona información antes de entrar al relato; en este caso, ayuda al lector a guiar su lectura y a conocer la intención del texto. En este paratexto, Roa Bastos establece indicios que señalan cómo debe leerse su novela.

El paratexto de *Vigilia del Almirante* contiene datos y afirmaciones que mencionan abiertamente algunas de las intenciones del texto: “contar en lengua de hoy su historia adivinada” —de Cristóbal Colón, figura histórica en la que está inspirado el protagonista de la novela—; “imaginar su presencia en presente” (Roa, 1993: 11)¹.

Gran parte de la crítica vertida en torno a esta novela retoma el paratexto para discernir acerca de lo que el autor propone. Es importante el marco paratextual porque en gran medida justifica ante el posible lector la elaboración de la novela a partir de una forma de comprender la figura de Colón construida por la historia.

Quiere este texto recuperar la carnadura del hombre común, oscuramente genial, que produjo sin saberlo, sin proponérselo, sin presentirlo siquiera, el mayor acontecimiento cosmográfico y cultural registrado en dos milenios de la historia de la humanidad (11).

¹ En adelante, todas las citas pertenecientes a *Vigilia del Almirante* las referiré colocando el número de la página entre paréntesis. En todos los casos se citará la edición de Cal y Arena de 1993.

Presentado desde un nivel externo al acto narrativo ficcional, el primer paratexto es una dedicatoria: “A Josefina Plá, maestra y amiga”. Después del título, que marca el inicio del texto, Roa Bastos dirige su homenaje a su “admirada” amiga, a quien “manifestó siempre una particular estima y respeto” (Pecci, 2007: 34). La relación entre Roa Bastos y Plá fue de entrañable amistad. Josefina Plá fue poeta, dramaturga, narradora, crítica de arte, ensayista, periodista y una influencia visible para Roa Bastos (Méndez-Faith, 2003); la tenía como “maestra de muchas generaciones” (Pecci, 2007: 134) y como “el más alto valor de las letras hispánicas en la América actual” (Pecci, 2007: 319). De nacionalidad española (Islas Canarias, 1909-Asunción, 1999), Plá se nacionalizó paraguaya y dedicó gran parte de su vida al quehacer artístico de ese país. Con ella y con Herib Campos Cervera, Roa Bastos fundó el grupo Poesía Actual, que significó una renovación poética en Paraguay en la década de los años cuarenta. La obra de estos tres escritores logró reflejar una “nueva conciencia crítica”; surgió una poesía “introspectiva y enraizada en el ser humano y sus preocupaciones” (Méndez-Faith, 2003), con temas como la angustia del destierro y el sufrimiento colectivo. Posteriormente, Plá inició otro grupo, integrado por poetas de la generación del sesenta, cuyas obras se centraron en lo político y en lo social.

La obra de Plá está ampliamente relacionada con la cultura del Paraguay y su contribución fue muy significativa para el desarrollo cultural de ese país. Fueron más de sesenta años los que dedicó intensamente a la creación y a la crítica; sus libros publicados ascienden a más de cincuenta, destacando los ensayos a propósito de la literatura y la cultura paraguaya. Plá murió siete años después de la publicación de *Vigilia del Almirante*.

Posteriormente se insertan tres citas textuales que el autor relaciona con los temas de su texto. Se trata de tres epígrafes, el primero es “Tierra deseada, igual al deseo...” y pertenece a la obra dramática *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, de Félix Lope de Vega, obra en tres actos escrita entre 1598 y 1603. De entre la diversidad de temas que abordó Lope de Vega, esta comedia destaca por su tema histórico; como el título lo dice, aborda el Descubrimiento y pone en el centro a Cristóbal Colón.

Dada la magnitud de la empresa descubridora no es de extrañar que en el Siglo de Oro éste fuera un tema fecundo que inspirara a la creación, como lo ha sido para las letras posteriores; basta mencionar las novelas de Carpentier, Posse y, por supuesto, la de Roa Bastos. Sin duda alguna, la vida de Colón y el episodio del Descubrimiento han sido objeto de inspiración en muchos momentos literarios posteriores.

En lo que respecta a la mencionada comedia de Lope de Vega, en el argumento hay una representación histórica del Descubrimiento que se recupera de las crónicas; además, una de las originalidades de esta obra dramática es señalar que un piloto fue el guía que le reveló a Colón la ruta para llegar a unas tierras nuevas. La leyenda de la existencia de un piloto precursor del Descubrimiento la refieren los cronistas Fernández de Oviedo, López de Gómara, el Inca Garcilaso, José de Acosta, así como los historiadores Samuel E. Morison y Juan Manzano, unos teniéndola por falsa y otros por verdadera —en el caso de Garcilaso, López de Gómara y Juan Manzano es verdadera—. También Roa Bastos la retoma para su novela, como se verá el capítulo 3.

Como se señaló, de la comedia de Lope de Vega, Roa Bastos toma su epígrafe: “Tierra deseada, igual al deseo...”. Esta cita enfatiza la ansiedad por encontrar las tierras nuevas y hace notar el anhelo vehemente del Almirante por hallarlas. La tierra nueva encerraba todo lo que el navegante deseaba.

Este epígrafe lo construye Roa Bastos de manera similar a su novela, retomando fragmentos de diversos discursos. Es un epígrafe compuesto en donde los discursos extraídos son compatibles y comparten un mismo punto: el deseo por llegar a las nuevas tierras.

COLÓN:	¡Tierra, y tierra deseada!
BARTOLOMÉ:	¡Ya te beso, amada tierra!
COLÓN:	¡Mil besos la quiero dar! Por el largo desear, después de tan larga guerra, se llame la Deseada.
ARANA:	¡Buen nombre!
TERRAZAS:	Igual al deseo. ²

Roa Bastos elabora el epígrafe para su novela con los versos de los diálogos de Colón y de Terrazas. Este recurso plantea que para construir un discurso es necesario tomar en cuenta o, incluso, echar mano de otros; así, su *Vigilia del Almirante*, como su epígrafe, se construirá recogiendo varios discursos, como se verá más adelante. La propuesta del autor, derivada de este primer epígrafe, es que para dar una nueva lectura de los hechos es necesario tomar en cuenta lo que se ha dicho y, a partir de ahí, armar una visión y opinión propia sobre los hechos.

² Véanse los versos 1558 y 1565 de *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, de Félix Lope de Vega (1838).

El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón fue una obra polémica en su tiempo debido al interés de Lope de Vega por abordar el tema del Descubrimiento³, al que se refiere la mayor parte del “Acto Primero”, las primeras escenas del segundo y la última parte del tercero. Hay también en la obra interés por otros temas, como la conquista de Granada por Castilla en 1492, y los amores de indias, indios y españoles; sin embargo, a Lope le interesó particularmente el Descubrimiento y la figura de Colón. Lope de Vega construye su comedia con lo vertido en las crónicas y en otros textos historiográficos, de manera similar a como lo hiciera Roa Bastos, por ello lo traemos a cuentas. Tanto en la comedia de Lope de Vega como en la *Vigilia del Almirante* de Roa Bastos se desarrollan tres momentos de la trayectoria que siguió Colón: 1) la búsqueda del patrocinio para realizar el viaje, 2) la realización del viaje y 3) el regreso de Colón; pero también, y de mucha relevancia, se menciona en ambas la existencia del Piloto anónimo que le reveló al navegante genovés la ruta donde se situaban las nuevas tierras, tema que es de particular interés para esta investigación, como se verá más adelante.

Vinculado también con el deseo, como el primer epígrafe, el segundo que coloca Roa Bastos es una sentencia: “No desees, y serás el más rico hombre del

³ El interés de Lope de Vega por los “temas americanos” fue razón para que Azorín le catalogara como “antiespañol” y “anticolonialista” (Brioso, 1996: 343 y 344). En la comedia de Lope de Vega dos personajes señalan que la empresa descubridora tuvo intenciones materialistas; el personaje la Idolatría le pide a la Providencia que no permita la conversión de los indios, puesto que su intención no tiene fines cristianos: “No permitas, Providencia, / hacerme esta injusticia, / pues los lleva la codicia / a hacer esta diligencia. / So color de religión, / van a buscar plata y oro / del encubierto tesoro”. El Demonio también sostiene que no es Cristo el motivo que les mueve para descubrir nuevas tierras: “No los lleva cristiandad, / sino el oro y la codicia. / España no ha menester / oro, que oro tiene en sí, / sépanlo buscar allí, / que aun yo lo hare parecer. / Mis subterráneos ministros, / lo mostrarán; deja estar / la no vista tierra y mar, / sino en sólo mis registros. / No me hagas este agravio” (Lope de Vega, 1838: 592).

mundo”, y corresponde a los *Trabajos de Persiles y Sigismunda* (Libro Cuarto, Capítulo I) de Miguel de Cervantes (2001). Se trata de un aforismo que ilustra claramente que lo que se desea es lo que falta, por lo tanto, el que no desea no está falto de nada, y de esta forma es el hombre más rico del mundo, porque lo tiene todo. Sin duda este epígrafe va a contrapelo del Almirante de Roa Bastos porque un deseo incontrastable le impulsaba a buscar otros espacios.

El último de los epígrafes forma parte de la tradición oral guaraní. La frase se le atribuye a un chamán llamado Guyravera, y dice: “Voy perdiendo mi ser mientras me voy humanando”. Dentro de la obra de Roa Bastos esta idea es muy recurrente, se coloca en la novela *El fiscal* (1993) y también como epígrafe al ensayo “Entre lo temporal y lo eterno” (2012). Expresa una actitud de los guaraníes frente a la conversión religiosa auspiciada por los evangelizadores jesuitas.

La conversión de los guaraníes encierra un mito de redención expresado por el chamán Guyravera, en el que los indígenas perdieron su “ser natural” mientras los misioneros los instruían (proceso de “humanamiento”, según esta tradición indígena). En “Entre lo temporal y lo eterno” la frase del chamán es el núcleo de la obra y trata críticamente la labor de las misiones jesuitas y su relación con los indígenas guaraníes. Las misiones jesuitas del Paraguay iniciadas en 1610 y concluidas en 1767 fueron materia de inspiración de Roa Bastos también en *Tierra sin mal* (1998), una especie de auto sacramental que versa sobre la expulsión de la orden. La pieza teatral *Tierra sin mal* expresa que los jesuitas prometieron a los indígenas guaraníes llevarlos a su mítica “tierra sin males”. De manera similar a los guaraníes, en *Vigilia del Almirante* el genovés desea fervientemente llegar hasta la Tierra Prometida (Tierra sin mal / Paraíso), convirtiéndose en el guía de su pueblo;

pero también el Almirante puede verse como uno de los guaraníes que peregrinaron para llegar a la Tierra sin mal⁴ o, según la religión cristiana, al Paraíso.

A los epígrafes les sigue el Prólogo, en el que Roa Bastos justifica la elaboración de su novela, obra que se mueve entre la historia y la ficción: “Este es un relato de ficción impura, o mixta, oscilante entre la realidad de la fábula y la fábula de la historia” (11). Pero va más lejos; mediante la idea de una “ficción impura” alude también al mestizaje latinoamericano. Roa Bastos es un hombre de dos mundos, mitad europeo (por la herencia española de quienes colonizaron América) y mitad latinoamericano.

El hecho de que el relato oscile entre “la realidad de la fábula y la fábula de la historia” señala que entre la historia y la ficción hay una estrecha relación, con lo que alude a la verosimilitud de la fábula o de la historia contada y al sentido figurativo de los textos historiográficos. Señala también que su novela va contra lo hegemónico, es heterodoxa. Por ejemplo, su novela es ahistórica o incluso anti-histórica porque los acontecimientos pueden no coincidir con la historia oficial. Además es antimaniquea, porque no deja ver a un Colón bueno o malo, sino que explora los matices en su visión del Almirante. En este sentido es que afirma que la novela no es una hagiografía, ni anatematiza, pues su actitud ante Colón está lejos de la parodia y el pastiche (aludiendo a las novelas de Posse y de Carpentier),

⁴“Los guaraníes contemporáneos nada saben, nada recuerdan de aquel reino, de aquel “disimulado cautiverio”, en el que fueron perdiendo su ser natural mientras se iban “humanando”, según clamó uno de sus chamanes disidentes. Pasan ante las ruinas sin verlas. Ningún mito, ninguna leyenda quedó entre los guaraníes contemporáneos de los chamanes blancos, de aquellos “hechiceros de Dios” que les habían prometido conducirlos hasta la verdadera “Tierra sin males” por otros derroteros que por los anunciados en la profecía inmemorial”. Véase el “Prólogo” de Augusto Roa Bastos para *Tentación de la utopía. La república de los jesuitas en el Paraguay* de Barreiro (1991).

aunque la afirmación hay que tomarla con cuidado pues *Vigilia del Almirante*, con frecuencia, recurre a estas técnicas.

En este tenor, Roa Bastos afirma que uno de los propósitos de su novela es “recuperar la carnadura del hombre común, oscuramente genial, que produjo sin saberlo, sin proponérselo, sin presentirlo siquiera, el mayor acontecimiento cosmográfico y cultural registrado en dos milenios de historia de la humanidad” (11). Su pretensión es mostrar a Colón en su vida cotidiana, lejos del ensalzamiento y del mito; verlo en sí mismo, con sus defectos y virtudes, errores y aciertos: ver al “hombre enigmático, tozudo, desmemoriado para todo lo que no fuera su obsesión” (11).

También Roa Bastos se propone recontar las hazañas de un hombre al que “la historia le robó su nombre” y los latinoamericanos le han visto con una suerte de amor-odio, a consecuencia de su “heredada vocación etnocida y colonial”. Así, la novela pretende restituir a Colón como hombre americano y por ello esta vez se cuenta su historia, pero “en lengua de hoy” (11).

Así, Roa Bastos utiliza este texto preliminar para caracterizar su novela, para acotar las razones que tuvo para escribirla y también para hablar un poco de su poética y de los juegos literarios a los que recurre: anacronismos, inexactitudes y transgresiones con relación a los textos canónicos, recursos que son “deliberados pero no arbitrarios ni caprichosos” (12).

Finalmente señala en esta parte que su *Vigilia de Almirante* es el libro que no halló en ninguna parte; es el libro que siempre quiso leer, cuyo significado único e irrepetible encontrará cada lector dependiendo de su contexto y experiencia, idea que se retoma en el siguiente y último epígrafe, que coloca después del Prólogo y

previo a la Parte I. En él se menciona un juego de narradores: “Estoy ausente porque soy el narrador / Sólo el relato es real. / Tú eres el que escribe y es escrito”. Este cuarto epígrafe se convierte en un preámbulo a la relevancia que adquirirá la función del narrador en la escritura de la novela. La tercera parte de esta cita —“Tú eres el que escribe y es escrito”⁵— se retoma íntegro del epígrafe del *El libro de las preguntas* (1963) de Edmond Jabès y, sobre todo, declara la importancia que tendrá el lector en su novela, pues al leer al mismo tiempo reescribirá la historia.

Sobre la primera línea del epígrafe: “Estoy ausente porque soy el narrador”, es de señalar que hay narradores que no participan en la diégesis, pero la conocen mejor que los personajes. Son un testigo mudo e inmóvil que parece que están presentes sin estarlo. El narrador puede no ser un personaje, pero conoce todo lo que sucede; no podrá actuar en la historia, pero puede verla, describirla y manipularla. En los textos el narrador no es un ser empírico como el escritor: es un recurso literario para contar la historia, así que “sólo el relato es real”, es decir, lo que se cuenta es real porque es la visión de alguien. He aquí el juego de la ficción.

La última parte, “tú eres el que escribe”, alude a quien recibe el relato. Éste recibe el relato y lo imagina y al mismo tiempo lo complementa; se le dan los elementos de la historia y el lector se encarga de lo demás. Por esta razón el lector es quien reescribe el relato.

⁵ Si se retoma la cita del francés (idioma original de la obra) “*Tu es celui qui écrit et qui est écrit*” (Tú eres el que escribe y el que es escrito) la idea es todavía más clara. Lo interesante del texto de Jabès es que se trata de un libro integrado por fragmentos, “roturas, trozos, tiras”; es un libro “desordenado”, repleto de digresiones del narrador, quien cuenta la historia mediante diálogos, canciones y con aforismos. Es el primer libro que escribió Jabès y lo hizo cuando estuvo exiliado en París, dato interesante, ya que Roa Bastos también fue un escritor exiliado. Véase Éric Benoit (2000), *Écrire le cri : Le Livre des Questions d’Edmond Jabès*, pp. 19-21.

Trasladando esta idea a los relatos del Descubrimiento, se puede pensar que cada cronista e historiador narró el suceso a su manera, pues pocos fueron los testigos de vista que dejaron un relato y casi todos lo contaron “de oídas”; como resultado, y después de leer historias, que en rigor deberían ser las mismas, el lector creará otra, su propia versión sobre el Descubrimiento, apoyado por la novela de Roa Bastos. Por ello, como lectores, cada vez que imaginamos “somos escritos” y reescribimos el texto de acuerdo con nuestro propio mundo.

El mismo Roa Bastos apunta en su Prólogo que los escritores escriben la novela que quieren leer; de igual manera, el público tiene la oportunidad de leer la novela que quiere leer y no la que el autor le ofrece, de ahí que los textos literarios adquieran en esta maniobra lectora uno de sus rasgos esenciales: la polisemia. Así, el lector es también escritor, por ello se retoma la frase de Jabès: “tú eres el que escribe y es escrito”.

El último paratexto que coloca Roa Bastos son los agradecimientos. Esta parte aparece al final del discurso novelístico ampliando significativamente el texto. Son diversos los asuntos que se leen en esta parte; primero, Roa Bastos, no obstante con haber dedicado su novela a Josefina Plá, como se vio anteriormente, ahora coloca palabras de agradecimiento para su amiga entrañable, quien significó para él un vínculo entre las culturas europea y latinoamericana. También escribe sobre los obstáculos que tuvo para escribir su novela. Tras su destierro de Paraguay vivió en Buenos Aires y, posteriormente, en Europa; desde el exilio escribió toda su obra, incluida su *Vigilia del Almirante*.

En esta sección también menciona abiertamente los motivos que lo impulsaron a escribir sobre el Descubrimiento y agradece a los historiadores cuyos textos le influyeron para elaborar su versión sobre Colón y el Descubrimiento.

Como puede verse, antes de iniciar el discurso novelesco, Roa Bastos, en el Prólogo, justifica la elaboración de su novela y comienza a dar indicios sobre su contenido y objetivos del texto. En este conjunto de textos que están fuera de la novela menciona algunos de los recursos que estarán presentes; por principio, con el epígrafe de Lope de Vega revela el tema: Colón y el Descubrimiento; en el segundo epígrafe menciona uno de los motivos que moverán a Colón para realizar el viaje: el deseo; posteriormente retoma la frase del chamán guaraní para subrayar que las pasiones humanas (humanarse) transforman a los sujetos, hasta el punto de perderse, como probablemente le ocurriera a Colón. Para cerrar esta parte, le da relevancia por primera vez a la estrategia que utilizará para desarrollar el discurso: el narrador, particularmente complejo, como se verá más adelante.

1.2 Enunciación en el relato

Al entrar en el estudio del discurso novelesco de *Vigilia del Almirante* surge una primera interrogante: ¿quién narra la historia?

Se han localizado tres narradores: el Almirante (narrador autodiegético), un narrador extradiegético y El Ermitaño (narrador testigo), y a éstas se le añaden otras voces que intervienen de manera indirecta y sólo en dos partes (VIII y XIX): los

cronistas. Se trata de una novela que sugiere un juego discursivo entre las diversas voces que aparecen; no es una sola voz la que desarrolla toda la diégesis, sino distintas instancias emiten la enunciación, como se verá.

El análisis narratológico de Bolander (2002) sobre *Vigilia del Almirante* ha sido útil para afirmar que se trata de una novela metaficcional⁶. Afirma que el uso de “varias técnicas narrativas” tiene como objetivo destacar la “complejidad intrínseca del proceso de escribir”; así, utilizando múltiples voces el lector se cuestiona y se involucra en el proceso de ficción. Asimismo, señala que emplear varias voces “puede ser una manera de reflejar que la realidad puede ser vista desde diferentes puntos de vista, lo cual recalca la subjetividad del texto” (Bolander, 2002: 34). Sin embargo, en el artículo, si bien Bolander menciona la presencia de varias voces en la narración, no indica cuáles son ni qué es lo que relatan.

De manera similar, García (1996: 143) indica que la pluralidad de puntos de vista —en *Vigilia del Almirante*— “enriquecen la narración”. Señala que el Almirante se ocupa de contar 27 partes de la novela y que “las otras responsabilidades de acercarnos a la historia Roa Bastos las delega en: 1) ‘Cuentan los cronistas’ [...], 2) ‘Cuenta el narrador’ [...], y 3) ‘Cuenta el ermitaño’”. También, menciona en qué partes de la novela aparecen las voces, sin embargo, no ofrece un análisis detallado de cada una.

⁶ La metaficción es un acto de autorreflexión que ocurre dentro del mismo texto (sobre el lenguaje, la escritura, la literatura), y en este sentido es una especie de autocrítica. Se utiliza el término *metaficción* para referirse a “aquellas ficciones que incorporan dentro de sí las perspectivas características de la crítica”. La metaficción es considerada “la escritura narrativa cuyo interés central consiste en poner en evidencia, de manera lúdica, las convenciones del lenguaje y de la literatura” (Scholes y Zavala, citados en Vizcaíno, 2013: 87 y 88).

Marinone (1997: 119) explica sobre la estructura de la novela que se compone por 53 partes “aparentemente inconexas” y por una estructura pragmática que articula una enunciación en la que destacan el juego de voces entre el Almirante, un narrador, los cronistas y el Ermitaño, quienes “entretejen relatos de por lo menos tres periplos intersectados de un modo u otro en la cuestión colombina”.

Si bien la crítica menciona que en la narración de la novela intervienen las voces del Almirante, de un narrador, del Ermitaño y de los cronistas, ninguno ha referido que existe otro sujeto que no se manifiesta de manera explícita en el discurso, pero que sí está presente: el autor implícito⁷. Éste contribuye en buena

⁷ El concepto de *autor implícito* no está resuelto. Teóricos como Chatman (*Story and Discourse*, 1978), Booth (*The Rhetoric of Fiction*, 1961) y Rimmon-Kenan (*Narrative Fiction*, 1983) han discutido la presencia de un autor implícito en todo texto literario y, de manera general, lo han definido como una estrategia que se encuentra detrás del texto y que establece normas en la narración, o bien, como una estructura que participa en la comunicación, pero que no tiene voz; por lo tanto, no comunica de manera directa en la narración. Por lo anterior, estos teóricos consideran que el autor implícito no debe ser entendido como un participante pragmático de la comunicación, sino como un concepto semántico que se reconstruye mediante el lector implícito. Así, el autor implícito suele verse como un fenómeno de recepción (Véase Kindt, Tom y Hans-Harald Müller, *The Implied Author: Concept and Controversy* (2006). María Stoopan (2005), en *Los autores, el texto, los lectores en el Quijote* hace un amplio análisis y recorrido teórico del concepto “autor implícito”; le interesa indagar expresamente sobre el lugar que ocupa éste en el texto. Stoopan concibe al autor implícito como “sujeto de la enunciación” y como “principio organizador” del texto literario (39 y 40), pero señala que se encuentra oculto y que desde su posición organiza las estrategias textuales. Así, el autor implícito es un sujeto que estará presente en el discurso, como una instancia inconsciente (30), es decir, paradójicamente, está en el texto sin estarlo. El autor implícito se diferencia del narrador porque “la voz del o los narradores, aunque así aparezca en la superficie del texto, no es autónoma; depende de esa instancia superior que la construye, el autor implícito, real sujeto de la enunciación ficcional, responsable de las múltiples estrategias textuales —comprendidas la naturaleza, funciones y comportamiento del o los narradores— y quien, además, soporta la responsabilidad de la intención de sentido de cada texto —en su totalidad, añadiría yo, incluidas, en el caso que nos ocupa, las de las voces narrativas junto con las de los autores ficticios” (Stoopan, 2005: 284). En este trabajo el autor implícito de *Vigilia del Almirante* se manifiesta en la narración cumpliendo un rol pragmático, quedando este rol a cargo del narrador extradiegético o narrador-autor de nuestra historia, quien asume explícitamente el acto de escritura de la totalidad de la diégesis; así, este narrador se señala él mismo como la instancia superior responsable de la autoría y de la narración definitiva de su historia del Almirante: “Los relatos del capítulo anterior están entresacados del Diario de a bordo y en parte de los borradores del Libro del Descubrimiento” (277). Señala también que los relatos del Almirante fueron: “puestos en limpio, depurados y destilados [...] por copistas ociosos [...] entre los cuales se cuenta el narrador de esta vera historia del Almirante” (154). Lo anterior toda vez que el concepto de autor implícito puede corresponderse con el de narrador, pero, también puede ser

parte a la estructuración del texto y continuamente interviene emitiendo juicios y valores, indicando que está presente en el relato.

Por lo tanto, la construcción de la figura histórica de Cristóbal Colón se logra mediante la confluencia de una serie de discursos de diferente naturaleza y perspectiva ideológica que dialogan; esta interacción permite que el conjunto de los discursos confronten la imagen histórica del navegante, toda vez que la unión de esos discursos en uno solo (el texto novelístico) genera un enfoque poliédrico y, por lo mismo, diferente, del Almirante, a los que pueden mantener los textos históricos, a los que se les exige un rigor argumentativo y demostrativo. En este sentido, la imagen generada en la novela articula las múltiples perspectivas que sobre la vida del Almirante se tienen en nuestro tiempo.

Será importante para esta investigación describir e interpretar la imagen de Colón que se desprende del diálogo de las voces narrativas que integran *Vigilia del Almirante* para establecer qué sentido asume la figura del navegante como resultado del juego de voces y de imágenes suyas que se complementan y se confrontan. Para lo anterior, primero es necesario identificar y describir las voces que narran la historia.

La novela está compuesta por 53 partes en las que se cuentan distintos momentos de la vida del navegante y de sus famosos viajes, bajo distintos narradores y perspectivas. El Almirante inicia el discurso novelesco contando su historia, sin embargo, más adelante se percibe que otros narradores articulan la enunciación.

conservado “para designar la intrusión del autor empírico [...] en el texto cuando quiere transmitir sus ideas, opiniones o puntos de vista personales” (Paz, 1995: 89).

El objetivo de este apartado es hallar los elementos o sujetos del discurso narrativo, así como dilucidar qué función tienen en el relato. Para identificar los narradores presentes en la narración es de utilidad la propuesta narratológica de Genette (1972) con *Figuras III*; su teoría ayudará a analizar las voces que participan a lo largo de la novela. Se considera que la interacción de todos los elementos de la enunciación ayuda a que el texto adquiera significación, de ahí la importancia de analizar su estructura narrativa, pues sólo de esta forma se puede conocer el planteamiento que ofrece el texto.

Así, en este apartado se abordará de manera formal el texto para describir qué tipo de relaciones guarda la narración con las distintas instancias que intervienen en ella.

Genette (1972: 298) afirma que en el texto literario no se puede pasar por alto la presencia del narrador, pues se trata de un elemento funcional, cuya presencia guarda una intención de acuerdo con su posición narrativa. De manera similar, Prada (1985: 3-4) explica que no sólo se trata de alguien que cuenta una historia, sino que es una “instancia productora” que lleva a cabo una “función comunicativa” y que puede ser estudiada a través de los enunciados y de sus relaciones.

Todo relato ficcional posee una estructura pragmática y ésta remite a una situación comunicativa en la que intervienen un emisor y un receptor, o un narrador y un narratario. El primero de ellos se comunica con el segundo mediante un conjunto de enunciados narrativos, los cuales estructuran una cadena aún más grande de dos planos, uno de contenido (historia o diégesis) y otro de expresión (discurso). En este sistema, el narrador asume la función de organizar la cadena de

eventos contados, “siempre obedeciendo a la intencionalidad, jerárquicamente superior, del autor inmanente” o autor implícito (Prada, 1985: 11). Así, el narrador se convierte en una función que entra en relación directa con otras unidades: la diégesis y la enunciación.

Pero el narrador no sólo lleva a cabo una función; Genette (1972: 309-310) distingue cinco funciones:

- 1) Función narrativa, que es contar lo sucedido. Es la función más importante, la de articular una secuencia de acciones.
- 2) Organizar el discurso o llevar el control, que se ejemplifica muy bien cuando, al contar el relato, el narrador transmite —mediante un discurso metanarrativo— comentarios en donde se percibe su participación en la articulación de la enunciación: “Los relatos del capítulo anterior están entresacados del *Diario de a bordo* y en parte de los borradores del *Libro del Descubrimiento*” (277).
- 3) Función de comunicación, que es el interés por establecer contacto con el narratario, incluso, entablar un diálogo con él; en este caso, puede verse cuando el narrador emite preguntas acerca de la existencia del Piloto anónimo para que éstas actúen directamente sobre el destinatario: “¿puede esperarse que existan tales documentos sobre un fantasma o sobre un mito que ya se ha instalado en la tradición oral, en la memoria colectiva y hasta en los anales de la ciencia histórica?” (57).

- 4) Función testimonial, que explica la participación del narrador en la historia contada y su relación con ella: “No me desalenté, volví a los cronistas clásicos. Releí casi todo lo que se había escrito sobre el Piloto” (62).

- 5) Función ideológica, cuando hay intervenciones directas o indirectas, así como comentarios del narrador respecto de las acciones o personajes: “Sus reiterados errores que roían a cada paso la gran empresa con imprevistos desvíos y bifurcaciones, con irredimibles frustraciones, le fueron agriando el carácter y la voluntad” (280).

Vigilia del Almirante posee una estructura pragmática en la que intervienen, como se ha dicho, tres sujetos para articular el discurso narrativo. En la Parte I se encuentra que un yo narrador inicia el relato; lo anterior se deduce porque en el proceso de la enunciación se presentan pronombres personales y tiempos verbales que aluden a la primera persona del singular: “Voy tan seguro de mí, tan centrada el alma en su eje, que no puedo detenerme a pensar lo peor donde otros imaginan que ya se están hundiendo” (16). Otra de las razones es que esta parte tiene un subtítulo: “Cuenta el Almirante”, lo cual comunica al lector que lo que leerá a continuación será narrado por el Almirante, protagonista de la diégesis. Así, este narrador-protagonista cuenta su historia y lo seguirá haciendo a lo largo de varios capítulos de la novela de manera discontinua, no lineal conforme a los hechos, y sin seguir un patrón establecido para su aparición como narrador.

De manera continua, este narrador-personaje aparece de la Parte I hasta la Parte VII contando su historia y en los capítulos consecuentes su participación se intercala con otras partes contadas por los otros narradores.

En la mencionada Parte I se advierte un subtítulo: “Cuenta el Almirante”; ¿quién coloca ese subtítulo?

Al texto de Roa Bastos no le es suficiente el narrador autodiegético para contar la historia. Existe otro que narra, que es precisamente quien le delega la voz al narrador autodiegético, lo cual se advierte por los subtítulos que coloca para referir los capítulos de la novela y que forman parte de la estrategia narrativa.

La intención de este narrador se perfila a contar bajo una perspectiva histórica, lo cual torna más objetivo su discurso al describir los hechos, incluso, muestra cierta erudición en el conocimiento de la disciplina histórica. Este narrador contrasta bastante con la voz del Almirante, pues la narración del protagonista presenta un discurso muy personal. Este segundo narrador es extradiegético, es decir, cuenta una historia de la que está ausente y fuera de la diégesis: “Escribe el Almirante, alternadamente, el *Diario de a bordo*, sus *Memorias íntimas* y el *Libro de las Profecías*. Al zarpar de la Isla de Hierro ha comenzado también a escribir la introducción al *Libro del Descubrimiento*, interrumpida con la navegación” (224).

Este narrador, además de mencionar los acontecimientos, ofrece una interpretación o emite juicios sobre los personajes o sobre los hechos:

Un mito emblemático del Almirante, que lleva su nombre, persiste hasta hoy en las junglas de una país mediterráneo semejante a una isla boscosa rodeada de tierra [...] El debate continúa hasta nuestros días y probablemente no cesará jamás. Las dos grandes tentaciones del hombre de todos los tiempos han sido la utopía y los mitos; la fantasía convertida en realidad o a la inversa (56).

Lo interesante de esta voz es que explica o amplía la información de lo que cuenta. En el ejemplo anterior, este narrador cuenta que tras la llegada del Almirante al Nuevo Mundo se generó un mito, el cual, asegura, persiste hasta hoy. ¿A cuál *hoy* se refiere esa voz? Temporalmente, ese *hoy* es muy ambiguo, puede tener muchas implicaciones, bien puede referirse al tiempo de escritura de la novela o al momento en que se lee; sin embargo, lo que sí queda claro es que ese *hoy* es un mensaje que emite una voz que, paradójicamente, desea precisar o complementar la información sobre el hecho histórico que está contando. Con su discurso, este narrador da la sensación de contemporaneidad, pues trae a cuentas los acontecimientos para plasmarlos en la actualidad, emitir juicios al respecto de los sucesos o proyectarlos hacia el futuro, que en este caso es nuestros días, 1992 o el año o momento de lectura de la novela:

Quinientos años después, el mito del *Hombre venido del Cielo* seguirá portando el bastón de hierro [...] [El Almirante] no conocerá el *Libro de las Memorias* ni siquiera su hijo D. Hernando, que heredará la marrullería del progenitor y que compuso su célebre *Vida del Almirante*, sin su genuino talento de saber meter gato por liebre hasta por el ojo de una aguja (178 y 179).

Este narrador resulta polifacético; además de organizar la diégesis en 53 partes, contar la vida de su personaje, emitir juicios y proyectar los hechos a la actualidad, encontramos que cumple otra función, y es la de construir a su personaje, tarea que, como se dijo anteriormente, está también a cargo del autor implícito. En este caso, tenemos un narrador que se asume como autor de la historia que narra. Este narrador menciona directamente que crea su propia versión de Colón, al señalar que tomó los documentos del genovés para crear *su* relato de ficción, el que él quiso

leer; por lo tanto, se tiene también un narrador-autor estrechamente relacionado con la intención del texto, que también puede ser relacionado con el autor explícito, porque se declara responsable de la escritura del texto al señalar que: “Los relatos del capítulo anterior están entresacados del *Diario de a bordo* y en parte de los borradores del *Libro del Descubrimiento*” (277).

El narrador expresa que para elaborar los capítulos anteriores inmediatos le sirvieron de fuentes el *Diario de a bordo* de Colón y el inexistente *Libro del Descubrimiento*. Al señalar que los hubo “entresacado” se refiere a que los trasladada casi igual a como aparecen en esas fuentes, por ello los presenta con una peculiar ortografía y sintaxis, muy cercana a la escritura del español antiguo: “Como comprobarán Vuestras Alteças a la vista de los naturales que voy a tomar para les llevar y les servir” (271). Así, el narrador, además de autor de su relato y creador de su personaje, es “copista” de los textos colombinos, y con ello los relatos del Almirante han sido “puestos en limpio, depurados y destilados, según el estilo de cada cual, por copistas ociosos, por oficiosos copistas, entre los cuales se cuenta el narrador de esta vera historia del Almirante” (154). Este narrador-autor afirma que otros de los copistas que ha tenido Colón son Las Casas y su hijo Hernando, quienes además han sido “restauradores” de la historia de su vida (163).

La presencia de este supuesto autor del texto se produce al poderse establecer una relación directa entre él y su discurso, éste último utilizado como instrumento de expresión de su pensamiento. En ese sentido, podemos observar el discurso de este autor implícito, creador del texto novelesco, en los pasajes citados de *Vigilia del Almirante*, en los que el narrador extradiegético expone algunas de sus estrategias utilizadas para elaborar el discurso de su texto.

Sin embargo, solamente es en los momentos citados cuando el autor implícito participa de manera pragmática en el texto, pues en el resto del discurso narrativo interviene de manera indirecta, pues permanece oculto dentro de la figura del narrador, es decir, “desde dentro del discurso novelístico, de cuya estructura participa como sujeto inmanente de la enunciación, transmite mensajes para la recta interpretación de la historia, adelanta metanarrativamente peculiaridades del discurso, hace comentarios sobre los personajes, da informaciones complementarias generalmente de tipo erudito, e incluso transmite contenidos de evidente sesgo ideológico” (Villanueva, 1989: 181). Por su parte, Prada (1985: 6) define al autor implícito como el nivel en el que recae “el hacer *total* del discurso” en lo que se refiere a lo enunciativo y a las “configuraciones descriptivas (somáticas, psicológicas, toponímicas, axiológicas)”.

Dicho lo anterior, el narrador extradiegético de *Vigilia del Almirante* cumple además con otras dos funciones: 1) es el autor de la narración y, por tanto, es creador del personaje; 2) también es copista de los textos almirantinos, lo cual le sirve para articular su narración.

Más adelante, este mismo narrador extradiegético, narrador-autor y autor implícito se convierte en interlocutor de distintos diálogos que él mismo sostiene con “un amigo muy querido”, cuyo nombre no se menciona; diálogo que tiene como propósito traer a cuentas las distintas versiones que se han escrito sobre la vida de Colón; así, de narrador de la historia se convierte en narratario de la historia que cuenta. Se advierte el uso de la segunda persona porque es el historiador quien le cuenta al narrador de nuestra historia:

Tu famoso Piloto *vive* en una de esas lagunas, infestada de grifones y monstruos con rostro humano, llamados *cronistas*. Habría que retroceder quinientos años y preguntarle a él mismo, mientras vivía, su secreto. O tal vez habría que esperar otros quinientos años, para que nuevos “momentos de sabiduría” digan algo más sobre este enigma, sobre este hombre interminable del que todos hablan sin saber quién es (59).

Así, este polifacético narrador cambia de naturaleza literaria constantemente llevando a cabo distintas funciones, muchas veces de manera simultánea. Dentro de las funciones que desempeña, como se señaló, se encierra la de autor implícito, quien, mediante el narrador extradiegético, pronuncia directamente sus estrategias textuales y las intenciones del texto. Entre las estrategias textuales está, por ejemplo, el haber “entresacado” o “copiado” el capítulo XLIV del *Diario de a bordo*, así como los borradores del *Libro del Descubrimiento*. En lo que corresponde a las intenciones del texto, este narrador-autor, autor implícito o narrador extradiegético expresa su deseo por saber si existió el Piloto desconocido, por ello recurrió a su amigo el historiador y le preguntó, como se verá más adelante.

Siguiendo con los narradores, en la Parte XLVIII aparece otro que participa en la historia sobre todo cuando se relata la travesía marítima y su función es contar lo que vio durante el viaje o sostener lo que el Almirante cuenta. Mediante el subtítulo de “Cuenta el ermitaño”, el narrador extradiegético o narrador-autor le delega la voz a fray Butil para que relate su experiencia. La presencia de este otro narrador se advierte porque su discurso se refiere en tercera persona al Almirante pero, a diferencia del narrador extradiegético, él sí interviene en la diégesis. Como su participación tiene la función de reafirmar los hechos que cuenta el Almirante, es pertinente caracterizarle como un narrador-testigo:

Acompañé también al Almirante a la Isla de las Mujeres, en el Valle del Paraíso. Estaba él seguro de encontrar a los hijos del Piloto desconocido y de los demás hombres de la tripulación, de origen español, que naufragaron en esa isla, según la historia que él me relató, y que yo la conocía por referencias de los indígenas (291)

Otra de las funciones que cumple fray Buriel, narrador testigo, es ser consejero del navegante:

El Almirante estaba sumido en una gran depresión. No decía una palabra, pero bien se veía que se hallaba al borde de la muerte. Permanecí todo el tiempo a su lado para atenderle y confortarle. Se hallaba sumido en un delirio febril (294).

No obstante, encontramos otro problema en la estructura de la narración, pues también en *Vigilia del Almirante* se hallan otros discursos que en un primer momento no se perciben, pero también participan en la enunciación; a éstas las llamaremos *voces referidas indirectamente*.

En la Parte IX, “¿Existió el Piloto desconocido?”, el narrador refiere que, carente de información sobre el tema, acudió con un historiador para que le diera detalles de la existencia del supuesto Piloto que le reveló al Almirante la ruta para llegar a las Indias. En el párrafo siguiente se introduce un diálogo entre ambos (narrador e historiador); sin embargo, más adelante la voz del narrador desaparece para dar paso completo a la enunciación del historiador. Lo anterior se conoce, en términos de Genette (1972: 291-292), como narración metadiegetica⁸ reducida o

⁸ Para Genette (1972: 287), el nivel metadiegetico es una narración dentro de una narración, es decir, es un relato en segundo grado.

pseudodiegética, recurso que se utiliza para “ahorrar un nivel narrativo (o a veces varios)”, es decir, contar como diegético lo que más bien es metadiegético:

A un historiador de Indias, partidario de la “verdad” científica en libertad, amigo muy querido, le consulté sobre la posible autenticidad del Piloto incógnito.

—Tú debes saberlo —le dije, responsabilizándole del enigma— porque eres un sabio que cuestiona los hechos y se cuestiona a sí mismo.

—No hay sabios —me dijo—. No hay sino momentos de sabiduría que puede tenerlos el más ignorante de los analfabetos. Lo poco que se sabe no son más que lagunas, actos de fe, incertidumbres. [...] si existió ese piloto, él fue sin duda el precursor del Descubrimiento; quedaron muchos vestigios de su presencia en las islas. [...] Tu Almirante debió ser achicharrado en las parrillas del Santo Oficio por sus repetidos robos con fractura, por el doble y premeditado sacrilegio de una falsa confesión [...] Por las orgías bestiales a las que los “descubridores” se entregaron teniendo como víctimas a las inermes y desnudas mujeres [...] El piloto desconocido es otra invención del resucitado Almirante. Olvídate de ambos.

No me desalenté. Volví a los cronistas clásicos. Releí casi todo lo que se había escrito sobre el Piloto (59-60).

Más adelante, y también en esta parte de la novela, de manera intertextual aparecen los discursos de los cronistas Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara y fray Bartolomé de las Casas: “[...] yo tengo al Almirante por primero descubridor e inventor destas Yndias y pido se le levante una estatua de oro, tanta y tan grande es la gloria que su descubrimiento ha traído a España, a la Corona y al mundo” (63); “el piloto descubrió al marinero ligur todo lo que le había acontecido y dióle los rumbos [...] Esto es lo que se dijo y tuvo por opinión y lo que entre nosotros, los de aquel tiempo y en aquellos días se platicaba y tenía por cierto en las Indias” (64). Los discursos anteriores son de Fernández de Oviedo y de Las Casas, respectivamente. La importancia de estos discursos se revisará en el tercer capítulo, “Un diálogo con los textos historiográficos”.

Como puede verse, *Vigilia del Almirante* es una novela bastante dinámica en cuanto a la enunciación. Hasta aquí se han detectado las siguientes entidades que participan en la enunciación: el Almirante o narrador autodiegético, el narrador extradiegético y también autor implícito, el Ermitaño o narrador testigo, y a éstas se les suman las voces referidas indirectamente (los cronistas), que participan sólo en un capítulo.

1.3 El *ethos* de las voces narrativas

En este apartado se caracterizarán los tres narradores que intervienen en el discurso novelístico de *Vigilia del Almirante* (Almirante, narrador y fray Buril) para observar cómo sus discursos operan para construir una imagen de sí mismos.

Dentro de este análisis pragmático del discurso narrativo se retomará el concepto clásico de *ethos*, empleado por la retórica y actualmente usado para el análisis del discurso. Mediante este análisis será posible conocer las emociones, comportamientos e, incluso, la moral de quiénes intervienen en el discurso narrativo, y esto será importante para observar la influencia de estos narradores en la significación del discurso

El *ethos* remite al carácter o a la personalidad del orador y en el discurso puede ser una herramienta para llevar la persuasión. Según Aristóteles (1990: 176), “se persuade por el talante cuando el discurso es dicho de tal forma que hace al orador

digno de crédito. Porque a las personas honradas⁹ las creemos más y con mayor rapidez, en general en todas las cosas”. Así, el *ethos* se refiere al carácter del orador, que se muestra en el discurso cuando externa sus argumentos, descripciones, preferencias, sentencias y también, por ejemplo, cuando da a conocer sus intenciones.

Según Lausberg (1966: 229), en la retórica clásica el *ethos* corresponde a “los ‘afectos suaves’ tendentes a la captación de la simpatía y del *delectare* y apropiados para ganarse la afición del público de manera duradera, afectos que también aparecen como disposición permanente del alma”.

Una visión más contemporánea del *ethos* es la de Amossy (2006), quien sostiene que el estilo de quien habla, las competencias lingüísticas y enciclopédicas, así como sus creencias implícitas, son suficientes para forjar su personalidad. Así, el término *ethos* para esta autora es “la construcción de una imagen de sí mismo destinada a garantizar el éxito del acto oratorio” (Amossy, 2006). O bien, como lo señala Trueba (1996: 144), “el *ethos* o carácter moral configura nuestras actitudes y disposiciones [...] Nos convertimos en un tipo de persona a través de un proceso de *etización* o habituación, mediante el cual adquirimos una disposición o carácter moral”.

Es importante señalar que el grupo de enunciados que revelan el *ethos* del orador son persuasivos porque en gran medida participan para predisponer al oyente en favor suyo y es así como se forma entre ambos un vínculo de confianza, cuya finalidad también es convencer de la verdad del discurso. Cuando en el texto literario se crea este vínculo y se logra esta confianza, el narrador obtiene cierta autoridad

⁹ El *honor* es un concepto que más adelante se tratará, ello cuando toque el turno de analizar el *ethos* de la voz del Almirante.

discursiva y se vuelve una estrategia que contribuye a que el lector valide sus palabras y también para que se forme un juicio del emisor.

Así pues, y retomando este concepto, la intención aquí es observar cómo los distintos enunciadores construyen una imagen de sí mismos mediante sus palabras, pues, como se verá, en su discurso proyectan su personalidad.

1.3.1 Narrador

Además de organizar el relato, como se mencionaba en el apartado anterior, el narrador de *Vigilia del Almirante* guarda particular relación con los enunciados, y esto se debe a cómo dice las cosas.

En el discurso narrativo se presentan una serie de elementos que permiten caracterizar la personalidad del emisor del discurso; esto en gran medida se muestra cuando se emplean ciertos adjetivos o términos para denotar, por ejemplo, aceptación o rechazo hacia situaciones determinadas.

En un primer momento, no resulta tan sencillo describir el carácter y la personalidad del narrador de *Vigilia del Almirante*, pues para ello hay que hacer una especie de separación del discurso, tomar en cuenta el cómo se dice y no sólo lo que se dice (forma y fondo del discurso).

El narrador de la novela de Roa Bastos presenta una imagen de sí mismo en la cual se muestra no como un historiador de profesión, pero sí proyecta un amplio conocimiento de la historia del Almirante. Conoce muy bien los viajes que hizo el genovés, sus actividades y conocimientos marítimos, está al tanto de sus biógrafos y lo que han escrito sobre él, así como los pormenores de su vida anterior al haberse

hecho navegante; conoce con detalle el texto de las cartas que escribió y, además, sabe sus pensamientos y cuándo miente. Derivado de ello, en el discurso es notorio que el objetivo del narrador no es hacer historia, puesto que su discurso a menudo se torna subjetivo y, en el caso del historiador, se trata de un sujeto que habla de hechos históricos, pues lo que persigue es que lo narrado sea la representación o remembranza de algo que efectivamente ocurrió, ya que “el mundo, en historia, es la vida de los hombres del pasado tal como fue” (Ricoeur, 2010: 234).

No obstante, este narrador está muy cercano a la historia, incluso, juega con una de las herramientas de ella, que es el testimonio oral, basta recordar la Parte IX que se citó anteriormente, donde expresa que carente de información acerca de la teoría del supuesto Piloto que le reveló al Almirante la ruta hacia las Indias, acudió con los cronistas, entre ellos con un “amigo muy querido”, “partidario de la ‘verdad’ científica” (59). Derivado de lo anterior, es claro su afán por buscar la fiabilidad de los hechos, pues recurre a varios cronistas para que le den su testimonio de autoridad:

No me desalenté. Volví a los cronistas clásicos. Releí casi todo lo que se había escrito sobre el Piloto. Efectivamente, lo cercan y desamparan por todas partes actos de fe, de mala fe, dudas, incertidumbres, absurdas contradicciones, negaciones malhumoradas, documentos que se desdicen unos a otros; pero también aserciones, testimonios clarísimos, verifican que el protonauta anónimo no fue un personaje ficticio y que existió realmente, acaso con más fuerza que el propio Almirante, como lo prueban los cronistas (62).

Así, es notorio el interés del narrador por representar el pasado con fidelidad y, no conforme con ello, busca la confrontación entre diversos testimonios; sin embargo, también es cierto que el desconocimiento que externa sobre el tema y su necesidad

de recurrir a los cronistas pone en entredicho su tarea de historiador en cuanto a ser un conocedor de los acontecimientos pasados a través de los documentos y de la perspicacia crítica para tratarlos e interpretarlos.

También, y derivado de su interés por la historia, es importante mencionar la disertación que hace sobre el quehacer de la historia y del historiador. Este narrador se vuelve crítico de esta disciplina: condena la rigidez con la que la tradición dicta que debe ser armado el discurso histórico, en el cual no hay lugar para narrar desde un *yo*, ya que hablar desde la tercera persona alimenta el prurito de objetividad que caracteriza al discurso en su intento por reconstruir el pasado, construyendo hipótesis posibles sobre el sentido del acontecer que explora: “El historiador científico siempre debe hablar de otro y en tercera persona. El *yo* le está vedado. Los historiadores son de hecho “restauradores” de hechos” (69).

El narrador, al respecto a la “verdad”, señala que ésta debe ser una característica que debe distinguir al discurso histórico, sin embargo, apunta que aun cuando dicha narración está basada en documentos reales, el historiador no está exento de convertirse en un creador de historias de ficción pues, aunque el historiador puede limitarse a describir las cosas de manera objetiva, tiene la oportunidad de elegir los hechos que va a relatar, por lo cual la historia y la ficción tendrían una muy estrecha relación, pues al narrar, y como lo diría Hayden White (2003: 59), el acontecimiento histórico adquiere un carácter de imitación, y por lo tanto, presenta características ficcionales, por lo tanto, la historia “contiene un componente ineluctablemente poético-retórico” (2003: 45).

Tal es la diferencia que existe entre las historias documentadas y las historias fingidas que no se apoyan en otros documentos que no sean los símbolos. Las dos son géneros de ficción mixta; sólo difieren en los principios y en los métodos. Las primeras buscan instaurar el orden, anular la anarquía, abolir el azar en el pasado, armar rompecabezas perfectos, sin hiatos, sin fisuras, lograr conjuntos tranquilizadores sobre la base de la probanza documental, de la verificación de las fuentes, del texto establecido, inmutable, irrefutable, en el que hasta el riesgo calculado de error está previsto e incluido.

[...]

Los historiadores son de hecho “restauradores” de hechos. A partir de documentos reales, fabrican la ficción de teorías interpretativas semejantes a las “historias” y a los diagnósticos clínicos sobre la mente humana [...] Las historias fingidas, en cambio, abren la imaginación al espectro incalculable del azar tanto en el pasado como en el futuro; abren la realidad al tejido de sus oscuras leyes. En esta tela de araña invisible tejen su propia realidad, su propia necesidad, su espacio, su tiempo [...] El yo de ellos es el yo del otro (68 y 69).

Así pues, el narrador de *Vigilia del Almirante* se pronuncia a favor de las historias fingidas, de contar lo que sucede en el mundo mediante la imaginación o con “hechos imaginados” (57), colocándolos por encima de la descripción objetiva de hechos, porque, de acuerdo con su postura crítica, es así como se puede dar una visión más completa de la realidad, ya que la ficción se ayuda del lenguaje simbólico, el cual “habla de una cosa para decir otra”: elige los símbolos que le conviene para hacer verosímil la representación fingida de la realidad (69). Dentro de este tema de la ficción, reflexiona acerca de las “historias fingidas” y afirma que la verosimilitud¹⁰ es aquello de lo que se sirven las historias para representar la realidad y para que ésta sea creíble, lo que remite nuevamente a su interés por la imaginación.

Por otro lado, pero sin dejar de lado lo ficcional, el narrador muestra afección por las letras: es un sujeto con gran competencia literaria. Como se puede ver, entre

¹⁰ La crítica llama *verosimilitud* a la relación del evento (narrado) con el acto humano fuera del discurso narrativo (Prada, 1999: 40 y 50).

sus conocimientos librescos, además de las ya mencionadas crónicas de Indias, este narrador conoce los textos colombinos y libros clásicos como el *Cantar de Mío Cid*, *Os Lusíadas*, *Orlando Furioso* y *Las Mil y una noches*; se refiere varias veces al *Quijote* y emite comentarios sobre las tragedias de Eurípides. Notoria y explícita es su inclinación por los textos filosóficos de Sócrates, a quien le tiene como “el sabio más puro de la antigüedad” y de “luminosa vida” (151).

Así pues, el narrador que cuenta la historia del Almirante se presenta como un sujeto que posee vastos conocimientos de historia, literarios y de arte, proyectándose al lector como un erudito, aunque diletante. “Releí casi todo lo que se había escrito sobre el Piloto” (62), señala, y como se ha mencionado en ese apartado IX, no sólo serán del interés del narrador los textos historiográficos, también los literarios son importantes para estructurar su discurso: “En un lugar de Liguria, de cuyo nombre no quiere acordarse, nació hará una cuarentena este hombre de complexión recia, crecida estatura, seco de carnes, cara alargada y enjuta” (141); aquí, por ejemplo, es claro el diálogo que sostiene el discurso del narrador con la obra cumbre de Cervantes: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor” (Cervantes, 2005: 27).

Para el narrador, conocedor de *Don Quijote de la Mancha*, al Almirante le falta la grandeza de alma de Alonso Quijano y le compara con él: “El Caballero de la Triste Figura pudo tal vez ser imitado un siglo antes por el Caballero Navegante y ser éste su más notable antecesor. Sólo que lo hizo al revés y se convirtió en su polo opuesto. Le faltó la grandeza de alma que el otro tenía” (171). Lo anterior, sin duda, deja al

descubierto la naturaleza crítica del narrador, que es otra de las características que le definen, como se verá a continuación.

En ocasiones, el narrador de *Vigilia del Almirante* emite comentarios irónicos para referirse al navegante como: “el inminente aunque no todavía eminente Almirante” (71), es decir, el que tiene la intención de ser grande pero todavía no lo es; o “el flamante Almirante” (79), epíteto¹¹ irónico con el que se refiere a Colón. El navegante, al ser el personaje de quien cuenta su historia, se convierte en el sujeto enjuiciado y constantemente sus acciones y pensamientos serán sopesados.

Implicito al enjuiciamiento del navegante, el narrador presenta una marcada actitud crítica hacia la Conquista y la colonización del Nuevo Mundo; en varias ocasiones condena las hazañas del Almirante y denuncia el exterminio de los naturales.

En el capítulo “Memorias desmemoriadas” (parte XXIV), uno de los más críticos, el narrador afirma que el Almirante hizo de su vida una cosecha de derrotas y fracasos (168); inició el “holocausto americano” y muere sin que nadie se apiade de él. A la par, le llama “ambicioso fracasado en la pétrea terquedad de sus propios errores” (167), “autor de robos flagrantes” (166) y “mendigo y peregrino de mar y tierra” (169). En “Retorno al límite” (parte XLIX), en plena agonía del Almirante, el narrador sentencia que el fracaso de la empresa colombina, producto de la coincidencia y del azar, se debió a las ambiciones del navegante:

¿Dónde está ahora ese hombre que quiso todo para sí, que tanto pudo y que logró tan poco? ¿Qué fue de esa empresa que comenzó como una sucesión de milagros

¹¹ *Epíteto* es un adjetivo o participio cuyo fin principal no es determinar o especificar el nombre, sino caracterizarlo.

en la conjunción del azar y la necesidad, que no otra es la matriz donde se engendra lo que llamamos milagro? Una sustancia letal la ha ido diluyendo, corrompiendo, destruyendo en otra cadena de contramilagros, forjada por la triste y al parecer irremediable naturaleza de la condición humana (298).

Derivado de su actitud crítica, el narrador se proyecta como un sujeto reflexivo y descriptivo; cuando alude a los sucesos relativos al Descubrimiento aprovecha la oportunidad para dar sus apreciaciones sobre este acontecimiento. Es de destacar, por ejemplo, la parte cuando el narrador apunta que el Almirante redescubrirá el otro mundo por mera coincidencia y que ni siquiera será consciente de la grandeza del suceso, pues descubrirá el otro mundo “para los europeos bajo la inexorable ley del azar y él no sabrá que lo ha descubierto porque lo confundirá con el de los libros leídos al apuro. Con el de los mapas robados subrepticamente. Con el de un secreto sonsacado a un navegante agonizante” (178).

No obstante, la tarea crítica y reflexiva del narrador no termina ahí: vitupera el trabajo de los cronistas, en particular el de Gonzalo Fernández de Oviedo, de quien dice que admite “ambiguamente” la existencia del Piloto predescubridor, quien lo hace de manera “tajante y seguro en sus afirmaciones” (63).

En su discurso también es posible distinguir otros rasgos del *ethos* del narrador, que lo cataloga como un sujeto contemporáneo, pues habla del suceso colombino desde 500 años de distancia: “Es el elegido de Dios, el Santo de las Carabelas, cuya canonización mantiene en suspenso a la cristiandad hace quinientos años” (177). Y, más adelante, se puede notar que el año preciso en el que el narrador relata los hechos es 1992: “El ajuste de la cuenta almirantina duró más de doscientos años. La cuenta grande, quinientos, que en este año se cumple sin estar resuelta (314).

Por otro lado, el *ethos* del narrador se percibe en su hablar lapidario: “La mentira es siempre un mal negocio, pero una vez dicha lo peor es no poder mantener el engaño” (225). Bien se infiere que la mentira es una de sus preocupaciones. Además, su indulgencia hacia el Almirante es nula cuando recuerda que éste, por ambición de riquezas, mintió para convencer a los reyes para realizar el viaje; a causa de esto asegura que surge en el navegante un sentimiento tormentoso y de culpa:

Lo que le abrumba ahora es la propia encrucijada en la que él mismo se ha colocado frente a la empresa descubridora por la que los Reyes y el Pontífice le han llenado de mercedes y distinciones superiores a las de un príncipe. Cierra los ojos y el brillo irreal de los techos de oro de las Casas Reales, cuyas descripciones ha leído mil veces, le hace latir las sienes. La visión mitiga en parte su ansiedad, la conciencia culpable de sacrilegio y falsedad, a los que debe este viaje. Le tortura sobre todo la culpa de haber mentido a la Reina por mediación de su propio confesor [...] Bajo sigilo de confesión, el navegante ligur, con dolor y con dolo, le ha relatado como propia la aventura del Piloto anónimo (208).

En el ejemplo anterior se enmarcan los valores del narrador pues, en la medida que considera las mentiras del Almirante como origen de su intranquilidad y preocupaciones, se le percibe como un sujeto digno de crédito y moralmente bueno, ya que prefiere la verdad. Su desaprobación hacia la mentira se reitera cuando expresa: “lo peor es no poder mantener el engaño” (225).

Constantemente reitera su descontento hacia algunas de las acciones del Almirante, sobre todo las que tienen que ver con la mentira, el engaño y la falsedad; y como la mentira conlleva a decir más mentiras, el narrador considera esto como un duelo, es decir, un dolor que se prolonga y que, al final, lo lleva al fracaso:

En largo duelo anticipado ha venido tejiendo el Almirante la ficción embaucadora del *Diario de a bordo*.

No le queda más que ganar tiempo. Manipula las coordenadas del viaje rebajando las distancias a fin de aplacar el temor al imposible regreso que inflama la rebelión (224 y 225).

Derivado del tópico del engaño, el narrador asume una posición de juez, se convierte en la autoridad que señala los errores del Almirante, a quien califica como “ignaro e ignorado mariner” (74), “mendigo en hábito de penitente [...] mendigo de maloliente origen” (78). El narrador juzga los actos que le llevan constantemente a engañar y critica al protagonista de la historia por comportarse de manera errónea, por lo que le nombra con varios adjetivos negativos: parco, embaucador, mendigo, ignaro, ignorado, bigardo, por nombrar sólo algunos:

Al pretendiente, hierático y parco, no le costó embaucar con el proyecto de esta doble empresa primero a las dos confesiones, sigiladas y santificadas por el sacramento [...] Por último, o mejor dicho en primer término, los Reyes Católicos acabaron también por ser embaucados [...] Las demandas del ignaro e ignorado mariner ligur fueron aceptadas en su totalidad por los Reyes [...] luego de los siete años de espera, el bigardo ligur improvisó un blasón de nobleza de setecientos años. Incluso se le ha otorgado el título de juro de Don, tan deseado, que le saca de golpe y para siempre del plebeyo anonimato (73 y 75).

Ser el juez del Almirante va ser una de las constantes del narrador a lo largo de toda la enunciación. Siempre estará al tanto del actuar o del pensar de su personaje para emitir su punto de vista de las cosas, y debido a que “todo en la vida del Almirante es sujeto y objeto de dudas e incertidumbres” (141), el narrador se mostrará siempre desconfiado, porque esa es su naturaleza; desconfía de los cronistas, de los frailes, del Almirante y hasta de la propia Historia.

1.3.2 Almirante

Después de haber caracterizado al narrador de *Vigilia del Almirante*, toca el turno del personaje principal de la novela de Roa Bastos.

En el discurso del Almirante sobresale el *ethos* de un cristiano, siervo de Dios y también del rey; sin embargo, aparece también como un humano que se deja llevar por sus pasiones. Por ello se siente reconocido socialmente. No deja de mostrarse como un conocedor de lo que hace, que tiene conciencia de sus acciones, es sincero consigo y desea mostrar sus conocimientos científicos y literarios, es decir, quiere proyectarse como un sujeto culto.

En cuanto a su fe, el Almirante se muestra visible persuasivamente como un hombre de ferviente catolicismo, y cada vez que se expresa muestra que tiene muy cimbrada su fe en Dios y en Cristo: “Doy gracias al poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. Su misericordia no tiene límite” (313). Su fe es tan grande que lleva hasta el límite sus creencias religiosas, al punto de considerarse un elegido de la Providencia: “Soy un predestinado, un elegido de Dios. Lo ha dicho sin ambages otro elegido de Dios: Bartolomé de las Casas” (93).

Sentirse un “elegido por la Providencia” lo hace una especie de ególatra, “predestinado” para llevar a cabo la tarea encomendada por Dios: llevar la cristiandad a los naturales del Nuevo Mundo.

Se considera un nuevo Moisés y un enviado de Cristo para mostrar a los indios el camino de la salvación: “yo firmaba *Christum Ferens*, el portador de Cristo. [...] ¿Qué es lo que llevo hacia El (*sic*)? La extensión de la humanidad cristiana en las nuevas tierras. La propagación de la fe católica sobre la redondez del globo” (44 y 45).

El Almirante, al ser un nuevo Moisés, un salvador y el representante de Cristo, adquiere la figura de siervo de Dios y, como ser un servidor de Dios trae en ocasiones beneficios, también espera, cuando termine su encomienda, ser beneficiado con “privilegios y honores”, las cuales “harán de mí el hombre más poderoso de la tierra” (93). La ruda ambición entra en conflicto con su misión apostólica.

Además de asistir a Dios, el Almirante también era vasallo de los reyes católicos. En sus informes epistolares y en las relaciones de sus actividades muestra respeto, devoción y gratitud hacia los monarcas. Les agradece constantemente por haberlo apoyado para realizar su empresa hasta el grado de la reverencia: “Ruego a Vuestras Altezas que me sea otorgado un grabado en el más modesto metal que sea, con las efigies e la declaratoria de los Reyes para llevarlas en mi cabecera durante el viaje” (80).

Veamos más de cerca otras pasiones del Almirante que menguan su *ethos* cristiano. En la Parte XIV, titulada “Secretos del deseo”, el Almirante narra sus necesidades carnales: “Tengo ansias de una mujer en este momento. No de cualquier mujer. Sólo de esa porción de amor y de pasión, de felicidad y de tragedia, de fugacidad y eternidad” (97).

Las pasiones eróticas del Almirante salen a flote a lo largo de este capítulo donde hace un recuento de las mujeres que formaron parte de su vida. Se deja llevar por el placer, el erotismo, sin poner la resistencia moral que le correspondería como buen cristiano: “Las recuerdo y las deseo. A todas y a cada una de ellas, sin juntarlas, diferentes y únicas. Cada una a su modo, me devuelve la juventud resucitando mi mortalidad carnal” (100). Es tal su debilidad por las mujeres, que por ejemplo,

constantemente asocia objetos al cuerpo femenino. Así, el mundo en forma de pera — como él lo concebía— le parece el seno de una mujer o similar a sus caderas:

Siempre leí que el mundo, tierra y agua, eran esféricos. Luego vi en él tanta deformidad, par de la humana especie, que volví a pensar todo el asunto y hallé que no era redondo, sino en la forma que dijo Plinio: de una pera o de un seno de mujer, salvo en la protuberancia aerolada del pezón que se eleva por debajo del Ecuador. Lo mismo ocurre con los senos e las caderas de la mujer cuando deja de ser moça. Algo semejante a la curva más suave en un cuerpo; a un recodo apacible sin parigual en la mujer, en el mundo. Allí donde dije que se levanta el pezón de la pera y que poco a poco, andando hacia el colmo, desde muy lejos se va subiendo a él en medio de la suavísima temperancia del aire.

Allí, en ese golfo redondo, es donde yo creo que está situado el Paraíso Terrenal. En esa ubre divina podrían amamantarse todas las razas del mundo en la más perfecta armonía, salud y cohabitación (114).

A lo largo de su discurso se le percibe como un apasionado al que le gusta disfrutar de los placeres del mundo, y si las circunstancias no le permiten vivir tales experiencias recurre a la imaginación para convertir sus deseos en realidad: “En los sucesivos encuentros imaginé a Abigail sin labios; corté de raíz esos labios cuyos besos con su lengua de pequeño áspid son el mayor deleite de la creación” (103).

Sobre las pasiones, Aristóteles apunta que entre sus consecuencias está que “son, ciertamente, las causantes de que los hombres se hagan volubles y cambien en lo relativo a sus juicios, en cuanto que ellas se siguen pesar y placer” (1990: 310). Y así, efectivamente, el Almirante se caracteriza por su inconstancia pues, si bien muestra buenas intenciones, menciona que se ve obligado a engañar a la tripulación que le acompaña en su primer viaje, mintiéndoles acerca de las distancias recorridas para evitar amotinamientos y así conseguir lo que desea: llegar a nuevas tierras. Pero,

tras la soberbia que acompaña a su empresa hay algo de conmiseración hacia una tripulación integrada casi toda por presidiarios.

Sé lo que les pasa a estos hombres. No es gente de mar. En su mayor parte es carne de presidio, frutos de horca caídos fuera de lugar, fuera de estación. Lloran como niños cuando se sienten destetados de lo conocido. Hay que engañarlos para su bien con la leche del buen juicio. Infelices don nadies que se han lanzado contra su voluntad a descubrir un mundo que ni saben si existe (16).

Otra pasión que se percibe en el discurso del Almirante reside en el temor a la deshonra. Es un miedo que se constituye como una certeza de la caída y del mal que lo persigue: “un cierto pesar o turbación, nacidos de la imagen de que es inminente a un mal destructivo o penoso” (334). Como varón en una sociedad en donde prima el sentido de la valía de uno mismo, el honor es muy importante para que los demás reconozcan su valía y su fama. Sin embargo, este empeño, que en realidad es una obsesión por lograr que se le tenga como un caballero virtuoso, glorificado, lo lleva hacia una desmedida ambición de riquezas, posición social y finalmente poder, lo que a la postre lo hunde.

Mi única riqueza es esta obsesión de hallar a toda costa, aun al precio de mi propia vida, el oro de las Indias. Que Nuestro Señor, en su misericordia, me ayude a encontrar ese oro... sin el cual estoy perdido de todo honor y de toda grandeza y más muerto que en la propia muerte...

Si esto sucede, podré considerarme par de Moisés [...] Debo evitar todo error. Un conductor de pueblos no puede permitirse la menor debilidad (94).

Es válido recordar que el honor era un bien primordial y una necesidad indispensable para los hombres. Para un hombre de la época del Almirante —

Renacimiento aún con marcada herencia medieval—, “el honor era un bien esencial, comparable al de la vida, que se debía proteger por todos los medios” (Farge, 1991: 541); la pérdida de un bien o de un patrimonio se podría reparar por diversos medios, sin embargo, la pérdida del honor no se reparaba jamás (Farge, 1991). Si acaso, la sangre de quien mancillaba el honor de alguien o la sangre del mismo afrentado lavaba la deshonra. Porque ser honrado significaba también tener coraje, y tener coraje podría traducirse como “morir antes que sufrir una injuria”, como lo señaló el Almirante: “Mi única riqueza es esta obsesión de hallar a toda costa, aún al precio de mi propia vida, el oro de las Indias. Que Nuestro Señor, en su misericordia, me ayude a encontrar ese oro... sin el cual estoy perdido de todo honor y de toda grandeza y más muerto que en la propia muerte” (94).

El Almirante buscaba el reconocimiento público de su hazaña, la fama y el honor, pues en la lógica social del momento era indispensable gozar del reconocimiento de los demás, pues el honor no exige la distinción entre la vida pública y la privada (Farge, 1991: 542).

En suma, el Almirante quiere proyectarse como un hombre recto, moral, cristiano, con buena reputación, al servicio de Dios y del rey; es el núcleo de la moral del caballero, del hombre de honor.

Junto con este deseo de mostrarse como un caballero, el Almirante también precisa de mostrar su imagen como letrado. Sus conocimientos científicos, empíricos, y hasta bélicos y literarios son los necesarios para un verdadero descubridor. Se esfuerza en dejar en claro que está iluminado por un extenso acervo libresco y que ha viajado por todo el mundo: “Habíalo aprendido yo antes, larga y difícilmente, en todos los libros de caballeros navegantes que leí y en cuantas

navegaciones y caballerías de corsos y piratas tengo hechas por todos los mares del mundo” (182). A raíz de su saber confía en sí mismo y actúa con seguridad, “Yo sé que esas tierras están ahí adonde las voy a buscar” (53) y tiene plena conciencia de sus acciones. Sin embargo dice “yo he vivido loco y muero cuerdo”, pues “la locura es el más alto don que Dios concede a sus elegidos” (310). La locura, lo dice claramente en su discurso el Almirante, es quijotesca en la aventura y es también propia de un espíritu desmedido.

Otro rasgo del Almirante es la sinceridad, pues su relato sucede al fin de sus días en el marco de un monólogo que asume un carácter confesional. Se considera pecador: “no diré que más de una vez no haya sucumbido yo a las tentaciones” (101). Entonces reconoce la existencia del Piloto desconocido, que le reveló la ruta para llegar a las Indias Orientales: “El azar me llevó a la isla de Madeira. Fue entonces que conocí allí al Piloto incógnito. Este infortunado navegante, del que ahora todos hablan sin conocer su nombre y sin saber quién es, me reveló en trance de muerte el camino a las Indias” (139).

1.3.3 *El Ermitaño*

El último *ethos* que analizaremos es el del Ermitaño, personaje que narra los hechos de la Parte XLVIII y rompe la alternancia de las voces del Almirante y del narrador. El narrador llama a este personaje “el Ermitaño”, con lo que le proporciona un carácter enigmático. Pese a que en ningún momento se menciona el nombre del personaje, se deduce que se trata de fray Buriel, personaje histórico que acompañó

a Colón en su Segundo Viaje, y que también aparece en la novela en las partes XXX y XXXII.

Fray Buriel —cuyo apellido en las crónicas de Indias es Buil o Boil, o como le llama el Almirante: “Fray Juan Buido o Buil o Boíl o Bernardo Boyl o Juan Buriel” (205)— fue un religioso benedictino, enviado con la finalidad de evangelizar, es decir, convertir a los naturales de Indias al catolicismo, uno de los objetivos principales de ese viaje. Para realizar este cometido “en la flota se encontraba cierto número de eclesiásticos, de los cuales el más importante era Fray Buil, a quien los reyes encargaron especialmente las tareas de la conversión” (Morison, 1991: 530). Sin embargo, la presencia del fraile también cumplió otros motivos; señala Morison (1991: 574) que este religioso llevó a cabo misas durante la travesía, además de officiar la primera misa en el Nuevo Mundo.

Me dijo que a la causa de la Corona y del Papado convenía grandemente convertir a Guarionex y a su gente a nuestra Fe cristiana, y que tratase yo de hacerlo como mejor pudiese; que por allí debía yo comenzar la tarea de evangelización de los gentiles en el vasto archipiélago [...] Ya estaba a punto de abrazar nuestra Doctrina, él y más de dos mil de los suyos. Había yo preparado el bautismo general para el Viernes Santo, día de la Crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo. Todos se hallaban muy contritos y demostraban mucho fervor y dolor por el sacrificio del Redentor del mundo. A la salida y puesta del sol prorrumpían en grandes lamentaciones (292).

Los barcos, al ser una especie de “ciudades flotantes”, como lo señala Trejo (2005), presentan los mismos problemas que hay en la tierra, en ese sentido, era común que se enviaran religiosos a bordo para officiar misas, para vigilar que los tripulantes se comportaran de manera cristiana y para brindarles el buen consejo ante cualquier problema que se presentase. Hay que tener en cuenta que las prácticas religiosas

como asistir a misa eran obligatorias para todo buen cristiano, por ello era necesario que se llevaran a cabo este tipo de ceremonias durante los viajes en barco. Para tal efecto, en las embarcaciones se adaptaban altares, y con los religiosos a bordo, los tripulantes podían confesarse, comulgar y rezar las oraciones de la doctrina cristiana (Trejo, 2005: 141).

En el discurso de la novela se refleja este quehacer del fraile, precisamente celebra las misas a bordo; pero también hay otro propósito: cerciorarse de la “salud espiritual” de los tripulantes, dándoles buenos consejos y guiándolos para que se comporten como buenos cristianos. Y no sólo se ocupó de los tripulantes; al llegar a las nuevas tierras también se esforzó por aconsejar a los naturales de Indias y por enseñarles la doctrina cristiana:

Me trasladé a la Vega y allí viví en una cueva. Venía a verme Guarionex y se extrañaba mucho de que pudiese yo vivir como una bestia de los montes. Le hice entender que Dios proveía a los más necesitados de sus hijos. Me pasé todo el tiempo enseñándoles, a él y a los suyos, el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo y todas las otras oraciones y cosas que son propias de un cristiano (292).

Acerca de la relación entre Colón y el fraile, cuenta Las Casas en su *Historia de las Indias* que tuvieron varios desacuerdos, hasta al punto de enemistarse.

De vuelta a la novela encontramos que el capítulo mencionado es el único que narra este religioso, aunque como se dijo aparece como personaje en otros momentos, y su discurso se encamina hacia el testimonio. Buriel relata un momento crítico del Almirante donde deliraba a causa de una enfermedad, por lo que estuvo al borde la muerte.

El Almirante estaba sumido en una gran depresión. No decía una palabra, pero bien se veía que se hallaba al borde de la muerte. Permanecí todo el tiempo a su lado para atenderle y confortarle. Se hallaba sumido en un delirio febril. Exhalaba gritos, injurias, daba órdenes de mando. En un momento de calma me pidió que hiciera atender a Anacaona, olvidando que ella ya no era de este mundo. Hacia el amanecer me dijo que antes de morir quería ver al brujo del santuario de Yucahuguamá, el ídolo supremo de los indígenas antillanos. No hubo manera de disuadirle. Me mandó con palabras de moribundo que fuese a buscarle. Así lo hice (294).

En el discurso del Ermitaño se reconoce también su carácter testimonial, pues los acontecimientos que cuenta corroboran en parte la historia contada por el Almirante, lo cual se puede notar por la inclusión de frases como “en efecto” o “me contó”. De esta manera, el discurso del Ermitaño pretende mostrar que lo contado por el navegante es verdadero.

Acompañé también al Almirante a la Isla de las Mujeres, en el Valle del Paraíso. Estaba él seguro de encontrar a los hijos del Piloto desconocido y de los demás hombres de la tripulación, de origen español, que naufragaron en esa isla, según la historia que **él me relató**, y que yo ya la conocía por referencia de los indígenas.

En la población de mujeres encontramos **en efecto**, una veintena de muchachas de tez completamente blanca, algunas de ellas con cabelleras rubias y ojos azules o claros o pardos [las negritas son nuestras] (291).

De esta forma, en el discurso de Buriel se percibe una actitud de lealtad hacia el Almirante, ello cuando corrobora los hechos, y ésta será la imagen que querrá proyectar el religioso durante su narración, pues en su discurso se esfuerza en dar a conocer que en todo momento actuó para servir al navegante. Buriel aparece entonces como un religioso esforzado por servir al Almirante pues “con mil

dificultades” dio con el santuario del brujo. Es obediente y fiel, si no por voluntad, sí por una orden real.

En su carácter de fraile, Buriel se presenta como un hombre de fuerte fe; sin embargo, en la novela no parece tan fervoroso, pues hay poca devoción y hasta ligereza en la manera en que catequizó a los naturales en las “cosas” que debe saber un cristiano: “el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo y todas las otras oraciones y cosas que son propias de un cristiano” (292). Por otro lado, recuerda con entusiasmo y cierta admiración las actividades de los naturales:

Conclusiones

El paratexto de *Vigilia del Almirante* es relevante para comprender el sentido de la propuesta estética de Roa Bastos. Incluso, el autor parece ocultarse tras la figura del autor implícito y del narrador porque hay coincidencias en puntos cruciales. Podríamos pensar entonces en una estrategia metaficcional que integra incluso los paratextos. También se determinó el rol de los narradores porque no siempre fue clara su presencia en el juego de la polifonía en torno a la “verdad” del Almirante. El discurso, pese a una primera impresión, la conduce un narrador extradiegético que delega la voz al Almirante, el protagonista, para que cuente su propia historia. Una tercera voz es la de fray Buriel. Este encuadre de contrapunto busca dar una visión poliédrica del Almirante.

En cuanto al *ethos* de las voces, el narrador de *Vigilia del Almirante* cuenta los hechos desde una perspectiva contemporánea y es ante todo una mirada crítica del

Almirante que no pretende encasillarlo en algún discurso de carácter maniqueo o bien circunscribirlo a la mera referencia histórica, aunque nunca desdeña la información documental.

El *ethos* del Almirante se constituye alrededor de la moralidad del caballero cristiano, cuya tarea es servir a Dios y a su rey, y a cambio de sus servicios espera recibir mercedes, honra y fama. Hay en esta voz situada en la última noche del Almirante un carácter de confesión en el que reconoce sus debilidades: mentiras y pasiones. No se advierte sin embargo arrepentimiento. Finalmente, la voz de fray Buril sólo se escucha en un capítulo y destaca por declarar su lealtad al Almirante.

Una vez que se ha planteado la caracterización de las voces diegéticas y extradiegéticas del relato se examinarán las imágenes del Almirante que presentan los distintos discursos de la novela.

LAS REPRESENTACIONES DEL ALMIRANTE

Este capítulo pretende ubicar de manera individual las características que las principales voces de la novela (narrador y Almirante) otorgan al protagonista, ya que cada una, como se verá, muestra una visión particular de Colón. Estas voces no intentan ficcionalizar distintas épocas, sin embargo, sus posturas muchas veces son contrapuestas, como si pertenecieran a contextos distintos.

Es objetivo de este capítulo exponer las visiones de los narradores para tener presentes los puntos de vista que comparten o en que difieren. Se pretende demostrar que el narrador extradiegético-heterodiegético posee una visión contemporánea del personaje principal, es decir, lo ve desde “nuestros días”; visión que se contrapone con la que tiene el Almirante de sí mismo, que tiene características medievales, como se verá.

Es de señalar que para esta parte se excluye la voz de fray Buril, pues el objetivo se centra en Colón y el narrador; además, la participación de este tercer narrador sólo se halla en la Parte XLVIII, “Cuenta el ermitaño”, y para este análisis

interesan las voces principales porque son las que convergen o divergen cuando dan a conocer aspectos sobre la vida, carácter y acciones del Almirante.

2.1 La autorepresentación de Colón

Desde su lecho de muerte, en Valladolid, Colón recuerda su vida; esta acción se narra desde el presente y desde ahí menciona aspectos relevantes principalmente de su vida y viajes; algunos parecen ser producto de su imaginación y delirio, por ello, revuelve fechas, omite sucesos y confunde personajes. Colón cae en un estado de vigilia; esta imaginación y estado agonizante serán los que le permitirán traer a su relato personajes o momentos que no sucedieron, o por lo menos que la Historia no documenta.

El Colón de esta novela desea llegar a Cipango (Japón) y a Cathay (China), y a lo largo de su relato muestra indicios que permiten ver cuáles son las pistas que retoma para formular la idea que lo avasallará de manera obsesiva. Pero, por principio, ¿qué representa para él la zona de Asia?, ¿por qué quiso llegar a esa tierra? En el extremo Oriente se había dicho que existía un imperio fastuoso, el del Gran Khan; en él había bellas y opulentas ciudades, cada una con palacios esplendorosos custodiados por enormes ejércitos; era un lugar en donde había comida en abundancia, lujo, exuberancia y una riqueza de fábula coronada con el oro que era escaso en Europa¹².

¹² Esta visión del Oriente se retoma a partir de los relatos de Marco Polo, pues hay que recordar que en la novela el Almirante menciona reiteradamente que leyó los relatos del viajero.

El Almirante anhelaba fervientemente llegar a esta civilización prodigiosa, al punto que se le había vuelto una obsesión: “yo caí en esta ansiedad e incertidumbre que no me abandonarán hasta que pueda ver esas maravillas del Oriente antes o después de que yo mismo haya perecido” (43). Pero no sólo es el afán de conocer estas tierras prodigiosas; al mismo tiempo, el Almirante perseguía dos cosas: lograr contacto con el “Rey de Reyes” para entablar buenas relaciones con su imperio y así favorecer a la Corona española con un provechoso monopolio de una ruta comercial europea. Por supuesto, pretendió también continuar con la expansión del cristianismo hacia aquellos lugares donde no se conocía esta doctrina.

Para alcanzar sus pretensiones y llegar al lugar soñado, el Almirante no tenía previsto seguir la ruta de Marco Polo, planeaba salir por el Oeste, es decir, por el Atlántico, siguiendo una ruta que permitiera sortear a los turcos. El gran problema de esta ruta era el trayecto. Entre la gente culta se sabía de la redondez de la tierra, pero había una gran distancia, insuperable de acuerdo con los medios técnicos que se poseían. Se necesitaba ser muy osado para emprender el viaje en que las posibilidades de fracaso eran enormes. Entonces llegó el Almirante, quien calculó mal el tamaño del mundo, lo hizo más pequeño, y correlativamente extendió Asia hacia el occidente. Desoyó a Alfragano y se guio por la medición de Pierre d’Ailly, descrita en su *Imago Mundi*, y por un mapa elaborado por el florentino Paolo Toscanelli, que leyó gracias a pertenecer a la familia de su esposa, doña Felipa Moñiz, con quien contrajo nupcias durante su estancia en Portugal:

Mi suegra, la viuda de Perestrello, madre de mi difunta Felipa, era pariente del canónigo Joao Martins. Me abrió las puertas de su casa y de su archivo. Sabía yo que el canónigo, consejero del Rey Juan II, había recibido una carta

y un mapa del gran cosmógrafo florentino Paolo dal Pozzo Toscanelli relativos a un posible viaje por el Poniente hacia el Levante (138).

Otra de las pistas que le confirman al Almirante la viabilidad de su proyecto es el secreto que el misterioso Piloto anónimo (el mismo que se mencionaba en el análisis del paratexto) le revela antes de fallecer: “En Portugal, un Piloto desconocido murió en mis brazos legándome un secreto del que nació el proyecto de este viaje a las Indias” (134). Así, la ruta para llegar a las Indias orientales y el secreto del Piloto, al parecer, son las tesis centrales que guían su proyecto.

Es sintomático que en ambos casos Colón roba la información: roba la carta del canónigo familiar de su esposa y, por otro lado, oculta lo que le dijo el Piloto. Las palabras del navegante náufrago serán su gran secreto; por esta razón, en reiteradas ocasiones su conciencia le recordará que el descubrimiento de las nuevas tierras no es mérito de él, sino del Piloto, quien le confió su secreto cuando agonizaba: “el Piloto, invisible ahora, se convirtió en mi perseguidor furtivo. Llega siempre antes que yo al lugar donde vaya. Me persigue a todas partes” (134).

Con estas certezas en mente y con la seguridad de que descubriría nuevas tierras, ¿por qué el proyecto del Almirante fue rechazado por las coronas de Portugal, Francia, Inglaterra y Castilla? Porque en todas las Juntas de sabios que lo escucharon le señalaron que sus cálculos eran erróneos. Pero en Castilla el rechazo no fue total (aunque los eruditos lo llamaron “embustero”), tuvo como protectores a dos frailes: Juan Pérez y Antonio de Marchena; el primero era confesor de la reina Isabel; el segundo, custodio del convento de la Rábida y astrónomo. El argumento que presenta el Almirante a los religiosos es el relato del Piloto anónimo

contado en secreto de confesión. También, estos dos hombres le facilitan a Colón el acercamiento a los grandes de España; mientras, el Almirante insistía y ganaba aliados como los religiosos Pedro González de Mendoza, arzobispo de Sevilla, y Diego de Deza, obispo de Zamora, quienes confían en el proyecto e impiden que el navegante se vaya de España tras el primer rechazo; además, le proponen ofrecer el proyecto a los reyes de Francia e Inglaterra. Contó también el Almirante con el decisivo apoyo de Luis de Santángel, tesorero de Castilla, quien le presenta a los duques Enrique de Guzmán y al duque de Medinaceli, quienes luego patrocinarán gran parte de la expedición, además de que le alimentan y alojan en sus palacios mientras que la Corona delibera. Para convencer a los duques y a los reyes, Colón les “metió en la cabeza” que estaba proponiendo la “décima cruzada para la Reconquista del Santo Sepulcro”, posible gracias al “oro, las perlas, los metales de toda especie y las riquezas de la especiería” (213) que se hallarían en Indias: “ese Santo Sepulcro del Hijo de Dios es lo que España va a reconquistar como ha reconquistado su tierra de los moros y expulsado a los judíos, crucificadores de Cristo. Rescatar el Santo Sepulcro y llevar a Cristo a los infieles es lo que me propongo” (44).

También, para convencer a los duques, el Almirante se invistió del papel de “Portador de Cristo”, como lo dice su nombre: *christo ferens*, ‘el que lleva a Cristo’. Esto significa que se auto-destinó para extender el cristianismo a las nuevas tierras y la gloria de su expedición sería principalmente “descubrir nuevos pueblos y ponerlos bajo el signo del Nombre de Cristo”. También, dentro de esta perspectiva

providencial, se dice el “enviado de la Providencia¹³” para hallar el oro en el fin del Oriente.

A cambio de estos servicios inestimables, el Almirante obtendría altos honores y riquezas, pues él cree plenamente en que la “Divina Justicia distributiva” le compensará su hazaña, pues “Bueno es dar a Dios lo suyo y a César lo que le pertenece”. Entre sus aspiraciones está ser “el hombre más poderoso de la tierra” (86 y 87) y, por tanto, el más afamado.

Colón confía en que una vez descubiertas las tierras se cumplirá el contrato real, las Capitulaciones de la Santa Fe, que le prometían: “una décima parte del oro y otras mercaderías que se obtengan”; “la octava parte de los beneficios generales que por cualesquiera razones hobiese”; además de que se le nombra Almirante de Castilla y Aragón, Capitán General, Visorrey y Gobernador de todas tierras descubiertas y por descubrir.

Podemos ver aquí que las pretensiones del Almirante a la postre resultaron desmesuradas. Es claro que por la cabeza del Almirante ya circulaba esta idea: “Del oro se hace tesoro y quien lo tiene hace con él cuanto quiere en el mundo... Quien lo haya se torna poderosísimo, tanto que hasta podrá echar las ánimas al Paraíso” (86). El Almirante ya no quiere ser comerciante y marinero, sino un encumbrado caballero ennoblecido.

¹³ Providencia es el orden concebido en la mente de Dios para dirigir las cosas creadas a su fin propio. Es parte de la prudencia y se refiere principalmente a los medios que se han de ordenar al fin; reside en el entendimiento, pero presupone la volición del fin y precede al gobierno de las cosas, que es la ejecución práctica de la Providencia. Es posible entender la Divina Providencia como el modo en que Dios cumple sus propósitos divinos. Véase el concepto de *Providencia* en el *Diccionario de teología dogmática* de Pietro Parente, et al. (1955: 306); y en el *Diccionario manual teológico* de Justo L. González (2010: 242).

En el contexto renacentista en el que estaba inmerso el Almirante, donde todavía prevalecían valores de la Edad Media, los caballeros eran hombres de honor y, sobre todo, estaban en el mundo para servir a Dios.

Este ideal caballeresco tenía como propósito “proteger y purificar el mundo mediante el cumplimiento”, pues “la vida recta y la recta virtud de la nobleza son los medios de salvación para los malos tiempos” (Huizinga, 1973: 39). En el Almirante existe ese fuerte sentimiento religioso que tenían los caballeros de la época del Colón histórico, sentimiento que motivará sus acciones, pues lo que más anhela, dice, es “reconquistar el Santo Sepulcro de Jerusalén” (213), esto con el auxilio de la Providencia.

Ya conseguido el patrocinio para el viaje, Colón reunió todo lo necesario, pero la empresa comenzó “con mal pie” (26), pues además de que La Pinta y la Santa María se averiaron al zarpar, los reyes obligaron a varios de sus súbditos a entregar naves y provisiones al Almirante, por lo que al partir del Puerto de Palos la ciudadanía se miraba furiosa; la Corona le había cobrado a los palenses tributos atrasados en especie para equipar los barcos de Colón (26).

En cuanto a la tripulación, los encargados de formarla fueron Juan de la Cosa, los hermanos Niño y los Pinzón. Uno de estos últimos, Martín Alonso Pinzón, al ver que los marineros con los que contaban no eran suficientes, pidió al gobernador de Sevilla 70 presos, por lo que la flota también se formó con gente ruin de la provincia, “gente proterva”, “hombres de no fiar” (28), “plebeyos y palurdos peores que bestias” (219), entre ellos veinte asesinos condenados a la horca, a quienes Colón tuvo que aceptar con tal de hacerse a la mar.

Cuando Colón y su flota por fin emprendieron el viaje los problemas no cesaron: una de las dificultades fue que los vientos no eran del todo favorables e impedían que la empresa avanzara o regresara (51). Como su empresa estaba estancada, el Almirante experimentó sentimientos de desaliento; se sintió afligido ante las circunstancias pero, sobre todo, ante la vida: “Avanzo y retrocedo al mismo tiempo, batido y combatido por las furias de la naturaleza, del cielo y de los hombres”. Hay también un vacío dentro de él y lo que anhela es encontrarse a sí mismo: “No servirá de nada si no encuentro lo que esencialmente busco dentro de mí” (222).

Otro de los problemas del Almirante fue que la tripulación, al percatarse de la inmovilidad de las naves y al no ver señales de tierra tras varios días, se volvió contra él, lo que propició enfrentamientos y un motín (52). Los amotinados deseaban dar marcha atrás, entre ellos los Pinzón, que estaban a cargo de La Pinta, y los Niño; Juan de la Cosa, quien navegaba con el Almirante en la Santa María, indilgaba a la tripulación para huir en las barcas: “todos están de acuerdo: los capitanes de las tres naos, los contramaestres, los marineros” (188). Vino a la mente de los amotinados arrojar a Colón al mar y, de hacerlo, sin expresar temor, el Almirante confiaba plenamente en que los reyes los castigarían: “los tratarán como traidores y serán ahorcados apenas alcancen a llegar” (189). Además, fray Buril lo reconfortaba, diciéndole que “Dios no abandona a sus elegidos” (188). Es oportuno señalar que es frecuente que fray Buril, quien “está enterado de todo” (187) opere como la conciencia del Almirante, pues le hace entrar en razón en circunstancias difíciles y le da respuestas al navegante cuando éste le pide consejo.

Pasada la calma del mar y el avanzar y retroceder que tanto preocupaba al Almirante, vino una tormenta que casi termina en naufragio; se perdieron varios tripulantes que el mar se “tragó”, pero el Almirante confiaba plenamente en Dios pues señala que de no ser por su ayuda habría perecido la embarcación (242).

Sin embargo, para el Almirante estas dificultades no eran más que pruebas que Dios pone en el camino antes de lograr la gloria; son “caminos iniciáticos” que los “elegidos” deben atravesar antes de llegar a un estado de “santidad”; el Almirante no ve estos “malos momentos” como problemas, sino como vicisitudes para su salvación.

Considera el Almirante que su travesía por el mar es una peregrinación que durará cuarenta días sobre el “desierto marino” (94), como Moisés, que también peregrinó 40 días sobre el desierto. Y así como liberó a los hebreos de Egipto y los guio hacia la Tierra Prometida, Colón espera que ese mar que no le permite avanzar se abra a su paso, “como el mar Rojo lo hizo al paso del Éxodo conducido por Moisés” (222), para poder llevar a su tripulación a las nuevas tierras. Pero también, el Almirante afirma que su llegada a estas tierras le permitirá salvar de la idolatría a los pueblos paganos y guiarlos hacia el cristianismo. Es notorio que esta relación: Almirante-Moisés trae nuevamente a cuentas la imagen de Colón como enviado de Dios: “he sido llamado por Dios para conducir a un pueblo” (95). Así, Colón se asume por segunda vez como un elegido divino para llevar la religión y guiar a un pueblo: “No dudaré un solo instante de la Divina Providencia que me ha ordenado sacar de la esclavitud a esos pueblos sumidos en las tinieblas de la idolatría y la negación de Dios” (94-45). Sin embargo no queremos dejar pasar que Colón, en instantes, duda de sí mismo para poder concluir esa empresa tan grande: “Estoy

repleto de repugnancia, de odio contra mí mismo... Sólo el hallazgo de esas tierras podría salvarme” (93). Sin embargo, pese a los obstáculos y las dudas, logra llegar a las tierras hasta ese momento desconocidas.

La flota de Colón desembarcó en Guanahaní el 13 de octubre con la bandera de los reyes católicos en mano; descendió de la Santa María y tomó posesión de la isla; como símbolo de cristiandad, ordenó labrar una cruz y, cuando ésta estuvo lista, fray Buriel ofició la primera misa en la tierra descubierta. Bien es cierto que fray Buriel le acompaña en este viaje, pero, según las crónicas, es hasta la segunda travesía cuando el fraile forma parte de la tripulación. La historiografía ha asentado que todos los acontecimientos señalados anteriormente los vivió Colón en el Primer Viaje, por lo cual la presencia de Buriel en el Primer Viaje históricamente es un anacronismo.

En la tierra firme, cuando Colón vio a los indígenas expresó que eran gente “fácil de convertir”, ya que tenían un “aire pacífico”, por lo que pretendió ganar su buena voluntad y amistad para convertirlos en vasallos de los reyes y cristianos: “Cognoçí al primer golpe de vista que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Sancta Fe por amor que no por fuerça” (253); no tenían ningún tipo de fe, salvo la de sus ídolos. Mientras tanto, los indígenas miraban a los extranjeros con curiosidad y temor. Opina el Almirante que se trataba de “gente mansa, muy símpliçe e muy pobre” (261). Eran hombres fuertes y jóvenes (de no más de treinta años); su piel era del “color de los canarios” y tenían hermosos cuerpos; eran de buena estatura y buenos gestos.

Al Almirante le llamó la atención la desnudez de los indígenas. Para él la desnudez de sus cuerpos era signo de su “bestialidad natural” (258) y no conocer

el hierro era señal de primitivismo, por lo que el genovés los consideró ignorantes. A pesar de ello, les tuvo admiración, pues sin conocer el español contestaban acertadamente, “con señas muy elocuentes” (261), todo lo que se les preguntaba.

Para el genovés era extraño que los indígenas no conocieran el sentido de la propiedad, para ellos “el único bien es el de la naturaleza” (261), por lo que con placer cambiaron por baratijas los objetos de oro que decoraban sus cuerpos: espejos, gorros, cuentas de vidrio, cascabeles y bacines de bronce, que ellos tuvieron por cosas maravillosas. Cualquier cosa que los españoles intercambiaban con los naturales era para ellos “la mejor joya del mundo” (260) y al ver que los indígenas intercambiaban gustosos sus bienes por lo que los marineros les ofrecían, muchas veces enseres “viles e inciviles” como botones, cuellos de botellas y vidrios rotos, el Almirante pensó que era injusto; sin embargo, estos objetos de ornato sirvieron para que el Almirante buscara con ahínco la existencia de minas, montañas y ríos para ver si en ellos encontraba oro, pues no hay que perder de vista que había prometido a los reyes hallar oro y riquezas en grandes cantidades.

Dentro de la bondad de los indígenas, el Almirante destaca que a su llegada le obsequiaron una ofrenda, que consistía en un cesto lleno de frutas de portentoso aroma, pues hay que recordar que para los naturales, Colón y su tripulación eran los hombres venidos del cielo, a quienes esperaban “con temor sagrado” (218).

Aprovechando la bondad de los isleños, el Almirante tomó a “siete mancebos indios para que deprendan a hablar en castellano e sirvan a su Majestad el Rey como moços de quadra” (261), además de siete doncellas para que se convirtieran en “azafatas” de la reina. Tomó también como prisioneros a 400 indígenas para llevarlos a España; algunos de ellos “murieron en el viaje por sufrimiento de las

cadenas e del odio que me avían cobrado” (275). De esta forma, es notorio que el Almirante reconoce que los indígenas sufren a consecuencia de sus acciones. Sobre esto, en un pasaje anterior, el navegante expresa que le dio “vuelco el corazón” (266) cuando un misterioso anciano indígena, de cuyo discurso el Almirante quedó maravillado por la “elocuencia” y “dulzura de su voz”, le invitó a que no infiriera agravio a nadie (265) pero, al parecer, el genovés pasó por alto el derecho natural de estos indígenas. Por decisión propia, aunque siempre diciendo que sería a favor de los reyes, puso a unos cuantos indígenas a su servicio, a otros los llevó a España en calidad de esclavos y a otros más les impuso el pago de tributos, comprometiéndolos a pagar esos impuestos en oro, especias, plata, perlas, víveres y animales (276). A su regreso a España, la reina le cuestiona al Almirante por qué razón tomó a esos indígenas como esclavos, a lo que él responde que “son los caníbales tomados en la guerra [...] he acabado con ellos. He quemado sus cabañas, sus embarcaciones, sus pecados, su razón de existir” (300).

Es curioso que el Almirante no narre su llegada a la Corte, pero sí cuando es apresado; se siente derrotado y, afligido, le reprocha a los reyes esta acción, explicándoles mediante una carta que es injusta e ingrata, puesto que él descubrió para ellos las Indias, “que son la parte más rica del mundo” (305). Es de mencionar que Colón expresa estar muy seguro de haber llegado a las Indias, pues cuenta con “evidentes testimonios” de que la naturaleza hallada en esas tierras coincide con lo descrito por Plinio en su *Historia natural* (270).

2.1.1 Balance de la imagen de Colón

A continuación desglosamos las características más notables que se hallaron después de analizar la representación que hace el Almirante de sí mismo. A partir de sus ideales y convicciones, se puede ver que el Almirante tiene una visión de la vida completamente medieval, se destaca su servicio y lealtad a Dios. Se concibe como un enviado de Dios y de la Providencia: un “elegido” para iniciar una cruzada para ir en busca del Santo Sepulcro, es decir, es un “caballero navegante”, pues la ruta que seguirá es por mar. También, como un Moisés, el Almirante se considera un peregrino que está en busca de la Tierra Prometida; es además el guía de un pueblo y también su viaje servirá para encaminar a un pueblo a la fe.

En cuanto a sus intereses, el Almirante desea alcanzar fama, honor y riquezas, lo que desde una visión moderna le convierte en un ambicioso; sin embargo, hay que aclarar que desde la visión de un hombre renacentista, aún anclado en el medioevo, el impulso por obtener fama y honores es, hasta cierto punto, normal en un caballero de la época. La búsqueda inagotable por lo que anhela le convierte en un hombre obseso pero perseverante, pues, a pesar de que todos los sabios de la época reprueban la viabilidad de la travesía y que cuatro reinos le niegan los recursos para su empresa (Inglaterra, Francia, Portugal y Castilla), no desiste, y finalmente consigue el patrocinio para realizar su tan anhelado viaje.

Como caballero, se asume como siervo de los reyes, por ello su incansable búsqueda para hallar las riquezas prometidas del Oriente y satisfacerles en todo lo posible. A esta visión de sí por favorecer a sus superiores se le añade su deseo por

descubrir las riquezas del Oriente y ponerlas a disposición de los reyes para convertirse en un afamado caballero, que como se mencionaba, era importantísimo para tener posición social y respeto en el siglo que corría (XV).

Hay también en el Almirante simpatía por los indígenas, sin embargo, en todo momento está en su cabeza la idea de que son inferiores, por ello la opción era hacerlos vasallos y esclavos de la Corona, pasando por alto su derecho natural, al punto de ignorarlo.

En resumen, el Colón de *Vigilia de Almirante* es un personaje con gran fe, sujeto a los designios de la Providencia y fiel servidor de los reyes; posee grandes pretensiones, que los sabios consideran muy ambiciosas, desmesuradas y, hasta cierto punto, imposibles de realizar. Avanza en su trayectoria venciendo obstáculos y siempre tiene en mente que le vendrá una recompensa por sus acciones. Está aferrado a sus ideales; sin embargo, es ignorante a los derechos que por naturaleza tienen los indígenas. Es un personaje que se da cuenta de sus errores, mentiras y tiene clara la idea de justicia, sin embargo, siempre actúa pensando en su beneficio, aún cuando éste dañe a los demás; claro ejemplo de ello son los indígenas.

Expuesta la representación que da el Almirante de sí mismo, a continuación se presenta la imagen que da el narrador del personaje.

2.2 Las imágenes que construye el narrador

Este capítulo pretende analizar la visión que el narrador extradiegético tiene de su personaje: el Almirante. En su discurso, este narrador presenta una serie de características que plantean una peculiar visión del Almirante, cuya postura, en gran medida, se contrapone a la versión que da el Almirante de sí mismo; posturas que, como se ha mencionado, pareciera que son de contextos distintos pues, a diferencia del Almirante, que tiene un *ethos* que no deja atrás el medioevo, el narrador extradiegético posee una visión contemporánea, es decir, lo caracteriza desde la actualidad, como se verá.

2.2.1 El narrador como autor de un personaje

El narrador de *Vigilia del Almirante*, además de describir y juzgar al Almirante, como se verá, cumple otra función muy importante en la novela, y es construir a su personaje, tarea aparentemente que está a cargo del autor implícito, pero, en este caso, tenemos un narrador que se asume como escritor. El narrador ficcionaliza explícitamente su propia versión de Colón cuando señala que “Los relatos del capítulo anterior están entresacados del *Diario de a bordo* y en parte de los borradores del *Libro del Descubrimiento*”. El discurso explícito donde el narrador se asume como autor se halla en las Partes XXII y XLV, cuando afirma ser copista de los relatos del Almirante, que han sido “puestos en limpio, depurados y destilados, según el estilo de cada cual, por copistas ociosos, por oficiosos copistas, entre los cuales se cuenta el narrador de esta vera historia del Almirante” (154).

Cuando interviene el narrador extradiegético o heterodiegético en su discurso se aprecia que su intención es, como decíamos, narrar bajo cierta perspectiva histórica los acontecimientos referentes a la vida del Almirante, y son sólo las partes anteriormente citadas en las que se asume como creador del personaje de la historia que cuenta. Entonces, este narrador extradiegético cuenta una historia de la que está ausente y, al mismo tiempo, es autor del personaje principal de la misma; entonces, la intención de este narrador-autor es relatar una serie de eventos realizados por un personaje que él mismo crea. Desde el momento en el que le asigna un nombre: “Almirante”, el narrador le otorga identidad¹⁴ a su personaje y una enorme carga semántica, relacionándolo ampliamente con Cristóbal Colón, el famoso navegante, lo cual también se infiere por los hechos relatados, que tienen grandes coincidencias con lo planteado por algunos documentos historiográficos que se mencionarán más adelante. Por lo tanto, de entre las intenciones del narrador-autor es justamente crear su propia versión de Colón, mostrando sus acciones, pero, más allá aún, sus intereses y motivaciones. En ese tenor, es oportuno analizar la caracterización que hace el narrador de su personaje.

¹⁴ Al hablar sobre la verosimilitud del discurso narrativo-literario, Prada (1999: 49-52) señala que una parte importante para que un discurso sea verosímil recae en los personajes. Sobre éstos, señala que son representaciones literarias, comúnmente relacionados con personas —aunque no necesariamente; como se puede observar por ejemplo en la comedia de Lope de Vega que se mencionó en el capítulo 1, los personajes pueden ser abstractos, como la idolatría o, incluso, lugares geográficos: una ciudad puede ser un personaje—, donde la identidad se marca de modo explícito por el nombre propio que se les asigna, así como las descripciones somáticas y “psíquicas” que a lo largo del discurso los van tipificando. También, señala que cada personaje tiene una “intención” psicológica, así como motivaciones e intereses que mueven sus acciones.

2.2.2 La leyenda del Piloto anónimo

Como ha mencionado, el narrador encargado de estas partes del discurso es un sujeto contemporáneo que está muy interesado en la historia y es muy crítico del comportamiento de su personaje. Es interesante observar que su primera participación en la historia es para mencionar que detrás de la hazaña de Colón está la leyenda de un navegante que se halla sobre su espalda como un fantasma o como si fueran “dos hermanos siameses” (55). Se refiere aquí al Piloto anónimo. Esto quiere decir que desde un inicio (el narrador) duda que la idea de cruzar el océano haya sido del genovés; además, conjetura que debido a la esfericidad de la tierra era muy probable que otros ya hubieran estado en el Nuevo Mundo, por lo que Colón no habría descubierto nada nuevo. Esta idea de que Colón no descubrió nada nuevo es contemporánea. Para latinoamericanistas de nuestros días, como Miguel León-Portilla y Enrique Dussel, la idea de que Colón descubrió un Nuevo Mundo es una postura caduca y eurocéntrica. Lo que plantean estos teóricos es que anterior a 1492 ya habían en América “entidades culturales”, es decir, ya había civilizaciones, principalmente en Mesoamérica y en la región de los Andes; en ese sentido, América no pudo ser descubierta, pues ya existía y estaba organizada de manera social y política. Más bien, afirma León-Portilla, con la llegada de los europeos se produjo un “encuentro de culturas” o “encuentro de dos mundos”, el occidental o Viejo Mundo, encabezado por Colón, y el Nuevo Mundo, el de las civilizaciones que ya habitaban este continente. Por lo tanto, bajo esa tesis, Colón no pudo haber descubierto algo nuevo; simplemente era un mundo distinto al europeo, sin embargo ya existía (León-Portilla: 2006: 13-15).

En ese mismo sentido, Dussel plantea que el hecho sucedido en 1492 significará el “na-cimiento” de la Modernidad y será el inicio de un proceso de encubrimiento del Otro, del “no-europeo” (Dussel, 1994:8). Los conceptos de *descubrimiento* o *encuentro* se encuentran en todo el discurso del narrador heterodiegético y también se añadirá el de Dussel: *encubrimiento*. Más adelante se ahondará más en ello, por lo pronto, y volviendo con el mencionado Piloto anónimo, es preciso destacar que el narrador sentencia que la hazaña de Colón “no se puede entender sin la leyenda del Piloto” (56); no cuestiona los conocimientos náuticos y cartográficos del Almirante, pero duda en que fueron éstos los que le dieron la pauta para ir en busca de la nueva ruta hacia Oriente, ya que varias fuentes hablan sobre la presunta existencia de este navegante anónimo que le reveló el sitio exacto y la ruta para llegar a las nuevas tierras; también, mediante su personaje, reitera la existencia del Piloto, pues hay que recordar que en secreto de confesión, el Almirante habla de él a los frailes y del papel que jugó esta confesión para convencer a los reyes de su empresa. Esta duda, su deseo por saber la verdad y su interés por la investigación le llevan a escenificar un ficticio interrogatorio a historiadores y cronistas de Indias sobre la existencia del Piloto: “Algunos de los cronistas antiguos y modernos más confiables aseguran, incluso, que la historia del piloto precursor y su relato mítico fueron los elementos decisivos de la génesis de la empresa descubridora del Almirante” (57). Los que le tienen por inexistente, dice, son los que se empeñan en colocar al Almirante como “solo y único descubridor”, mientras que otros aseguran que el piloto fue el primero en llegar a las islas descubiertas por el genovés. El narrador tendrá por cierta la leyenda del Piloto anónimo y, en consecuencia, considerará a Colón como “autor de robos”, pues dice que se vale

del secreto del Piloto para gloria propia; sin embargo, no duda en afirmar que este acontecimiento, “descubrimiento” o no, marcó el inicio de la Edad Moderna: “Los acontecimientos humanos y los hechos naturales han elegido a este hombre de todas partes y de ninguna como puente de dos edades... La hazaña inverosímil de este hijo de cardadores y tejedores, de la que él mismo no tiene la menor idea, es la palanca que levantará el mundo de la Edad Moderna” (158-159).

El narrador argumenta que la confesión del Piloto y sus indicaciones precisas (le revela que la entrada a las Indias se sitúa a 750 leguas al poniente de las Islas Canarias) son el principal motivo que tiene Colón para realizar el viaje, además de la carta de Toscanelli, las narraciones de Marco Polo y la literatura a la que es asiduo, que le confirman la presencia de tierras de ese lado del globo: “La confesión del Piloto le inspira fe. El sabio de Florencia le conforta con su sabiduría porque es patente que él, a su vez, la bebió de Marco Polo”. Y agrega con un tono de burla que sus otras fuentes se nutren de los Esplandines y Amadisés, y de otros “Caballeros Navegantes, locos de toda sabiduría” (90-91). Movidado por estas ideas y con una ruta que no es de él, el Almirante se convence de que tiene que realizar este viaje.

2.2.3 Búsqueda del patrocinio

Para convencer a los sabios de Castilla, el Almirante les presentó la carta y el mapa de Toscanelli, documentos que, dice el narrador, se había robado de la biblioteca del canónigo Joao Martins, consejero del rey Juan II de Portugal. La carta le sirvió para probar que tenía información veraz, por lo que: “no tuvo reparos en usar la

carta y el mapa de Toscanelli como documentos dirigidos a él” (71). Además, como estrategia para que fray Juan Pérez, confesor de la reina, abogara por él, en secreto de confesión le confió a él y al fraile Antonio Marchena la historia del Piloto anónimo, incluso, como prueba, les “mostró sin decir palabras el gorro de plumas con adornos de oro y piedras, obsequio (para el Piloto) del señor del Cibao o Cipango” (72). El Almirante utilizó este objeto raro y su buena retórica para persuadir a los frailes y éstos, a su vez, para convencer a la junta de expertos y a los miembros de la Corte, diciendo que el Almirante, personalmente, había estado en esas tierras, por lo que se presentó como “predescubridor” (91). Otro argumento que proveyó el navegante para hacer su viaje a Oriente tomó otro rumbo: el de los beneficios políticos, militares y religiosos que traería a España y a la cristiandad, pues una alianza con el rey de China le daría fuerza a España para expulsar al Islam y para desbancar a Portugal como potencia hegemónica (73).

Los más renuentes con el proyecto de Colón eran los sabios de la Corte, los nobles y los funcionarios; los primeros le tenían como un “despreciable aventurero extranjero” (73); los segundos como un “chiflado” (77). Los que sí se motivaron con su proyecto fueron los frailes, pues pronto le tuvieron como enviado de Dios para “llevar la luz del Evangelio a los gentiles paganos de aquellas lejanas tierras del Oriente asiático” (72). Pero, aún con todos estos argumentos, el Almirante no convenció a la Corte de que le apoyara, pues en esas fechas España estaba ocupada con la expulsión del Islam de Granada. A causa de tantos desplantes y burlas por ser un extranjero con ideas de poco crédito, el genovés se sintió insultado, despreciado e ignorado, dice el narrador. Hasta que transcurrieron siete años, y con la ayuda de fray Juan Pérez, que seguía intercediendo por él ante los

reyes, logró el financiamiento que no fue fácil de obtener, “sólo la obstinación de algunos de sus benefactores, en especial la de fray Juan Pérez, ha hecho posible que se llegara a un acuerdo entre los Monarcas y ese marinero apestoso a salmuera, casi desconocido en la víspera, de osadía altanera, rayana casi en atrevimiento” (76). Los reyes aceptaron el viaje porque el navegante les prometió hallar oro para sus arcas: “Peregrinaba ofreciendo a reyes, príncipes. Papas y cardenales un mundo portentoso de riquezas” (78).

Aceptado el proyecto, se elaboraron las Capitulaciones de Santa Fe, documento donde quedaban asentados los beneficios que obtendrían ambas partes, tanto la Corona como el navegante. En dicho contrato se le otorgó el cargo de “Almirante de la Mar Océana” y el título de “Visorrey y Gobernador General de todas las islas y tierras firmes ya descubiertas y por descubrir” (74), lo que le ascendió socialmente y le convertía en un caballero de gran renombre, dejando de ser ya un “judío errante” y un “mendigo en hábito de penitente” (78). Además, dicho contrato estipulaba en su beneficio: “una décima parte” de las riquezas halladas” (78), lo que le abría la puerta para dejar atrás su oscuro pasado y su pobreza de cuna.

El narrador piensa que el Almirante, después de tantas humillaciones, pide demasiados beneficios a los reyes para desquitarse por haber andado tanto tiempo como peregrino pidiendo el favor para su empresa que, según el navegante, mucho iba a beneficiar a España, así que sentencia que la aparente mansedumbre y vasallaje que le mostraba a los monarcas durante la lectura de las Capitulaciones era hipócrita y “simulada” (76). Tras la elaboración de este contrato el narrador no pierde la oportunidad para criticar el linaje de Colón; afirma que su ascensión ha

sido fulgurante (78), pues pasó de cardador de lana a Almirante de toda la armada de los reinos de Castilla y Aragón (78).

Durante la preparatoria del viaje, el narrador tiene la imagen de un Almirante buscador de riquezas que ha quedado a disposición de Dios, de la misma forma como Job estuvo siempre a disposición de Dios. En este momento, aún cuando sabe que mintió para convencer a los reyes, tiene a Colón como un Job: varón sencillo y recto, porque en este preciso momento sólo se empeña en cumplir lo prometido a los monarcas, así que le tiene como un fiel servidor de Cristo y de los reyes, pero cuya obsesión es tal que se empeña en convertirse en un personaje trascendental para la humanidad: “Esta obsesión lo llevó a creerse un Jeremías o un lamentoso Job, redivivos. De alguna manera quería ser un personaje de las Escrituras, según él lo pretendía basado en profecías de Esdras e Isaías” (280).

2.2.4 El viaje y el lamentable regreso a España

Ya embarcado en la nao, los miedos del Almirante comenzaron a salir a flote, el narrador señala el sentimiento de culpabilidad y temor que invade al genovés (91) pues, por un lado, había firmado las Capitulaciones bajo la consigna de haber estado en unas tierras que ni siquiera sabía si existían y, por otro, estaba atemorizado porque se lanzó a un “incierto destino” (92); desea que su empresa tenga éxito, pero no está seguro de poder cumplirla, pues llegar a las islas donde había estado el Piloto no es una certeza, sino una probabilidad.

El narrador hace énfasis en que durante el viaje el Almirante ejerce poder de persuasión entre sus tripulantes, pues les habla acerca del provecho que sacarán

de la empresa: “se ha esforzado por última vez en persuadirles del provecho que pueden sacar del viaje a las Indias en el que han comprometido su vida y trabajos por propia voluntad” (230). En su discurso para convencer utiliza la figura de Dios para mover voluntades: “endurece la voz y añade que de nada les sirve quejarse y amenazar pues ese viaje a las Yndias será hecho de todos modos con la ayuda de Dios Nuestro Señor” (230). También, en aras de persuadir, dice el narrador que con actitud desafiante, infunde miedo en los tripulantes, amenazando con llevar a la horca a aquellos que traicionen la empresa:

Va a seguir adelante aun cuando tenga que llegar él solo con todos los tripulantes colgados de los palos, pues ya saben cuál es la pena que merecen los amotinados [...] Inmóvil y desafiante, la actitud del Almirante no admite réplica. Los domina la mirada que fulminan los ojos color ceniza, bajo párpados inflamados al rojo vivo (230).

Con esta actitud desafiante y sembrando miedo entre los marinos les convoca a disciplina y obediencia; con ello queda claro que les recuerda que él es el superior de la empresa y, por lo tanto, puede imponer su voluntad ante sus subordinados. La imagen del Almirante que se proyecta en este episodio es la de un hombre convencido de lo que quiere lograr, pero también se muestra una figura encolerizada que, por la ira, arroja llamas: “De improviso las ropas del Almirante comienzan a arder. Sin inmutarse se despoja sin prisa de las prendas en llamas. Queda completamente desnudo. La piel chamuscada se llena de manchas negras. Los pelos quemados echan chispas” (231). Es interesante cómo el narrador hace énfasis en que, de la cólera, el Almirante se incendió, al grado de tornar su persona en una imagen grotesca por su ira:

El Almirante ha vuelto a salir en seguida. Lleva el brazo en alto. La mano ensangrentada que se yergue ante ellos es una mano de cinco siglos. ¡Mirad, barbota con voz de trueno, he aquí la señal cierta de la Tierra Prometida! Los hombres ven primero un muñón sangriento. La mano mutilada retoña en largos dedos rojos que se crispan salpicando sangre. Luego ven, asido en el puño, la forma de un cangrejo monstruoso (232).

Esta imagen del Almirante con la mano erguida recuerda una vez más a Moisés, el guía del pueblo judío, quien empuñó la mano para conducir a su pueblo; sin embargo, la mano del Almirante aparece con sangre, que es probablemente aquella que comenzó a derramarse a partir de su llegada a las tierras nuevas y, hasta 1992, momento de publicación de la novela. A partir de ese momento, fueron cinco siglos desde la llegada de los españoles.

Otra de las estrategias que le ayudan al Almirante a convencer es la mentira, la utiliza para tranquilizar a los marinos ante su impaciencia por llegar a tierra, pues tenían la sensación de que el viaje se tornaba infinito: “El único que va mintiendo es el Almirante porque a veces la verdad central —en este caso la llegada a las Indias orientales— hay que defenderla y revelarla con mentiras parciales” (225). Como ya había reconocido el propio Almirante, el narrador está al tanto de que manipula las coordenadas y el conteo de la distancia: “No le queda más que ganar tiempo. Manipula las coordenadas del viaje rebajando las distancias a fin de aplacar el temor al imposible regreso que iflama la rebelión” (225). Ambos conteos, el real y el que “acorta el camino recorrido” quedan asentados en el *Diario de a bordo*, cuaderno de navegación que el narrador tiene como la “ficción embaucadora” del Almirante (224). Su estrategia para disuadir a los tripulantes rebeldes fue mantenerlos desubicados

y evitar que pensarán en la posibilidad de que la empresa pudiera fracasar: “los forzados nada saben de las distancias, estrellas, latitudes y longitudes” (226). Se puede notar aquí una vez más el poder de convencimiento del genovés; sin embargo, el narrador hace hincapié en que no pudo engañar a los marinos más experimentados, como los Pinzón, por lo que el Almirante tuvo que revelarles el secreto del Piloto anónimo para no poner en riesgo el viaje y evitar que los hermanos Pinzón decidieran regresar a España.

Al llegar a Indias, el narrador expresa que el Almirante tiene a los naturales como gente muy pobre, debido a su atuendo, pues andan desnudos. También, “habla con desprecio de la lengua de los naturales” (284), pues se comunican con una lengua distinta, desconocida para él; sin embargo, comenta que reconoce que tienen un dulce hablar “que es maravilla”. En una carta dirigida a los reyes, el navegante los describe y explica que a pesar de que andan desnudos tienen buenas costumbres, buena moral y comportamiento, lo cual valora; además, advierte que aman a sus prójimos como a sí mismos y percibe que tienen alegría de vivir. Sobre los soberanos de los indígenas, en caso concreto del rey de Cipango y de Anacaona, adula su ingenio y hermosura (285). Aun cuando valoró el comportamiento humano de los indígenas, para su regreso a España eligió varios mancebos y doncellas para llevar a los reyes en calidad de vasallos (299); unos de ellos fueron trasladados en calidad de esclavos, encadenados y custodiados por la tripulación (300). Sobre estos hechos, reprobatorios para los soberanos españoles, quiso el Almirante justificar sus acciones, sin embargo, el narrador expresa que los monarcas condenaron su acción por denigrar a los indígenas (300):

Millares de pies desnudos baten el polvo de los caminos de España. La caravana atraviesa todo el sur del reino, rumbo a Barcelona donde Sus Altezas Serenísimas tienen por el momento su corte. “¿Quién ha autorizado a mi Almirante a traer esclavos a España?”, exclama la Reina cuando se entera y ve con sus propios ojos la recua de más de medio millar de galeotes atraillados. “Majestad —informa humilde, casi humillado, el Almirante—. Son los caníbales tomados en la guerra que les he puesto (300).

El tráfico de esclavos negros era una práctica muy común en Portugal, que entraba en África, y hay que recordar que Colón en un momento de su vida, tal como lo refiere el texto, fue marinero al servicio de esta corte; así, probablemente la idea de llevar esclavos le surge por la relación con la marina portuguesa. Una de las ideas de Colón, sostiene el narrador, era comerciar y sacar provecho esclavizando a la gente del Nuevo Mundo:

En cuanto a mí [...] ya tengo hecho mi contubernio conmigo mismo. Si esas tierras que voy a descubrir no tienen oro, lo cual las haría inútiles y perdidas, de seguro tendrán gente. Se puede la prender a toda ella y traella como esclavos y consumilla en las minas, y aun vendella a buen precio en las granjerías de la mesma España y aun del resto de Europa (155).

El tema de la esclavitud brota en una plática que sostiene el Almirante con Las Casas, su “amigo y futuro comentarista” (153), sin embargo, el fraile, con un gesto de descontento, reprueba la idea del genovés:

el ligur dio a su amigo el consejo de que una vez descubiertas las Indias y cristianados los indios, aprovechara la trata de esclavos negros llevándolos del África al mundo recién descubierto para aliviar el trabajo de los naturales. El futuro dominico y uno de los presuntos inventores de la Leyenda Negra sobre las atrocidades de Indias, se mordió el labio superior y quedó pensativo. Sólo un instante después murmuró: “¡A su merced se le ocurre cada cosa que parece dos!...” (155).

El hecho de llevar a los indígenas en calidad de esclavos pudo ser una de las causas que hiciera que la entrada del Almirante a Sevilla fuera, en vez de una entrada triunfal, más bien “un cortejo fúnebre” (301), pues la imagen fue la de una procesión de encadenados que llegaban al viejo mundo débiles por el viaje y llagados a causa de las ataduras. Así, la imagen de Colón en este episodio no es la de un caballero encumbrado que llega triunfante a la Corte, sino lo contrario, se trata de un Almirante que llega a rendir cuentas abatido (302) y convertido en un opresor. El Almirante vuelve al lugar donde su utopía comenzó (302), pero regresa sin haber obtenido oro suficiente para cumplir lo que había prometido a los monarcas; regresa como pecador y con sangre en las manos por haber cometido asesinatos masivos en las tierras nuevas:

La extraña caravana regresa a Sevilla, más parecida a una peregrinación o a un cortejo fúnebre, que a una marcha triunfal. En la penumbra de la habitación el Almirante ve erguirse de nuevo la Torre del Oro, recién inaugurada para recibir los tesoros de Indias [...] Manda depositar los cofres al pie del altar. Besa luego las manos del arcediano de Sevilla, obispo de Badajoz y delegado real para los asuntos de Indias, Juan Rodríguez de Fonseca. Éste bendice el oro, da un abrazo al Almirante, lo besa en las dos mejillas. Con los flecos dorados de la estola tiene que restañarse los labios manchados por la sangre que cubre en hilillos el rostro del Almirante. Comienza el oficio religioso. Por propia voluntad y en acto de sumisión y humildad, el Almirante ayuda como monaguillo. Mientras hace oscilar el incensario ante la Custodia, el Almirante sufre un nuevo desvanecimiento en las gradas del altar, y se quema el cuello con las brasas del turíbulo (301).

Después de estos hechos, al Almirante se le prohibió ir a las islas que descubrió; recuerda que fue apresado y encadenado en la isla de Jamaica y, con desesperación, escribió una carta a los reyes solicitándoles que se cumplan las Capitulaciones. En esa carta reclama que le abandonaron ahora que está enfermo.

Después de que muere la reina, abatido por la enfermedad y el abandono, mendiga una audiencia con el rey para reclamarle sus privilegios (308). A partir de ahora, dice el narrador, el Almirante: “No es más que un molusco encerrado en la enorme ostra de una isla acosada, asediada, anatematizada, demonizada”, y con esta imagen termina en caída el viaje del navegante que se lanzó a descubrir una tierra incierta que, sin embargo, marcó el fin de una época y el inicio de otra.

2.3 Las imágenes de Colón

Las representaciones de Colón, como se pudo observar, provienen de dos discursos marcados en el texto, en un principio distintos, aunque por su enunciación queda claro que provienen del narrador extradiegético, quién, como se ha dicho, asume la autoría de su personaje al afirmar que él lo creó. Ahora bien, de este discurso bifurcado sobre el Almirante se desprenden varias imágenes del navegante: Colón-peregrino, Colón-Moisés, Colón-Quijote y Colón-Pícaro que a continuación se analizan.

2.3.1 Colón-peregrino

Colón viajó espontáneamente y por curiosidad; le motivaron la serie de viajes y descubrimientos que realizaban navegantes principalmente portugueses. Su proyecto de vida estuvo condicionado a las circunstancias y al medio en el que se

desenvolvió, pues cabe recordar que gracias al favor de los reyes católicos pudo reunir lo necesario para realizar su sueño de navegar por tierras ignotas.

Movido por motivaciones personales, emprende un peregrinaje en busca de oro para recuperar el Santo Sepulcro. Colón decide partir hacia el Oriente para encontrar un camino hacia esas tierras de grandes riquezas y, como los peregrinos, emprende una ruta hacia derroteros y lugares desconocidos. Al igual que el peregrino, tiene la esperanza de llegar a las tierras de promisión, Cathay y Cipango, para también, a la postre, preparar el terreno para la prédica del evangelio.

La caída de estos infieles, luego de tantos siglos, así como la expulsión de los malos judíos que mataron y crucificaron a Nuestro Señor Jesucristo y que se han resistido a convertirse a nuestra Fe, han levantado mi ánimo para realizar yo a mi vez la Reconquista de estas tierras alejadas de las manos de Dios, nuestro Señor, y ponerlas en vuestras manos (80).

Así, una de las imágenes de Colón es, como decíamos, la del peregrino: “peregrino de los mares” (93), “peregrino bifronte” (94), “Ya no soy un hombre joven. Soy un legendario peregrino de mar y tierra” (181). Primero viajó por varias ciudades y reinos para conseguir el patrocinio para el viaje, padeciendo y sufriendo humillaciones y burlas: “Peregrinaba ofreciendo a reyes, príncipes, papas y cardenales un mundo portentoso de riquezas” (78); más tarde, su trayecto fue por mar, donde navegó para hallar la tierra que él mismo se había imaginado, según los datos revelados por el Piloto, pues sabía que el Paraíso terrenal estaba situado en algún lugar del trópico:

Yo no he hallado jamás escritura de latinos ni de griegos que certificadamente diga el sitio en este mundo del Paraíso Terrenal, ni he visto en ningún mapamundi el sitio situado con autoridad de argumento. Algunos lo ponían allí donde son las fuentes del Nilo el Etiopía; mas otros anduvieron todas estas tierras y no hallaron conformidad de ello en ninguna parte. Salvo el Piloto que también anduvo por estas comarcas y vio el Paraíso Terrenal, como una isla fuera del mundo distinta de las otras, y me indicó la manera de allegarme a él (113 y 114).

Las peregrinaciones fueron un fenómeno muy particular en la Edad Media, son una especie de éxodo hacia las tierras prometidas o santas. El romero se dirige a Roma, los peregrinos van a Santiago de Compostela y Colón se marcha a buscar una nueva tierra más esperanzadora, donde estaba seguro que hallará la riqueza para sí y para el reino de Castilla.

Detrás del peregrinaje puede haber varios fines, cumplir una penitencia, obtener el favor de un santo o, sencillamente, peregrinar por propia voluntad sin razón específica. En el caso del Almirante, parece que las razones que lo mueven es, primeramente, hallar las riquezas de Oriente, sumado a su deseo por la aventura y su sed de conocer lo desconocido (ansia de conocimiento): descubrir otros mundos, otra gente, experimentar vivencias y por supuesto, como toda pasión de un viajero, atravesar mares y tierras inhóspitas. Colón estaba entusiasmado por emprender un viaje hacia lo misterioso, hacia lo desconocido, y su empresa estuvo finalmente alentada y estimulada por los poderes eclesiásticos y reales pero, sobre todo, fue su propia naturaleza aventurera la que le motivó a emprender el peregrinaje hacia Oriente. Ahora, considerando que Colón era un hombre creyente de la fe católica, en su camino hacia tierras extrañas, y al ver lo majestuoso de éstas, cree haber encontrado el Paraíso en las Indias. Tras una larga y fatigosa

jornada, y con el auxilio de la Divina Providencia, el Colón-peregrino llegó a un lugar deleitoso, donde había un lago de aguas esmeraldinas, del que fluían los cuatro ríos centrales del Paraíso (235); llegó a un lugar donde los frutos eran muy jugosos y semejantes a los astros del cielo (236), un sitio donde los amaneceres eran rosados y luminosos, y el cielo de un azul tierno (246). Maravillado por lo que sus ojos veían, desembarcó en unas islas afortunadas que se hallaban a otro lado del mundo, en el fin del Oriente, lugar hasta entonces, y para muchos, desconocido.

Por otro lado, el narrador sentencia que Colón tuvo varios errores, entre ellos, dice, era obseso, vivía sobresaltado, deseaba fama, se equivocaba a menudo y tenía gran capacidad para engañar (280). Así, dentro de esta imagen, en la que Colón mismo se asume como peregrino, el narrador construye una imagen de un Colón-peregrino con fallos y errores, un “peregrino errante”, “fracasado” y “malogrado” a causa de cometer grandes errores. Estos fallos serán importantes, pues constituyen las causas de la caída de este peregrino de los mares.

También, este peregrinaje y el Colón deseoso por alcanzar la Tierra prometida asocian esta imagen del Almirante a la del profeta Moisés.

2.3.2 Colón-Moisés

Colón se identifica con Moisés porque piensa que su misión es conducir a su pueblo a una tierra que alcanza a tener el valor de tierra prometida. Asimismo, y como se mencionó anteriormente, entre los objetivos del Almirante está llegar a las tierras donde no hay conocimiento de la cristiandad para expandir el cristianismo por todo el Oriente (73) y liberar a su habitantes de la ignorancia, llevándoles la doctrina del

evangelio y salvar sus almas. No hay que olvidar que Colón es un *Christum Ferens*, el portador de Cristo, “el que había de llevar a Cristo al otro lado de la mar Océana” (Ezquerro, 1993: 131). En ambos casos existe una encomienda divina que el Almirante asume, y así se tiene la figura de Colón-Moisés, quien destaca como un guía de pueblos, un “predestinado, un elegido de Dios” (93), cuyo propósito es la liberación y salvación de los hombres.

El camino que tuvo que sobrellevar Moisés durante el éxodo no fue fácil, estuvo lleno de vicisitudes y, de forma similar, la ruta que siguió Colón tuvo sus dificultades, tuvo que enfrentar varios obstáculos para tocar tierra: tormentas, amotinamientos, enfermedades, que fueron sólo algunos problemas que el Almirante padeció, además del aislamiento y la soledad que significaba navegar a través de un inmenso mar. Para hallar la solución a distintos problemas que le acongojaban durante el viaje, a menudo solicitaba la presencia y el consejo de fray Buriel, quien fungió como su confesor. Así, el mar, como el desierto lo fue para Moisés, puede verse como un lugar de meditación y penitencia para el Almirante, quien caía en un estado de “duermevela” o “vigilia” a causa del cansancio por navegar grandes distancias a veces sin tener esperanzas de llegar a tierra firme. Ya habiendo desembarcado en tierra:

No supo más el Almirante. Cuan largo era se desmoronó dormido sobre la arena luego de tantos días en vela, desvelado por tantas ocupaciones y preocupaciones, sin poder desvelar lo que a partir de ese momento ocurrió [...] El Almirante estaba “desvelado”, lo que no le impedía tener sueño y mantener su total reserva, su velo, su misterio (287).

Sin embargo, como un profeta, agradecido del favor de Dios, aún cuando ni el tiempo ni las condiciones de navegación mejoraban, y la marcha se hacía cada vez más lenta, Colón, antes de llegar a tierra, predice el gran suceso:

De esta suerte, si los tres días se cumplen, avista remos la tierra ignota el día sábado 13 de octubre. Dios Nuestro Señor permitirá que sea una fecha gloriosa para la Cristiandad, prevista desde el comienzo de los tiempos. No hemos sacrificado aún el cordero. Esperar no es desesperar. Amo a mi paciencia más que a mí. Las moscas ganan batallas después de las batallas (108).

El camino de Moisés guiando a su pueblo por el desierto demoró cuarenta años, tenía el profeta cuarenta años de edad cuando tuvo que huir de Egipto (94), y esta es la edad que tiene el Almirante, según lo cuenta, cuando la tripulación llevaba cuarenta días de peregrinación sobre el desierto marino (94). Al igual que el Mar Rojo se abrió, Colón espera poder conducir a su pueblo a tierra firme y hallar el oro de Indias: “si esto sucede, podré considerarme par de Moisés, conductor de un pueblo, de una multitud de pueblos, a los cuales debo entregar las Tablas de la Ley en el Sinaí de estas tierras desconocidas” (94). Así, Colón se considera diferente, con un don providencial y profético, que es capaz de salvar a los hombres y de predecir lo que está próximo a suceder: “Dentro de pocas horas la tempestad levantará el mar en un solo bloque y nos aplastará. Yo escucho las tempestades antes de que se produzcan. O mientras se producen, invisibles, en la ignosfera, a miles de leguas de profundidad” (217).

Hay que recordar que el primero que equipara la figura del profeta bíblico con Colón es su hijo Hernando. En la biografía que escribe de su padre lo describe como un hombre providencial, de buen juicio y de saber, tanto que en el capítulo XIX,

refiere que la tripulación estaba ansiosa por desembarcar en tierra, sin embargo, las naves avanzaban muy poco o nada; afirma que su padre tranquilizó a los marineros diciendo que la tierra estaba cerca, pero como sus palabras, al ver los hechos, no fueron suficientes, “tuvo entonces necesidad de la ayuda de Dios, igual que Moisés, cuando sacó a los hebreos de Egipto, los cuales se abstenían de poner las manos en él, por los muchos prodigios con que Dios le favorecía” (Colón, 2003: 64). Así, finalmente, el liberador del tormentoso viaje por el mar fue Dios, pues según la fe cristiana que profesaba el Almirante todo se hace por voluntad divina; sin embargo, en este contexto, Colón fue el profeta o el medio que Dios eligió para salvar a la tripulación del naufragio en la travesía del Primer Viaje.

2.3.3 Colón-Quijote

Decíamos al inicio de este capítulo que una de las intenciones del Almirante es constituirse como un caballero. Hay que recordar que el espíritu caballeresco al que pertenece el personaje está basado en el concepto de *honor*; ser caballero significaba ceñirse al modo de vida de los hombres de bien, sujetos que generalmente pertenecían a la aristocracia medieval. Estos modelos de hombre se representaron en los libros de caballería —*Amadís de Gaula*, *Amadís de Grecia*, *Palmerín de Inglaterra*, *Las sergas de Esplandián*, por nombrar algunos—, de los que dice el narrador que Colón era asiduo lector en sus ratos de ocio y que de poco dormir y tanto leer, se le secó el cerebro, como dice Cide Hamete Benengeli de Alonso Quijano (150): “Los ratos en que el ligur está ocioso, que son los más del año, ya en posadas malolientes de puertos o en sus largas rutas marítimas, se

atraca día y noche con la lectura de los libros de navegadores y exploradores, los Amadises, Esplandianes, Palmerines y Doce Pares del Mar” (149).

El Almirante leía literatura, al igual que el Caballero de la Triste Figura —Don Quijote—; durante sus viajes pernoctaba en posadas y en esas noches se desvelaba “por entender y desentrañar el sentido de los Caballeros Navegantes” (151), personajes que eran grandes viajeros y exploradores; su preferido era Marco Polo, “el de las tierras de Asia [...] ha leído el ligur más de cien veces su *Libro de las cosas maravillosas*”, tanto que “se lo tiene aprendido de memoria” (149). Así, el narrador de *Vigilia...* establece un contraste entre Colón y Don Quijote, pues hay que recordar que el segundo también fue un asiduo lector de novelas de caballería; resultado de ello, emprendió un viaje en busca de un ideal. Ambos personajes, Colón y El Quijote, se asumieron portadores del ideal caballeresco de los protagonistas de estos libros y emprendieron un viaje; en el caso del Almirante, su viaje tenía como objetivo: “descubrir un mundo resplandeciente de oro y pedrerías al otro lado del mundo” (150), pues se obsesionó con las historias de Marco Polo, y también le alucinaban los libros de fantasías (151).

De tanta ficción que leyó el Almirante, apunta el narrador, “podría decirse que enloqueció de oír y leer historias contadas por otros porque él era incapaz de inventar ninguna” (150), con lo que le resta capacidad imaginativa a su protagonista, ya que tuvo que tomar las historias de otros para hacer la propia. Así, el narrador lo presenta como un creador de mundos a partir de libros, es decir, construye un Almirante quijotesco, y como bien lo apuntaba Ezquerro (1993: 131), *El Quijote* es, entonces, un texto fuente de la novela. La relación con el texto cervantino también se ve cuando el Almirante confiesa antes de morir “Yo fui loco y muero cuerdo”,

igual como lo hiciera don Quijote; también, en su lecho de muerte, ambos llaman al escribano para escribir o modificar su testamento. En el caso de Colón, solicita al escribano que se quemase su testamento en el fuego de su chimenea, pues ahora que está cuerdo lo encuentra “inútil y viciado” (315). Así, la muerte de don Quijote se reescribe en el texto de Roa Bastos (Ezquerro, 2003: 134) y, en este caso, se puede pensar que la locura de Colón radica en que en vida realizó acciones que no estaban permitidas —arrebatarle sus tierras a los naturales de Indias—; por esta causa, ordenó restituir sus posesiones a los agraviados. Estando ya cuerdo, se arrepiente del mal que hizo y renuncia a todos sus títulos, como si se le hubiera quitado una venda de los ojos.

Mando que todas las tierras y posesiones que se me han atribuido en recompensa de un descubrimiento que no ha sido hecho por mí, y de una conquista que yo he comenzado y que va contra todas las leyes de Dios y de los hombres, sean devueltas a sus propietarios genuinos y originarios (respéteseme el pleonasma, que no es tal, señor escribano) (316).

2.3.4 Colón-pícaro

La novela inicia con el Almirante contando su vida y de esta forma, en un principio, pareciera una narración autobiográfica, en donde Colón hace un recorrido por sus viajes, dificultades y obsesiones. Partes importantes de sus andanzas son su Primer Viaje, la llegada a las Indias, su testamento y muerte, momentos fundamentales, donde presenta una línea de conducta en la que predomina el engaño, la astucia, el ardid y la trampa ingeniosa, como en la novela picaresca.

Motivado en lograr sus ideas, muchas veces Colón se ve forzado a mentir, y aunque sabe que el engaño no es un bien de los hombres prudentes, utiliza este recurso para tener oportunidades en la vida, pues muchas veces ésta se torna hostil con él y no le favorece.

Mentir es una característica de los personajes de la novela picaresca; el engaño y el robo se convierten en formas de vida para subsistir en el mundo que ha sido hostil con ellos. Estos personajes llevan una vida vulgar, tal como lo asienta *El Lazarillo de Tormes* (1554), obra que para muchos críticos es la primera expresión de la novela picaresca (Ordaz, 2000: 15), cuyo personaje —Lázaro— es más bien un anticaballero. El pícaro de la novela española del siglo de Oro abandona a los suyos y se entrega a un vagabundaje por el mundo, tal como lo hiciera Colón.

Generalmente, el pícaro es un personaje de buenos sentimientos y de buen carácter, sin embargo, la ambición les mueve a robar, mentir y engañar para lograr sus intereses. Quien acuña el término *pícaro* es Mateo Alemán para caracterizar a su personaje Guzmán de Alfarache; palabra derivada del vocablo *picar* y asociado al arte culinario y las prácticas erótico-sexuales (Ordaz, 2000: 13-16). Entre las características de un pícaro están: 1) es pobre y de baja extracción social, 2) de genealogía negativa o dudoso origen, 3) es solitario y abandonado, 4) se mueve fundamentalmente por el hambre, 5) entiende el mundo como enemigo, 6) como armas emplea el engaño y la astucia, y 7) permanentemente se está moviendo de un lugar a otro (Godoy, 2005: 14).

Vemos que en el caso del Almirante cumple bastante bien con los incisos 1, 2, 6 y 7. En el caso del 1) era un marinero comerciante y no contaba con dinero para realizar el anhelado viaje; 2) su padre era comerciante y cardador de lana, además

de que era un “judío catalán de oscura prosapia” (77); 6) engaña para lograr sus objetivos; y 7) el Almirante es un navegante que anda viajando siempre por el mundo y busca el patrocinio yendo de un reino a otro (Inglaterra, Francia, Portugal y Castilla), sufriendo la negativa en cada uno y aprendiendo de la realidad hostil de la vida.

Al hacer una revisión crítica de distintos personajes pícaros que surgieron en el Siglo de Oro, Ordaz (2000: 125) señala que una más de las características de este tipo de personajes es que se transforman, es decir, los pícaros no son entidades fijas, sino cambiantes; así, el modo de actuar del Almirante cambia constantemente: a veces se comporta como un caballero y otras es el anticaballero que miente para lograr sus fines, que son fundamentalmente llegar a las Indias por otra ruta, poseer riquezas y ascenso social.

Realizar ese viaje es su gran obsesión, así que el Almirante narra su aventura desde que le surge la idea de embarcarse. Para lograr este propósito, y como se ha mencionado, en su conducta se muestra manipulador y con afán de engañar, pues hay que recordar que, valiéndose del testimonio del Piloto desconocido, le miente a los reyes diciendo que él, personalmente, ya ha estado en Indias. Así, Colón presenta una línea de conducta en donde prevalece el engaño y la astucia para lograr su objetivo, como sucede con los personajes de la novela picaresca.

En el caso del Almirante el tema de la mentira es relevante; posterior a que engaña a los reyes para hacer el viaje, ya en el mar, ingenia el doble conteo de leguas; ahí también Colón elabora una trampa ingeniosa para apaciguar a los marineros y evitar que se desesperen porque pasa el tiempo, se recorren las distancias y no logran llegar a tierra. Esta trampa no le funcionó para los Pinzón,

quienes poseían saberes náuticos y de inmediato se dieron cuenta del conteo falso, así que deseaban encaminarse de regreso a España; al ver esto, el Almirante resolvió secuestrar y arrojar al mar los mapas para que los tripulantes no tuvieran opción que continuar el viaje a las Indias. Por si fuera poco, el Almirante pícaro induce el chantaje, intenta manipular a los tripulantes de que si no lo apoyan en la culminación del viaje, los reyes los tratarían como traidores y les ahorcarían a su regreso a España (189). Esta conducta de Colón se contrapuntea con la imagen de caballero medieval que se mencionó páginas anteriores y le convierte en el pícaro, anticaballero o, como señaló Pedro Salinas (citado en Godoy, 2005: 12), en un “caballero enrevesado”.

Así, mientras que para el caballero de la Edad Media era forzoso llevar un comportamiento recto y cristiano, fundamentado en la honestidad y el buen juicio de sus actos, en este caso se presenta un Colón deshonesto.

Pero no sólo el Almirante se proyecta a sí mismo como pícaro, también el narrador elabora esta imagen de su personaje. Para éste, Colón posee una “ambición desmesurada que se confundía con su obsesión mística y paranoica” (279); así que para él es un ambicioso que poseía una “inagotable capacidad de engaño no sólo con los demás sino también con respecto de sí mismo” (280).

Conclusiones

Después de haber analizado las imágenes que se desprenden de la caracterización que hace el narrador de su personaje: Colón-peregrino, Colón-Moisés, Colón-Quijote y Colón-Pícaro, particularmente las dos últimas son las que predominan para configurar al personaje. Desde el inicio, Colón estaba interesado en viajar y buscó incansablemente el patrocinio; lo que le motivó para ello fue, en gran medida, la curiosidad, pero también, las riquezas que podía obtener. Sin embargo, su proyecto estuvo siempre condicionado al favor de los demás, para lo cual el recurso que tuvo para convencer fue la mentira. Ya en su viaje, se mueve entre dificultades y, para mantener su empresa y evitar que se derrumben sus objetivos, el engaño, la astucia, el ardid y la trampa ingeniosa son sus mejores aliados, como en la novela picaresca. Sin desprenderse de esa línea de la picaresca, al Almirante también se le proyecta como un caballero navegante (recordando a don Quijote, el caballero andante) asiduo lector en sus ratos de ocio; leía las hazañas de caballeros navegantes, como Marco Polo, al grado de haberse aprendido de memoria y obsesionarse con su libro. El Almirante, al igual que el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, leyó tanta ficción que enloqueció y revolvió personajes y fechas para contar su propia historia, en cuyo final, al redactar su testamento, se arrepintió de haberle causado tanto daño a los indígenas, por ello pide que se les restituya los bienes arrebatados.

UN DIÁLOGO CON LOS TEXTOS HISTORIOGRÁFICOS

En el capítulo anterior se identificaron las diversas imágenes de Colón en *Vigilia del Almirante*. Se dijo que las imágenes del navegante se construyen a partir de dos voces principales: la del narrador historiador y la del Almirante. En cada una se resaltan sus virtudes, pero también sus debilidades, imposturas y fracasos. Estas perspectivas o puntos de vista de Colón reflejan lo que sucede con su imagen en la historia. Heers (1996) por ejemplo, afirma que se carece de un retrato físico fidedigno del Almirante y una de las causas es que “las imágenes que han llegado hasta nosotros [...] son tardías y fueron forjadas después de la muerte del héroe por escritores que, en su mayoría, no lo conocieron” (Heers, 1996: 9); por ello, y ante la ausencia de una descripción o de un retrato auténtico del genovés, cada autor echó a volar su imaginación para elaborar su versión, que cambió de acuerdo con la época (Heers, 1996: 10-11). Sucede algo similar con la elaboración de la representación historiográfica del personaje histórico, tarea que no ha sido de la novela; más bien es el propósito de los diversos historiadores que han dedicado parte de su vida, bien para analizar los discursos que le han posicionado a través del tiempo como mito, o bien para sostener que Colón ni es un mito ni un personaje histórico, pero sí una figura destacada del pasado (Heers, 1996: 7).

No es objetivo de este capítulo elaborar un análisis exhaustivo de todos los discursos narrativos vertidos en torno al Descubrimiento que se incluyen en *Vigilia del Almirante*, pero sí se pretende abordar las fuentes principales de las que se empapa Roa Bastos para elaborar su novela; tenerlas en cuenta permite comprender los juegos narrativos e intertextuales de la novela, pues el autor “se empapa de varios documentos históricos para lograr la historicidad en su discurso de ficción” (Rodilla, 1998: 376). Esta identificación permite comprender el juego narrativo que plantea la novela y su diálogo con las diversas imágenes del Almirante que emergen de los discursos historiográficos.

A través del tiempo, las distintas épocas dan forma o recuperan a los personajes. En el caso de Colón, y como lo refiere Varela (2003), su imagen se fue construyendo a través del tiempo. En el momento del Descubrimiento, el genovés se esforzará por dar a conocer su hazaña a través de los textos de otros y adquirirá fama por la magnificencia de sus hallazgos. Cuando fallece, doce años después de su primer viaje, la imagen que los europeos tienen de él es apenas la de un genovés que trabajaba para el rey católico y que había descubierto un mundo fabuloso para Castilla (Varela, 2003: 422-430). De igual forma, Varela indica que fue a raíz de la publicación de las historias de Fernández de Oviedo y López de Gómara que la imagen de Colón se fue haciendo pública, fue tomando fuerza, al punto de darle identidad y nombradía. Esta representación, que se encontraría presente a partir del siglo XVI y hasta el XVIII, “se conservó intacta y es la que transmitieron las obras literarias” (Varela, 2003: 422-430). El planteamiento de esta biografía de Colón es distinto a lo que afirma Heers sobre la fama del navegante; este historiador señala que de los diversos testimonios que surgieron nació la fama del genovés (Heers,

1996: 16). Sin embargo, la fama de Colón no se pudo sostener, pues nuevos autores cambiaron su imagen de descubridor y la tornaron negativa. Estos cuestionamientos, suscitados sobre todo a partir de la conmemoración de los quinientos años de la llegada de Colón a América, rebasaron lo que anteriormente habían significado polémicas, como el carácter y el físico de Colón. Ahora lo que estuvo en debate era el hecho de que Colón descubriera nuevas tierras o, sobre todo, si con él se inició la occidentalización del planeta. En fin, se trata de observar críticamente el carácter, el significado de los viajes y la persona de Colón

Para entender más hondamente la novela fue preciso revisar los textos en los que abreva. Para ello es necesario recordar que *Vigilia del Almirante* recurrió en gran medida a un conjunto de textos historiográficos de los que el narrador recupera las hipótesis que se han escrito en torno a la vida y sucesos del navegante. Estas hipótesis, que nos daremos a la tarea de mencionar en el presente capítulo, son reexaminadas por los narradores principales, autodiegético y extradiegético, y eventualmente son modificadas, contradichas o afinadas a lo largo del discurso novelesco.

En este capítulo se analizan temas que en la novela se ponen en duda y en debate, para ello será necesario revisar la *Historia de las Indias* de Bartolomé de Las Casas, la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, la *Historia del Almirante* de Hernando Colón, la *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara y las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir de Anglería, cronistas de Indias que asentaron la vida y obra del Almirante. Estos textos son importantes para esta investigación porque permiten ubicar las “coincidencias, discordancias, anacronismos, inexactitudes y transgresiones” (12).

Roa Bastos utiliza lo vertido en estos documentos historiográficos de manera deliberada pero no arbitraria ni caprichosa (12), según lo señala en el prólogo de su novela. Otros textos que utilizó fueron *El Almirante de la Mar Océano* de Samuel Morison, una de las biografías más completas y exactas de Colón, y *Colón y su secreto* de Juan Manzano Manzano, historiador cuya obra se ocupa por aportar pruebas sobre la existencia del Piloto anónimo.

Todos los anteriores son autores centrales para comprender la intertextualidad vertida en *Vigilia del Almirante*.

3.1. Colón y los cronistas

3.1.1 Un hombre predestinado

Cuando Colón narra su historia en *Vigilia del Almirante* se percibe su gran deseo por servir a Dios, incluso, y como ya se mencionó en la parte referente al *ethos*, se considera a sí mismo como un “elegido por la Providencia”, teniendo a ésta como la manera que Dios tiene para proveer al hombre de lo necesario para su subsistencia y salvación. Así, Dios encarga a Colón realizar tareas para favorecer sus designios. El genovés asume esta encomienda, pues en algunos de sus monólogos expresa que tiene una misión providencial, es un instrumento de la fe, tal como lo refiere él mismo en varios de sus documentos y Las Casas¹⁵ en su *Historia de las Indias*, en

¹⁵ En su *Historia de las Indias*, el dominico hace una apología de Colón; le tiene como un hombre bien intencionado, muy religioso y favorecido por Dios; aclara los motivos que tuvo para proponer su viaje a los reyes; justifica las acciones del navegante, pero también las juzga, pues, finalmente, el estar ciego en cosas tan claras, refiriéndose a la ignorancia que tuvo el navegante en el conocimiento del derecho natural de los hombres, le condenó.

donde apunta que Colón no es seleccionado por la casualidad: Dios lo eligió para llevar a cabo ese descubrimiento por sus virtudes, destreza, saber y prudencia:

Llegado, pues, ya el tiempo de las maravillas misericordiosas de Dios, cuando por estas partes de la tierra (sembrada la simiente o palabra de la vida) se había de coger el ubérrimo fruto que a este Orbe cabía de los predestinados, y las grandezas de las divinas riquezas y bondad infinita más copiosamente, después de más conocidas, más debían ser magnificadas, escogió el divino y sumo Maestro entre los hijos de Adán que en estos tiempos nuestros había en la tierra, aquel ilustre y grande Colón, conviene a saber, de nombre y de obra poblador primero, para de su virtud, ingenio, industria, trabajos, saber y prudencia confiar una de las egregias divinas hazañas que por el siglo presente quiso en su mundo hacer: y porque de costumbre tiene la suma y divinal Providencia de proveer a todas las cosas, según la natural condición de cada una, y mucho más y por modos singular las criaturas racionales (Casas, 1986b: I, 2: 25).

El fraile prosigue y señala que la voluntad divina se percibe desde el nombre del genovés: *Christum ferens* (1986b: I, 2: 26), o como se indica en la novela: *Christo Ferens*, que significa el enviado de Cristo: “Con el anagrama de mi nombre y de mis títulos, yo firmaba *Christum ferens*, el Portador de Cristo. Ahora, más humilde, sólo firmo: *Christo Ferens*, el que lleva para Cristo” (44).

La visión de Las Casas la menciona el personaje, quien dialoga con su biógrafo y defensor, pues para el fraile, Colón era a quien “Dios había elegido y eligió para que con tan grandes trabajos descubriese, haciendo nuevo inventor deste orbe” (Casas, 1986b: I, 2: 35). Al respecto, el Almirante de la *Vigilia...* expresa de sí:

Soy un predestinado, un elegido de Dios. Lo ha dicho sin ambages otro elegido de Dios: Bartolomé de Las Casas. En este caso debo considerar las innumerables vicisitudes a que soy sometido como el camino iniciático de los elegidos que deben atravesar forzosamente las pruebas de su enriquecimiento y purificación espiritual antes de llegar al estado de santidad interior, de purificación, de glorificación, que sirva a la causa de la mayor gloria de Dios y de los hombres (93).

No sólo la imagen providencialista de Colón que menciona Las Casas es retomada para la construcción del personaje, sino que el Almirante mismo habla de ella recordando lo que el cronista ha colocado en su *Historia de las Indias*, pues a Cristóbal Colón “Dios le concedió cumplidamente más que a otro estos dones [la navegación]; más que a otro del mundo eligió para la obra más soberana que la divina Providencia en el mundo entonces tenía” (Casas, 1986a: I, 33). Entonces, esta imagen de Colón no sólo se retoma de manera intertextual, sino también argumentativa, pues el protagonista de la novela recurre a ella para defender su posición providencialista.

Ese providencialismo es el que alimenta las creencias del protagonista pues, como lo dice: es “la fe inextinguible en la Divina Providencia la que abroquela mi espíritu y mi carne en torno al bastón de hierro de mi voluntad” (95). Por lo tanto, y como está convencido de que su fe es un instrumento del deseo divino, es permisible que se vea como un predestinado¹⁶ para realizar hazañas en favor del hombre. Pero su predestinación no queda ahí, también es él a quien comisiona Dios para recuperar de manos de los infieles el Santo Sepulcro, tema que se ha tratado en el capítulo 2. Ahora sólo conviene mencionar que el tema de la cruzada también se retoma de la obra lascasiana:

Celosísimo era en gran manera del honor divino; cálido y deseoso de la conversión destas gentes, y que por todas partes se sembrase y ampliase la fe de Jesucristo, y singularmente aficionado y devoto de que Dios le hiciese digno de que pudiese ayudar en algo para ganar el Santo Sepulcro; y con

¹⁶ El sentido de predestinación significa preordenación hacia un fin. En sentido teológico, la Predestinación es el orden concebido por Dios para conducir a la criatura racional hacia un fin sobrenatural, que es la vida eterna. También, indica un designio de Dios que abarca en bloque toda salvación cristiana del género humano. Se tiene a la razón íntima de la Predestinación como un misterio (Parente, *et al.*, 1955: 292-293).

esta devoción y la confianza que tuvo de que Dios le había de guiar en el descubrimiento deste Orbe que prometía, suplicó a la serenísima reina doña Isabel que hiciese voto de gastar todas las riquezas que por su descubrimiento para los reyes resultasen en ganar la tierra y santa casa de Jerusalem (Casas, 1986a: I, 29 y 30).

Por el tiempo en que vivió, era normal que Colón se sintiera elegido por la Providencia; ahora, la pregunta que surge inmediatamente es ¿qué tan honesta era la propuesta de Colón para recobrar el Santo Sepulcro y expandir el cristianismo por todo el orbe, como predicán los evangelios? Sus biógrafos se empeñarán en decir que la propuesta era seria, que lo que le movía era su fe; sin embargo, y como se ilustra en la novela, el narrador extradiegético, en su papel de juez de la historia, condenará al Almirante, pues en su opinión, fundamentalmente le movían razones económicas y de prestigio, como se apuntalará más adelante. Por lo pronto, se continuará con el tema de la predestinación.

Otro de los biógrafos de Colón que retoma la postura providencialista lascasiana es su hijo, Hernando Colón. Mencionarle es importante porque en el texto, el narrador sentencia que éste (Hernando o Fernando) fue una especie de encubridor de su padre, pues le ayudó a ocultar o desaparecer —no queda muy claro— la carta y el mapa de Toscanelli para evitar que la mentira de su padre, al respecto del recibimiento de tales documentos, se descubriera.

Hernando Colón escribió la *Vida del Almirante don Cristóbal Colón* cuando se dio cuenta que el buen nombre de su padre estaba en entredicho, esto fue entre los años 1537 a 1539, tiempo en el que la familia Colón estaba en pleitos con la Corona (Iglesia, 1984: 10). Por tanto, Hernando elaboró una biografía ensalzando la figura de su padre para que obtuviera la gloria terrenal y se ganara un lugar en la

memoria de los hombres, pues sus grandes acciones, dice, “le hacen merecedor de vivir en la memoria de los hombres mientras el mundo exista” (Colón, 2003: 24). Le describe como hombre “providencial”, “singularísimo” y “grato a Dios”, de “elevados y generosos pensamientos” (Colón, 2003: 23), calificativos que, como se puede ver, coinciden con los que asienta Las Casas.

Sin embargo, el narrador extradiegético difiere de los dos biógrafos de Colón, pues según lo que narra, la prudencia del Almirante era, en parte, resultado de su carácter y no de un don divino, como lo expresan Las Casas y Hernando Colón.

Su locura era sin embargo opaca y apacible. Se disimulaba muy bien en un reflexivo silencio de ojos entornados como si todo él se volviese para adentro y se dejara caer en sus profundidades. Hablaba poco, menos que nada [...] No lo hacía el ligur por artificio sino por necesidad de su temperamento, al punto que le tenían por prudente, discreto y maduro (152).

El Almirante, además de hacer énfasis en su predestinación, se jacta de sus conocimientos, sobre todo de la precisión de sus cálculos marítimos y de su gran capacidad para recordar y predecir las cosas. Al respecto dice Fernández de Oviedo (1944: II, II) que Colón era “hombre leído e docto [...] bien hablado, cauto e de gran ingenio, e gentil latino, e doctísimo cosmógrafo”. El personaje era “prudente”, pero presuntuoso: se dice gran conocedor de la mar con amplia experiencia en él, así como en cosmografía y geografía, imagen que entra en diálogo con lo que afirma Fernández de Oviedo y con algunos textos colombinos, como la *Carta a los Reyes*, fechada en Cádiz —o Sevilla— en 1501, en cuyo contenido Colón señala que Dios: “En la marinería me fiso abondoso, de astrología me dio lo que abastava y ansí de geometría y arismética y ingenio en el ánima y manos para debusa espera” (Colón,

1989: 277). Teniendo en cuenta estos argumentos, el personaje de Roa Bastos puede afirmar que “lleva veintisiete años andando en la mar sin salir de ella” (33), y no conforme con ello, señala que lleva sus conocimientos hacia el grado más alto, incluso, considerándose un ser supremo, pues: “Todo lo que hoy se navega lo he andado. He visto todo lo que hay que ver. Y también lo que no se ve. Y hasta lo que todavía no es [...]” (34). Este discurso se retoma de manera literal de la pluma de Colón: “Todo lo que fasta oy se navega todo he andado” (Colón, 1989: 277).

Con este ejemplo, es claro que el personaje de Roa Bastos quiere posicionarse en el imaginario como un mito, como un hombre sagrado que realiza acciones que no son propias del hombre común, pues ha visto “todo lo que hay” y también lo que no existe: “lo que no es”.

El aspecto providencial y sacro del Almirante también proviene de la biografía de Hernando Colón: “sólo se honran las cosas divinas o que tienen un destello de divinidad ¿Y qué mayor indicio de su divinidad puede dar el hombre que el descubrir cosas de provecho para otro hombre?” (Colón, 2003: 23).

En las *Décadas del Nuevo Mundo*, Pedro Mártir de Anglería también habla sobre Colón, pero poco; no menciona algún rasgo físico o de su personalidad, únicamente opina sobre su aspecto providencial. El humanista marcadamente difiere de la posición que tienen Hernando Colón y Las Casas; además, indica que considerar como dioses a los hombres que descubrían tierras desconocidas es tema de la Antigüedad (Anglería, 2012: I, 3), por lo que podemos concluir que la forma de pensar del Colón ficcional, además de medieval, como se afirma en el capítulo 2, tiene también tintes clásicos.

3.1.2 Sobre los conocimientos del Almirante

La biografía de Hernando Colón describe al genovés como un hombre “letrado” y de conocimientos “no mecánicos”¹⁷. Estas dos vertientes de su profesión se plasman en la novela; por un lado, el Almirante se empeña en darse a conocer como un hombre con grandes conocimientos librescos, lo que el narrador le reconocerá, pero sin dejar de censurar que ese cúmulo de ideas le llenaron la cabeza de fantasía (150) y le impidieron crear su propia historia, una que fuese original y no copia de lo que había leído. Este cúmulo de ideas que vivían en su cabeza, continúa el narrador, le llenaron de presentimientos y sembraron en él la esperanza de que algún día la suerte le favorecería: que una candela sería la guía para realizar el acontecimiento que cambiaría su vida; así que, en gran medida, el futuro del Almirante —según el narrador extradiegético— pendía del azar:

En llegando la noche, encendía una palmatoria¹⁸ y continuaba su marcha de lector peripatético a la luz de su candela de sebo. Por mucho tiempo fue su sola estrella doméstica. Tenía el presentimiento de que la luz de una candela iba a marcar algún día el mayor acontecimiento de su vida. En todo caso, el fuego constituía para él el elemento primordial de su naturaleza (151).

Sobre la afirmación de Hernando Colón que el quehacer de su padre no poseía un saber de carácter mecánico, López de Gómara difiere señalando que el Almirante era prácticamente un cartógrafo que se ganaba la vida realizando ese trabajo manual. También, agrega que “no era docto Cristóbal Colón, mas era bien

¹⁷ Por conocimiento mecánico (también “artes”) se alude a destrezas manuales más que intelectuales.

¹⁸ Especie de diccionario.

entendido” (López de Gómara, 1979: 29). Pero, según el narrador, era hábil sobre todo para manejar tácticas para conseguir lo que deseaba, pues agrega que el ligur tenía una “innegable habilidad de estratega” (73), sobre todo para “embaucar” (73), primero a los frailes, a los condes y luego a los reyes.

Este “embaucador” y lector “peripatético” leyó textos latinos, cosmográficos, geográficos, “libros de caballeros navegantes” (181) y la Biblia. En su discurso, se puede ver que el Almirante cita recurrentemente obras sobre estos temas, incluso, es curioso el conocimiento que tiene de las crónicas de Indias y de varios documentos que hablarán de él en un futuro —como el caso de la *Historia de las Indias* de Las Casas—, muchos de ellos escritos varios años después de su muerte, por lo que en el Almirante se proyecta una vez más el azar mediante su marcada labor de predecesor del futuro, pues puede vislumbrar las crónicas y lo que asentarán sobre él. Esta característica se relaciona con la escritura del *Libro de las Profecías* del Colón real y que es ejemplo claro de sus fuentes. El documento historiográfico mencionado es una recopilación de citas de diferentes textos, referentes a la recuperación de la santa ciudad de Jerusalén; ahí, el Colón real, o como autor empírico, interpreta estos textos y encuentra cómo señalan claramente que él descubriría una nueva ruta hacia las Indias para la Reconquista del Santo Sepulcro de Cristo. Se retoma el título de esta fuente en la Parte XXXIII —Libro de las Profecías— de la novela y en este capítulo el Almirante recorre punto por punto, lugar por lugar, los sitios a los que habría de llegar durante su trayecto al fin del Oriente, un tanto por predicción, por sus conocimientos librescos, náuticos, y un tanto más por la ruta que le reveló el Piloto anónimo:

Son 700 leguas las que hemos andado desde las Afortunadas. No faltan más de 50 o 70 para arribar a ese archipiélago de las Once Mil Vírgenes marcado en su carta agónica por el Piloto. Pienso que debe ser el archipiélago que rodea a Cipango, conforme lo han descrito todos los cosmógrafos y viajeros, desde Plinio a Toscanelli, desde Silvio Eneas Papa a Marco Polo (221).

El ejemplo anterior menciona al Piloto anónimo, figura que es central en la obra de Roa Bastos. Con respecto a este hipotético viajero, más adelante se analizarán las voces de los cronistas que participan en la novela en cuanto a ese tema y en lo referente al tema del predescubrimiento y su diálogo con sus textos historiográficos.

3.1.3 El origen del Almirante

En la novela, el Almirante dice poco sobre su origen. Al parecer el personaje de Roa Bastos quiere que su linaje pase desapercibido. Históricamente se han dado varias versiones sobre sus antepasados, pero la mayoría —Las Casas, López de Gómara, Fernández de Oviedo, Morison y Heers— señalan que provenía de una familia de comerciantes no acaudalados. Hernando Colón difiere, tras asegurar que el Almirante no tenía apuros económicas, a pesar de aceptar que la actividad de su padre sí era la navegación.

Sobre el nacimiento del genovés, Las Casas señala que era oriundo de Génova, mientras que López de Gómara (1979: 28) es más preciso y apunta en su *Historia general* que Colón era natural de Cugureo —o Nervi—, aldea de Génova, “ciudad de Italia muy nombrada”. Hernando Colón señala que su padre era genovés

y de ninguna manera de Cugureo o Nervi, aldeas muy pequeñas para que un hombre como su padre hubiera nacido. Morison acepta el origen genovés de Colón, señalando que en algunos de sus escritos el Almirante asentó “siendo yo nacido en Génova”, y en otros encomendaba a sus herederos “trabajar siempre por la honra y bien acrecentamiento de la ciudad de Génova” (Morison, 1991: 61).

Heers menciona que, si bien a Colón se le ha llamado ligur, genovés, corso, catalán, portugués e, incluso, judío de origen catalán, griego, francés, inglés o alemán, “sin duda alguna, la hipótesis genovesa —o, mejor dicho, ligurina— parece ser la más juiciosa y satisfactoria” (Heers, 1996: 20-21); muestra de ello es que “el propio Colón proporcionó en dos momentos de su vida [refiriéndose también a sus documentos] indicios de su origen ligurino” (Heers, 1996: 17), “y ligur es la forma latina de genovés”, dice Morison (1991: 61). De la misma forma. Anglería señaló en sus *Décadas del Nuevo Mundo* el origen ligur de Colón: “cierto día Cristóbal Colón, varón de la Liguria, propuso y persuadió a los Reyes Católicos Fernando e Isabel” (Anglería, 2012, I: 3). Es importante señalar que ninguno de sus contemporáneos le adjudican otra procedencia que no sea genovesa o italiana (Morison, 1991: 62).

Sobre sus padres y linaje, Las Casas afirma que “fueron personas notables, en algún tiempo ricos”, pues, “el linaje suyo dicen que fue generoso y muy antiguo”; sin embargo, el fraile no está seguro, pues su narración está basada en el testimonio oral, en el “dicen”. Con respecto al modo de subsistencia de los padres de Colón señala Las Casas sin certidumbre, aunque apoyado en una carta que escribiera el mismo Colón, que eran las “mercaderías por la mar”. Sin embargo, el dominico señala que en otros tiempos sus padres “debieron ser pobres por las guerras” (Casas, 1986b: I, 2: 26). Así también lo señala Hernando Colón: “el Almirante

procedió de sangre ilustre, aunque sus padres, por mala fortuna, hubiesen venido a grande necesidad y pobreza” (Colón, 1984: 34). López de Gómara (1979: 28) sólo señala que “descendía de los Pelestreles de Placencia de Lombardía”. Morison (1991: 64) concuerda con estos autores y concluye que los progenitores del navegante “se hallaban en humilde posición”.

En la novela, los datos biográficos del Almirante se narran en la Parte XXI, titulada “Fragmentos de una biografía apócrifa”, ahí, el narrador menciona que el padre de Colón era tejedor o cardador de oficio, coincidiendo con Morison. Este historiador apunta que el abuelo paterno de Colón —Giovanni Colombo— era tejedor de telas de lana, y que envió a su hijo —futuro padre de Colón, Domenico Colombo— con un tejedor que residía en Génova. Posteriormente, y después del aprendizaje, el padre de Colón se convertiría en maestro tejedor (Morison, 1991: 66). Sin embargo, Domenico Colombo no era un tejedor cualquiera, sino un “maestro tejedor” que poseía más de un telar, “compraba su propia lana, vendía telas terminadas y enseñaba su oficio a los aprendices”. Tenía, pues, una posición respetable entre la clase media; sin embargo, apunta Morison que, mientras la madre de Colón y sus hermanos eran quienes tejían, “Domenico se sentaba a beber con alegres compañeros” (Morison, 1991: 66-68). Como bien se narra en la *Vigilia...*: “don Domenico, cansado a su vez de macerar lana, pasaba bebiendo y dando de beber a los sedientos” (75-76). Así, por su ascendencia, el narrador llama al Almirante “hijo de cardadores y tejedores” (159) y cuando se convierte en Almirante, “ex cardador de Liguria” (91).

Simonetta, hija única de los nobles lugareños [...] se enamoró perdidamente del joven cardador que llevaba de tanto en tanto a su casa paños y tejidos, zaleas y alfombras, chales, capillos, camafeos de raso y de sedas de China [...] Una tarde se trajo una túnica más liviana que el aire y como el aire, sin ningún color. El cardador la arrojó hacia el techo [...] Explicó que la había tejido con pelos de dracociélagos especialmente criados y alimentados en las cuevas de la tejeduría de su padre [...] El tejedor sedujo a la candorosa muchacha con su aire de halcón en acecho, de ojos penetrantes y soñadores (143-144).

El Almirante, en sus años mozos, también se desempeñó como mercader de artículos orientales, como lo muestra el dato biográfico que apunta Las Casas. La idea de que Colón descendía de una familia cuya actividad era la navegación también la señala López de Gómara, “comenzó de pequeño a ser marinero [...] y así anduvo muchos años en Suria y en otras partes del Levante”; posteriormente, se volvería “maestro de hacer cartas de navegar”, con lo que mejorarían sus ingresos (López de Gómara, 1979: 28). Hernando Colón difiere y asegura que su padre se hizo marinero ya mayor, pues de pequeño se dedicó a las letras y en “edad crecida se dio al arte de navegar” (Colón, 1984: 32).

Sobre lo anterior, el personaje de ficción no da demasiados detalles familiares ni económicos, aunque sí reconoce que tras el fracaso de sus primeros intentos por conseguir recursos en Portugal y llegar a España a proponer su empresa a los reyes, no iba alimentado y vestido decentemente, por lo que tuvo que ser patrocinado por los duques de Medina Sidonia y de Medinaceli: “Los condes me adelantaron dinero a fin de adquirir calzas y ropas nuevas para asistir al recibo de los Reyes. Me hicieron comprar uniforme, sombrero y espada de capitán general, talabartes y tiros del mejor cuero adornados con virolas de oro y plata” (48).

La imagen anterior al parecer proviene de la *Historia natural y general de las Indias* de Fernández de Oviedo (1944: II, IV), pues el cronista afirma que Colón “traía la capa rayda (ó pobre)”. La capa era una prenda muy importante para un caballero; portar capa era un signo de nobleza, aunque no necesariamente implicaba riqueza; pero, en la novela, esta capa evidencia la pobre cuna y la “oscura prosapia” de ese “judío catalán” (77) que pretendía ser caballero.

Por lo que señalan los cronistas, podemos concluir que no se sabía exactamente dónde había nacido Colón, pero sí se sabe que no era de noble ascendencia porque sus padres se dedicaban al comercio por la mar.

Además de tener ascendencia “oscura” al no ser hijo de nobles, el Almirante de Roa Bastos era extranjero al llegar a España. En su condición de recién llegado y con poco dinero, recibió asilo en el convento franciscano que dirigía el fraile Juan de Marchena. Llegó a pie con su hijo Diego, de siete años, desde Lisboa, según relata el Almirante-personaje. Al verlos, el fraile que estaba en la puerta les dio asilo, pues iban “medio muertos de fatiga y hambre” (37).

En la “biografía apócrifa” se menciona también que Colón nace “En un lugar de Liguria de cuyo nombre no quiere acordarse” (141); resuena aquí sutilmente su origen humilde, su “oscura” condición social que hay que ocultar. Posteriormente, y gracias al “acta de antecedentes genealógicos y limpieza de sangre, que obtuvo por la mediación del poderoso cardenal González de Mendoza” (75), deja de ser un plebeyo inmerso en el anonimato para convertirse en un noble. Tener apellido y honra significaba contar con una posición social destacada; de lo contrario, expone el narrador, era más conveniente omitir la cuna y “el lugar en que nació [...] [fingiendo] haberlo por completo olvidado” (142).

Así, y hasta que no se le otorgó el nombramiento de Visorrey y Gobernador General y Almirante de la Mar Océana, fue un ligur “ignaro e ignorado” (74); un “judío catalán de oscura prosapia” (77); un “mendigo de maloliente origen” (78), quien dejó de ser un cardador de lana para convertirse en el fulgurante “Almirante de toda la armada de los reinos de Castilla y Aragón” (78).

Pese a que era un “simple cardador”, en su biografía el narrador le reconoce su hábito lector: “en sus peregrinaciones por los libros ha leído aquí y allá [...] en los textos ilegibles de códices e incunables” (91), libros que consultó en la biblioteca del arzobispo de Génova, amigo de su padre. Sin embargo, el narrador no pierde la oportunidad de manifestar que los conocimientos del Almirante no eran, en gran medida, científicos, sino más bien empíricos y hasta adivinatorios, como se señala en la Parte XIII “Hacia el Oriente”.

Ha leído los libros de viajeros y exploradores; también las obras de sabios que lo saben todo sin haberse movido de lugar. Los tiene repletos de subrayados y apostillas que delatan al indocto autodidacta, al navegante de genio en crisálida, al cosmógrafo que guarda dentro de sí el secreto de su “pequeño delirio” que sabe de estrellerías y oscuros libros de alquimistas, astrólogos y herbolarios (91).

Por otro lado, el narrador, a lo largo de su discurso, se encargará de recordar que el Almirante obtuvo su nobleza por la gracia de la monarquía en tiempos recientes. Le parece una patraña lo que dice Colón: “No nací yo en un establo sino en cuna ilustre aunque venida a menos por azares de la fortuna” (75). Le reprocha su mentira, pues que él bien sabe que su apellido Coullon o Collons era común entre los huérfanos y criados de Lombardía, así como entre los judíos. Es hasta su lecho

de muerte cuando el Almirante volverá a reconocer quién es y de dónde viene: un grumete ligur, peregrino de la tierra y del mar, un judío errante, al afirmar también que la riqueza de un hombre no proviene de sus nombramientos ni de sus honores, pues éstos, dice, son sólo quimeras:

Yo fui loco y muero cuerdo. Fui Almirante, Visorrey y Gobernador perpetuo de todas las Indias. ¡Ah locura de los que ponen su quimera en los honores y riquezas de este mundo! No vuelvo a ser agora más que el grumete ligur, el peregrino de la tierra y del mar, el judío errante convicto y converso, que siempre fui con honra y sin provecho. Pueda yo, con la ayuda de vuestras mercedes, con mi arrepentimiento y mi verdad última, la única genuina y valedera, volver a ganar la estimación que de mí se tenía... —una tos carrasposa interrumpió este requiem por sí mismo de quien se moría (315).

3.1.4 El retrato

Hasta el momento no hay un retrato fidedigno que nos diga cómo era Colón físicamente, tal como lo señala Morison (1991: 110): “no existe ninguna descripción de Colón en este momento preciso; debemos, pues, valernos de lo que dijeron algunos después de logrado su magno propósito”, es decir, los testimonios en los que hay que basarse para saber cómo era Colón son las relaciones de los cronistas de Indias.

En la novela se narra que durante el viaje el Almirante contaba con alrededor de cuarenta años, lo cual corrobora Morison (1991: 64), tras señalar que “el cuadragésimo primer cumpleaños de Colón ocurrió durante su gran viaje de descubrimiento”.

Sobre su aspecto físico, Las Casas apunta que Colón “fue de alto cuerpo,

más que mediano; el rostro luengo y autorizado; la nariz aguileña, los ojos garzos; la color blanca, que tiraba a rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos (Casas, 1986b: I, 2: 27). Por su parte, Morison (1991: 68) corrobora que de joven, Colón tenía el cabello rojo, para ser precisos, entre los 18 y 21 años; posteriormente, apunta que cuando llegó a los treinta años, todos [los cabellos] se le pusieron blancos. La descripción que hace Hernando Colón de su padre es que "fué hombre bien formado y de estatura más que mediana, la cara larga, los pómulos algo salientes, sin declinar a gordo ni a macilento. Tenía la nariz aguileña, los ojos garzos, la color blanca y encendida" (Colón, 2003: 34).

Por su parte, el narrador describe a Colón en términos muy similares: es alto, de piel blanca, cabello rojizo, nariz aguileña. Estos breves detalles también aparecen en biógrafos posteriores del Almirante, como Madariaga (1942), quien traslada a su obra la imagen de Colón tal cual la propuso Las Casas; también Heers recurre a las pinceladas de Hernando Colón, no sin dejar de señalar que no hay un verdadero retrato del genovés.

El narrador hace suyas algunas de las características que destacan los biógrafos del Almirante: era alto, delgado, con "la cara alargada, mirada inquietante y perturbadora, cabello pelirrojo" (141); también agrega que Colón poseía unos "ojos penetrantes y soñadores", "la cara caprina [...] afeada por una nariz algo protuberante y más que aguileña, la que seguramente reflejaba tempranamente su instinto rapaz" (144). Agrega que el ojo izquierdo del genovés era más pequeño que el derecho debido a que tenía una cicatriz entre la frente y el pómulo, detalle que destaca el propio Almirante cuando menciona que sólo tiene un ojo sano, porque

un escupitajo se lo atrofió (52). El Almirante, prosigue el narrador, tenía el cabello encanecido, lo cual le sucedió “hacia la treintena de su edad” (141), dato proporcionado por Hernando Colón.

En cuanto a la expresión facial, se le atribuye al Almirante un rostro bifronte: reflejaba que era autoritario, pero a la vez, sumiso. Esta afirmación es una constante en el discurso del narrador, quien alude con frecuencia a la personalidad ambigua del Almirante.

De lo anterior, Morison señala que, a sus 21 años, el Almirante debió ser un “mozo altivo y sensible, fiel al cumplimiento de sus obligaciones religiosas, [...] con un humilde menester para ayudar a sus padres, pero anhelando la aventura y místicamente convencido de su alta misión [...] muchacho de buen carácter y cabellos rojos” (Morison, 1991: 71). Por su parte, Las Casas señala que el Almirante: “era gracioso y alegre, bien hablado, y, según dice la susodicha Historia portuguesa, elocuente y glorioso, dice ella, en sus negocios. Era grave con moderación, con los extraños afable, con los de su casa suave y placentero, con moderada gravedad y discreta conversación [...] Era sobrio y moderado en el comer y beber, vestir y calzar” (27). Sobre todo estas últimas características: moderado, de discreta conversación y sobrio, se destacan en la novela, sin embargo, el narrador menciona que son mera apariencia para para ocultar su verdadero Yo y sus intenciones:

Su locura era sin embargo opaca y apacible. Se disimulaba muy bien en un reflexivo silencio de ojos entornados como si todo él se volviese para adentro y se dejara caer en sus profundidades. Hablaba poco, menos que nada. Sabía que más pronto cae un hablador que un cojo, y él buscaba librarse de caer evitando el tropezón de las palabras.

No lo hacía el ligur por artificio sino por necesidad de su temperamento, al punto que le tenían por prudente, discreto y maduro (152).

Las cualidades de Colón que destacan sus biógrafos son generalmente positivas, mas el narrador las utiliza para describir lo que hay oculto en el carácter del personaje. Así, el modo de comportarse del Almirante no precisamente reflejará su forma de pensar; ejemplo de lo anterior es lo relativo al Piloto anónimo: el Almirante, en sus monólogos interiores, acepta que al mantener en secreto al Piloto anónimo robó su idea, pero se justifica señalando que estos “préstamos” constituyen algo “inofensivo y útil para la humanidad” (139).

3.1.5 Argumentos sobre la existencia del Piloto

La respuesta a la pregunta ¿cómo fue que se le ocurrió a Colón navegar por el Océano Atlántico para llegar a Asia? todavía no tiene respuesta certera y ha sido motivo de debate entre varios historiadores. Para muchos estudiosos de Colón, él era un hombre docto, mientras para otros era entendido, más no culto. Así, aún con sus muchos o pocos conocimientos náuticos, los historiadores se han preguntado cómo supo que era posible navegar hasta las Indias por el Oeste ¿Por qué Colón estaba tan seguro que el proyecto que proponía era realizable, al punto de defenderlo hasta conseguirlo? Su intención fue llegar a Cipango y Cathay atravesando el Atlántico, lograr una nueva ruta que facilitara el intercambio mercantil entre Europa, Cathay y Cipango.

La Empresa de las Indias, como Colón llamó a su cometido en los últimos años, consistía simplemente en llegar a “Las Indias”, es decir, al Asia, navegando hacia el Oeste. Ésta era la idea original ante la cual se subordinaba todo el resto. Esperaba lograr oro, perlas y especias por medio del comercio o la conquista, una vez que hubiera alcanzado “Las Indias”. Además, contaba con encontrar una o más islas en su ruta (Morison 1991: 124).

Al respecto, Las Casas y Hernando Colón aseguran que Colón estaba seguro que llegaría a estas tierras (Cathay y Cipango) porque tenía grandes conocimientos náuticos y concuerdan que el objetivo de Colón fue siempre llegar a Asia oriental. Según estos biógrafos, Colón se basó en las mediciones del planeta hechas por Pierre d'Ailly, descritas en su *Imago Mundi*; asimismo, señalan que otra fuente importante fue la carta del cosmógrafo florentino Paolo Toscanelli; de ambas ya se ha hablado.

La afirmación de que Colón tenía los conocimientos necesarios para realizar el viaje también la compartió el historiador Samuel E. Morison, pero, agrega que si el genovés llegó a estas tierras también fue por intuición, o por la mera suerte “de seguir una latitud en la cual los vientos alisios predominan” (Morison 1991: 129).

Por lo anterior, también se cuenta con la hipótesis de que Colón llegó al Nuevo Mundo por suerte, por una casualidad derivada de sus errores, no tanto por sus conocimientos. Esta hipótesis también se mantiene muy presente el discurso de la novela:

—¿Sabes —me dijo— cuál fue la verdadera grandeza de esa hazaña? [refiriéndose al Descubrimiento] La descomunal ignorancia que tenía con respecto a ella quien la ejecutó, gracias al azar, a su ineptitud cosmológica, a la devoción de sus errores, a su frenética ambición de riquezas, disfrazada de hipócrita misticismo (61- 62).

Otros biógrafos de Colón comparten otra versión que ha sido motivo de debate: el historiador Juan Manzano y el cronista Francisco López de Gómara aseguran que fue un piloto anónimo quien le reveló a Colón la ruta para llegar al Nuevo Mundo, por tanto, sostienen que el Piloto desconocido sí existió. Esta hipótesis es uno de

los pilares sobre el que se construye la novela. Sin embargo, Hernando Colón asegura que es totalmente falso que alguien le haya revelado a su padre la existencia de estas tierras.

En el Nuevo Mundo surgió una leyenda sobre la existencia de un misterioso piloto que llegó a unas islas americanas antes de que lo hiciera Colón; esta leyenda se vertió en las crónicas de Indias y es una de las hipótesis que se manejan para dar respuesta a la interrogante de cómo le surgió la idea a Colón de navegar por el Atlántico en busca de Cathay y Cipango. Esta hipótesis es uno de los elementos a los que recurre el narrador-autor de *Vigilia del Almirante* para crear a su personaje: toma de las crónicas de Indias elementos que le permiten construir al Almirante y configurar sobre él la presencia del Piloto anónimo.

El narrador hace referencia a los textos canónicos citando los nombres de los cronistas o haciendo alusión al contenido de sus relatos. En el discurso novelesco, el narrador señala que un misterioso Piloto le reveló al Almirante la ruta exacta para llegar a las tierras del Nuevo Mundo, tal como se refería en varias crónicas de Indias. La existencia de este piloto y la revelación que le hace al Almirante es tomada como el gran secreto del Almirante de Roa Bastos, hecho que atormentará al personaje durante su viaje al Nuevo Mundo y hasta el fin de sus días.

Según el historiador Samuel E. Morison, el primer cronista en mencionar la leyenda del piloto desconocido es Gonzalo Fernández de Oviedo (Morison 1991: 131-132); sin embargo, fue Las Casas quien relata el origen de la leyenda. Según el religioso, el rumor surgió en el Nuevo Mundo, en la isla La Española. Relata que entre los venidos de España se murmuraba que la causa original del viaje del Almirante fue que una carabela, proveniente de Portugal, había llegado

anteriormente a esa isla y que el Almirante tuvo conocimiento de ello; sin embargo, Las Casas refiere esta historia en pretérito imperfecto, lo que transmite incertidud en el asunto narrado:

Díjose que una carabela que había salido de un puerto de España (no me acuerdo haber oído señalar el que fuese, aunque creo que del reino de Portugal se decía), y que iba cargada de mercancías para Flandes o Inglaterra, o para los tratos que por aquellos tiempos tenían, la cual corriendo terrible tormenta y arrebatada de la violencia e ímpetu della, vino dizque a parar a estas islas y que aquella fue la primera que las descubrió. Que esto acaeciese así, algunos argumentos para mostrallo hay: el uno es, que a los que de aquellos tiempos somos venidos a los principios, era común, como dije, tratallo y platicallo como por cosa cierta, lo cual creo que se derivaría de alguno o de algunos que lo supiese, o por ventura quien de la boca del mismo Almirante o en todo o en parte por alguna palabra se oyese (Casas, 1986a: I, XIV).

El fraile no expresa abiertamente si la leyenda fue cierta o falsa; sin embargo, aunque le atribuye cierta credibilidad, puesto que los rumores tienen algo de cierto, dice, según los argumentos que proporciona en su *Historia...*, es improbable que una embarcación llegara desde las cosas de Inglaterra hasta la Española; o como bien lo expone Morison (1991: 132): “Es imposible para un barco el ser impulsado a través del Atlántico norte de Este a Oeste: concito a cualquiera a que me indique un solo caso”. La explicación de la popularidad de esta leyenda, según Morison, es porque en el siglo XVI el modo en que soplan los vientos aún no se había fijado en los mapas, por lo que, antes del siglo XIX, “para aquellos que nada sabían, pudo existir una tormenta del Este lo suficientemente embrujada como para llevar un barco hasta la Española o hasta el infierno” (Morison 1991: 133).

Gonzalo Fernández de Oviedo, al parecer el primer cronista en mencionar la historia del piloto en su *Historia general y natural de las Indias* (1535), cuenta la leyenda, pero también la califica de falsa:

Quieren decir algunos que una carabela que desde España pasaba para Inglaterra [...] le sobrevinieron tales e tan forzosos tiempos, e tan contrarios, que hobo necesidad de correr al Poniente tantos días, que reconoció una o más de las islas destas partes e Indias [...] e que después le hizo tiempo a su propósito y tornó a dar la vuelta [...] Dícese junto con esto que este Piloto era muy íntimo amigo de Cristóbal Colón [...] y marcó aquella tierra que halló de la forma que es dicho y en mucho secreto dio parte de ello a Colón y le rogó que le hiciese una carta y asentase en ella aquella tierra que había visto. [...] Dícese que él (Colón) le recogió en su casa como amigo y le hizo curar, porque también venía muy enfermo. Pero que también se murió como los otros y que allí quedó informado Colón de la tierra y navegación de estas partes y en él solo se resumió este secreto. [...] Que esto pasase así o no, ninguno con verdad lo puede afirmar; pero aquesta novela así anda por el mundo, entre la vulgar gente, de la manera que es dicho. Para mí, yo lo tengo por falso, e, como dice el Augustino: *Melius, est dubitare de occultis, quam litigare de incertis*. Mejor es dubdar en lo que no sabemos que porfiar lo que no está determinado (Fernández de Oviedo, 1944: II, II).

Parte de este pasaje es trasladado textualmente en la novela. El narrador parafrasea la historia que relata Fernández de Oviedo, pero cita las palabras del cronista cuando niega la existencia del Piloto y cuando menciona el enunciado sentencioso de San Agustín de Hipona: “Que esto pasase así o no, ninguno con verdad lo puede afirmar; pero aquesta novela así anda por el mundo, entre la vulgar gente. Para mí, yo lo tengo por falso. Pues como dice el Augustino: mejor es dubdar en lo que no sabemos que porfiar lo que no está determinado” (63). La inserción de esta oración refuerza la opinión que tiene Fernández de Oviedo; para el cronista es mejor desconfiar en lo que se dice del Piloto que confiar en su existencia, la cual no está probada. Por lo anterior, y en opinión del narrador extradiegético, Fernández de Oviedo “admite ambiguamente” (62) la existencia del Piloto, pues consideramos que incluir su historia en su relato es reconocer que existe, por lo menos en el imaginario colectivo.

Contrario a lo que asegura Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara, en su *Historia general de las Indias*, asegura que el Piloto sí existió y que por azar

llegó a unas islas desconocidas cuyo paradero y ruta reveló antes de fallecer al Almirante, muriendo en su casa:

Navegando una carabela por nuestro mar océano tuvo tan forzoso viento de levante y tan continuo, que fue a parar en tierra no sabida ni puesta en el mapa o carta de marcar. Volvió de allá en muchos más días que fue; y cuando acá llegó no traía más que al piloto y a otros tres o cuatro marineros, que, como venían enfermos de hambre y de trabajo, murieron dentro de poco tiempo en el puerto. He aquí cómo se descubrieron las Indias por desdicha de quien primero las vio, pues acabó la vida sin gozar de ellas y sin dejar, a lo menos sin haber memoria de cómo se llamaba, ni de dónde era, ni en qué año las halló. [...] solamente concuerdan todos en que falleció aquel piloto en casa de Cristóbal Colón, en cuyo poder quedaron las escrituras de la carabela y la relación de todo aquel largo viaje, con la marca y la altura de las tierras nuevamente vistas y halladas (López de Gómara, 1979: 28).

Sobre la identidad del Piloto, López de Gómara no aporta mucho: “unos hacen andaluz a este piloto [...] otros vizcaíno, que contrataba en Inglaterra y Francia; y otros portugués [...] empero ninguno afirma nada” (López de Gómara, 1979: 28).

Tampoco Las Casas ni Fernández de Oviedo aportan rasgos de identidad. Por ello, en *Vigilia del Almirante* se colocan sobrenombres alusivos a su misteriosa identidad: piloto anónimo, piloto desconocido, piloto incógnito, protonauta descubridor, protonauta desconocido, fantástico piloto y piloto precursor. Los apelativos que refieren a su identidad desconocida se retoman de los cronistas de Indias y de la obra de Juan Manzano, quien añade otros más: nauta anónimo, nauta desconocido, descubridor y predescubridor.

¿cabría sospechar que el secreto colombino consistía precisamente en el suceso del protonauta, casual descubridor de las regiones occidentales del Océano [...]? [...] abordamos la importante cuestión del plan y la génesis del descubrimiento colombino, tratando de probar que fue el protonauta, y no Cristóbal Colón, el primer descubridor de las futuras tierras de América [...] Si el genovés no fue el predescubridor y sólo trató de aprovecharse de las noticias que de esas tierras occidentales le facilitó el protonauta, cabe preguntarse: ¿cómo formó aquél su proyecto definitivo? (Manzano, 1989, XXV y XXVIII).

No obstante, Garcilaso de la Vega, el Inca, en sus *Comentarios reales*, le endilgó nombre, apellido y posible nacionalidad al misterioso navegante. El cronista relata la leyenda marcando que se la contaron a su padre, el capitán Garcilaso de la Vega. Se señala que fue un piloto de la villa de Huelva, llamado Alonso Sánchez de Huelva y la circunstancia es la siguiente: mientras viajaba hacia el Norte para entregar mercancías, naufragó debido a una fuerte tormenta, y llegó a una isla que probablemente es hoy la de Haití. De ese accidentado viaje, relata que regresaron con vida cinco personas, entre ellas el piloto de la nave, Alonso Sánchez; a su regreso, llegaron a la casa de Cristóbal Colón, quien los recibió “con mucho amor y les hizo todo regalo por saber cosas acaecidas en tan extraño y largo naufragio”; sin embargo, todos los tripulantes de ese viaje murieron en su casa, según el cronista, pero antes de fallecer, le dejaron los “trabajos” “que les causaron la muerte”, los cuales aceptó Colón “con tanto ánimo y esfuerzo que, habiendo sufrido otros tan grandes y aún mayores, salió con la empresa de dar el Nuevo Mundo y sus riquezas a España” (De la Vega, 2013: 12-13).

El narrador extradiegético de *Vigilia...* anota que Garcilaso el Inca fue el primer cronista que le da identidad al piloto. Es preciso recordar que este narrador, a lo largo de su discurso, se muestra preocupado por averiguar si existió el piloto y por hallar datos sobre su identidad, pues considera que es una de las claves para saber si Colón es el autor intelectual del Descubrimiento.

La identidad del Piloto, o más bien, los confusos datos de esta fantasmal identidad, empezaron a ser “desvelados” tardíamente. El primero en hacerlo fue el Inca Garcilaso, más de un siglo después del Descubrimiento, en la primera parte de sus *Comentarios reales*, la leyenda del piloto desconocido, no negada como leyenda por el gran cronista, toma forma, nombre y nacionalidad: los del navegante Alonso Sánchez de Huelva. La leyenda se hace en cierto modo historia para el Inca (66- 67).

El otro historiador que recupera la leyenda del piloto fue Juan Manzano. En su ya citada obra, *Colón y su secreto*, reeditada poco antes de la conmemoración del quinto centenario del Descubrimiento, argumentó la existencia del piloto mediante un detallado y exhaustivo análisis de la Capitulación de Santa Fe de 1492 y la llamada “Confirmación de privilegios colombinos”, de 1493. En ambos documentos se atribuye a Colón un descubrimiento y se señala que el Almirante ha estado personalmente en las Indias orientales. Afirma Manzano que Colón estuvo siempre seguro de la empresa que le ofrecía a los reinos que visitó, pues contaba con el testimonio del piloto “predescubridor” de las Indias. Manzano señala que su intención no es restarle mérito a la hazaña de Colón, sino dar a conocer la existencia de un predescubridor. Sobre este tema, Jacques Heers advierte que el enorme esfuerzo historiográfico por minimizar la hazaña colombina no es suficiente para hundir al Almirante, pues aun si el Piloto hubiese existido y Colón fuera por tanto, un plagio y ladrón de un secreto, nada cambiaría lo realizado (Heers, 1996: 16).

En *Vigilia del Almirante* hay un pronunciado afán por evaluar la existencia o no del Piloto anónimo. El narrador sostiene un diálogo con un amigo historiador “muy querido”, quien, dice, es “partidario de la ‘verdad científica’” (59) que aparece con carácter metadieético en la Parte IX, que lleva el título “¿Existió el Piloto desconocido?” Este coloquio forma parte del trabajo de investigación que hace el narrador para saber la verdad sobre la existencia del Piloto. Su estrategia reside en revisar críticamente lo que dicen los cronistas, y de paso cuestionar la historia, rasgo de la nueva novela histórica.

3.2. *Vigilia del Almirante* y la nueva novela histórica

La literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX ha volteado a ver muy de cerca a Colón y ha estado atenta a cómo se teje en la actualidad el discurso ficcional de temas históricos. Son varios los novelistas que ubicaron a Colón en el centro de sus relatos: Carpentier con *El arpa y la sombra* (1978), Abel Posse con *Los perros del Paraíso* (1983), *Memorias del Nuevo Mundo* (1988) de Homero Aridjis, y *Vigilia del Almirante* (1992) de Augusto Roa Bastos.

En el caso de Roa Bastos, cuando se acercaba la conmemoración del quinto Centenario del Descubrimiento de América, retomó los borradores que había dejado olvidados por 40 años y concluyó su novela, cuyo protagonista es Cristóbal Colón. Este proceso de escritura fue un reencuentro con un texto olvidado. A causa de su exilio, Roa Bastos dejó a un lado sus escritos y la información recopilada, pero cuando la conmemoración centenaria se acercaba, su novela apareció en la primera quincena de octubre de 1992 en las librerías de España y México.

La novela de Roa Bastos no retoma a Colón como la historiografía lo ha dado a conocer, sino que configura una imagen de él que está muy cercana a la de un “hombre común”, un “hombre de carne y hueso” (11) y, sumado a ello, incita a elaborar una reinterpretación del Descubrimiento; se trata de una novela que realiza una relectura crítica y desmitificadora del pasado porque reescribe la historia, recuperando lo que no se ha dicho; por lo tanto, se configura como una de las novelas pertenecientes a la llamada nueva novela histórica.

Este tipo de novela de carácter histórico se tipifica, según Menton (1993: 42-43), a partir de los siguientes rasgos:

- 1) “La subordinación, en distintos grados, de la reproducción mimética de cierto periodo histórico a la presentación de algunas ideas filosóficas [...]”, como la imposibilidad de conocer la verdad histórica o la realidad” o el carácter “imprevisible” o “cíclico” del devenir humano en el tiempo.
- 2) “La distorsión consciente de la historia” gracias a hipérboles, anacronismos, olvidos, incorporaciones ficcionales, etcétera.
- 3) La ficcionalización de personajes históricos particularmente señeros; no se proponen personajes ficticios como protagonistas.
- 4) El uso de la metaficción o bien de comentarios del narrador sobre el proceso de escritura mismo.
- 5) Uso reiterado del procedimiento de intertextualidad.
- 6) Recurso constante a las técnicas de carnavalización y parodia.

Asumiendo los rasgos que propone Menton, Aínsa (1991: 83) destaca también el carácter cuestionador del discurso oficial de la historia, la llamada también glorificante, orientada a crear los monumentos históricos para las diversas causas y que en ocasiones es marcadamente tendenciosa.

Este tipo de narraciones que reinterpretan la historia o que la cuestionan se multiplicaron alrededor de los años ochenta con la escritura de novelas históricas “distintas”, lo cual incluye a *Vigilia del Almirante*. A partir de los años setenta se presenta un cambio en el discurso ficcional que abandona el modelo historicista romántico de la reconstrucción de periodos pasados para edificar las estructuras interpretativas de lo latinoamericano. Es decir, a partir de este momento se escriben novelas que de alguna manera cuestionan el discurso oficial de la historia y que tienden a la “cancelación del discurso histórico” y a la “transformación de lo histórico en fantasías historiográficas” (Perkowska, 2008: 19). Esta reflexión sobre la novela histórica contemporánea en Latinoamérica o *nueva novela histórica* tiene un punto

muy importante en común a resaltar: se buscan nuevos caminos para narrar o para explorar la historia, dejando de lado el hecho de recuperar hechos o figuras del pasado y de conocer o reconstruir los hechos tal y como la historiografía menciona que sucedieron.

Es claro que la intención de *Vigilia del Almirante* es descubrir la condición humana del personaje histórico y presentarlo como nunca antes se había hecho; se pretende mostrarlo como ser humano contradictorio y ambivalente, revelando sus miedos, sueños, pesares y, como apunta Rodilla (1998: 377), incluso con el riesgo de profanar y desacralizar una figura histórica controvertida.

Como se ha planteado en este trabajo, en la novela de Roa Bastos, Cristóbal Colón aparece representado desde los enfoques del narrador y desde la perspectiva del mismo Almirante, personaje central. Consideramos que la propuesta del texto es que de ambas representaciones el lector construya su propia apreciación del Colón construido por los historiadores. También, consideramos que la caracterización que elabora el narrador es la que pudiera estar más cercana a las marcas de escritura de Roa Bastos; el autor paraguayo, oculto en el narrador-autor que crea a su personaje, se lanza a contar su versión de los hechos, haciendo énfasis predominantemente en el carácter y acciones de Colón, y enjuiciando lo concerniente al Descubrimiento. Esta aseveración coincide con lo que señala Rodilla (1998: 378), acerca de que en la novela: “hay un juicio de autor tanto en la voz del narrador que reflexiona sobre el descubrimiento y sobre ‘el iniciador del holocausto americano’, como en la del amigo historiador, quien se erige en juez de la historia y condena a Colón como el primer precursor de conquistadores y encomenderos”.

Visto lo anterior, es indiscutible que la novela plantea una posición bastante crítica tanto de la figura de Colón como del Descubrimiento. Vemos que se combinan los textos historiográficos, se cuestionan, se recuperan las partes oscuras, se desmiente el discurso oficial y se elabora un discurso ficcional que desacraliza la figura icónica de Colón, convirtiéndolo en hombre de carne y hueso.

Parte de la tarea de desmitificar a Colón la tiene la larga lista de adjetivos con los que se describe al navegante, entre los que destacan: inepto, ignorante, aprendiz de todo, plagiaro, necio, equivocado, desmemoriado, lóbrego medieval, mentiroso, autor de robos, deshonesto, mal lector, ambicioso, fracasado, terco, megalómano, egoísta, inerme, desvalido, mendigo e iniciador del holocausto americano. Es evidente que esta visión de Colón, que puede interpretarse como la visión del conquistado, le quita mérito al navegante y le condena, pues le tiene como instrumento del holocausto, y la imagen que se proporciona de él es la de un ambicioso aventurero.

También, hay en el texto una versión del Almirante en la que se proyecta a sí mismo, construida, como se ha demostrado, a partir de la visión de los textos canónicos que biografían la vida del navegante. Así, al absorber la perspectiva providencialista de la *Historia...* de Las Casas, se desprende la imagen de Colón como “elegido de la Providencia” y también se retoma la idea de que en Colón se hallaba un fuerte sentimiento religioso que será el que motivará sus acciones en el relato.¹⁹ De la biografía de su hijo Hernando se toma la imagen de Colón visto como un Moisés, pues, como se mencionó anteriormente, el Almirante considera que su

¹⁹ Una referencia importante para comprender la relación entre Colón y Las Casas es *Colón y Las Casas* (1990), de Sánchez Macgrégor.

travesía por el mar es una peregrinación que durará cuarenta días sobre el “desierto marino” (94). De la visión que tiene Francisco López de Gómara se destaca que es un instrumento de la historia que siempre necesitó la ayuda de terceros para realizar su empresa, además de que este cronista es uno de los primeros en mencionar que la base del Descubrimiento fue la ruta que le reveló el Piloto anónimo.

Además de los textos canónicos de Indias, la figura del Colón de Roa Bastos también se mezcla con las imágenes que emergen de los relatos históricos de Samuel E. Morison, Juan Manzano y Consuelo Varela —*Colón, retrato de un hombre* (2009)—, autora también de la edición de los *Textos y documentos completos* del Almirante.

3.3. La ficcionalización de la figura histórica de Cristóbal Colón

Observemos ahora cómo la novela de Roa Bastos reflexiona desde una específica ficcionalización de la figura de Colón en torno a la historia latinoamericana. Nuestro punto de partida es la consideración de que la literatura de ficción constituye un discurso que refiere indirectamente la realidad, como lo planteó Ricœur (2009) con el concepto aristotélico de *mimesis*²⁰ (*mimesis II*²¹); es decir, se trata de una reconfiguración indirecta de la realidad empírica que recibe una carga simbólica.

²⁰ La *mimesis*, descrita en la *Poética* de Aristóteles, se refiere al proceso de imitar o representar.

²¹ Ricœur reflexiona acerca de los momentos de la composición del texto narrativo; al momento anterior a la composición le denomina *mimesis I* o prefiguración; al momento de la composición le llama *mimesis II* o configuración; añade un tercer momento que tiene relación con el lector: un “después”, que denomina *mimesis III* o refiguración.

No hay que perder de vista que la obra de arte de cuño ficcional trata de instaurar un símbolo estético en conjunto diferente al del signo referencial de la lengua común. Hay una realidad previa y primaria anterior al discurso literario, es decir, un mundo real en sí; pero la realidad también es un producto humano. Además, la literatura parece mantener una relación muy importante con nuestra vida: la representa.

¿Qué sentido tiene referir a Colón desde la ficción? Desde Aristóteles se ha dicho que la ficción se escribe para abrir posibilidades a la interpretación de las cosas, hechos o personajes. En términos generales, la ficción no pretende describir el mundo sino re-describirlo, reconfigurarlo, dice Ricœur, para tener la perspectiva de lo posible, para no cerrarse ante lo factual y su inmediatez. En el caso del texto histórico no cabe duda de que se puede establecer un diálogo en el que, por ejemplo, los espacios de indeterminación que deja la lectura histórica o la reconstrucción del personaje de leyenda pueden ser explorados por la ficción, con la imaginación ficcional, no con la histórica, que restituye los hechos ausentes a partir de la memoria que reside en los documentos.

Para Ricœur este dilema se resuelve mediante la idea de la "complementariedad" de la historia (relato empírico) y la ficción. El punto de partida de esta explicación radica en la meta común: ambos tipos de discurso persiguen "llevar al lenguaje nuestra situación histórica" (Ricœur, 1989: 86), es decir, comunicar nuestra manera de estar en el mundo, nuestra historicidad, porque el ser humano es historia. La diferencia se localiza en un evidente contraste desde el punto de vista epistemológico: las narraciones históricas son evaluadas en términos de verdad o falsedad, esto es, tienen una pretensión referencial y adquieren solidez,

fundamentalmente, con las fuentes o con ciertas formas de evidencia, codificadas y compartidas por una comunidad epistémica. Hay también en la historia una fuerte intención explicativa. En cambio, los relatos ficticios no requieren de la prueba documental; no hay hechos que demostrar. En efecto, al entrar en relación con la realidad, dice Ricœur (1989: 86), la ficción “redescribe lo que el lenguaje convencional ya ha descrito” a partir de las “estructuras simbólicas propias”. Esto es, el texto de ficción tiene una “pretensión referencial desdoblada” que surge luego de la “descripción” del mundo llevada a cabo por el relato empírico. Esa opción de redescipción del mundo fundamenta la idea de la complementariedad del relato empírico y del relato de ficción; ambas formas discursivas tratan de llevar al lenguaje nuestra “situación histórica”, nuestra “historicidad”. Por otro lado, no hay que perder de vista que evidentemente la presencia del autor y su entorno está más presente en la ficción que en la historia, pero es una diferencia que en algunos momentos es fructífera, sobre todo cuando la historia es un vehículo de propaganda.

¿De qué manera la “realidad ficticia” (mundos posibles) es complementaria de la empírica? Para Ricœur el relato histórico o la historia, además de captar los hechos significativos, es decir, memorables, precisa comunicarlos. Entonces, el historiador se ve en la necesidad de suspender sus pasiones y llevar a la práctica una *epokhé* (un esfuerzo de “distanciamiento”) que restituya al pasado su alteridad, su extrañeza:

Esta dialéctica coloca a la historia en la vecindad de la ficción porque el reconocimiento de los valores del pasado en *su diferencia* abre lo real a lo posible. La historia también, a este respecto, pertenece a la lógica de los posibles narrativos; pero, no por medio de la ficción, sino precisamente por medio de sus historias “verdaderas”. Las historias “verdaderas” del pasado liberan las potencialidades del presente (Ricœur 1989:88).

En sentido similar, el historiador Marrou (1975), sin tener en mente la ficción, postuló que la subjetividad es factor y condición necesaria para la comprensión histórica porque al hombre se le entiende sólo como sujeto, no como mero objeto, justamente en el marco dialogante de la intersubjetividad:

Si la comprensión es la dialéctica del Sí mismo y el Otro, implica necesariamente una amplia base de comunión fraterna entre sujeto y objeto, entre historiador y documento (o más exactamente, entre el historiador y el hombre, ese signo que se revela a través del documento). ¿Cómo comprender, si se carece de la disposición de ánimo que nos permita consubstanciarnos con el otro, experimentar sus pasiones, repensar sus ideas bajo la misma luz, en una palabra, comulgar con el otro? Incluso la palabra simpatía resulta insuficiente. Si el historiador aspira a comprender, le resulta indispensable que se establezca una amistad entre él y su objeto, ya que, según las hermosas palabras de san Agustín, *et nemo nisi per amicitiam cognoscitur* “a nadie se puede conocer si no es a través de la amistad” (Marrou, 1975: 66).

Este acercamiento al Otro en su alteridad, en su distancia respecto al Yo, requiere por fuerza de la imaginación. Sólo en este movimiento aparece la realidad humana de un ser que vivió en el pasado y que es distinto al Yo.

3.4. Un diálogo convergente entre historia y literatura

¿Qué relación tienen los términos historia y ficción en principio, al parecer, antitéticos?²² Traemos esto a cuenta porque *Vigilia del Almirante* establece, como se dijo, un contraste semántico entre estos dos órdenes de referir la realidad

²² En *¿Por qué la ficción?* (2012), Jean Marie Schaeffer hace una interesante revisión acerca de los motivos que han llevado al ser humano a elaborar ficciones para hablar de sí.

humana: busca encontrar al Colón, tal vez no el real, el que se ha ido, si acaso el que le resulta verosímil a través del relato de ficción construido como un monólogo del narrador en el que una de las voces es la de un Almirante ficcional, que va a contrapelo de las fuentes o voces a las que recurre (Las Casas, Hernando Colón, López de Gómara, Fernández de Oviedo).

Debido a esta peculiar puesta en juego de la contraposición entre ficción y “realidad” histórica, esta novela puede ser comprendida como novela histórica, aunque el autor empírico lo niegue o lo cuestione en el Prólogo: “Es por tanto una obra heterodoxa, ahistórica, acaso anti-histórica” (11). Tanto la historia como la ficción funcionan como principios reguladores de la novela de Roa Bastos y, aunque no son conceptos opuestos, sí se establece cierta confrontación, ya que la primera (la historia) remite a la constante búsqueda por hallar la verdad de los hechos a través de la documentación y la crítica del documento, mientras que la segunda (la ficción) denota invención, artificio y no está preocupada por la verdad (entendida esta última como la correspondencia entre lo que se dice y el mundo); conocer la verdad, vista en estos términos, no es la pretensión ni la finalidad de la ficción.

La ficción persigue mostrar las verdades humanas, que en este caso, y al parecer de Roa Bastos, encarnan en el Almirante: sus sueños, dolores y pesares no son los de él, sino los de todos los hombres, pero quedan representados en el Colón de Roa Bastos de manera elocuente:

Soy ese desconocido, ese peregrino que avanza hacia el comienzo, hacia la enorme antigüedad del mundo último-último-primero. Avanzo y retrocedo al mismo tiempo, batido y combatido por las furias de la naturaleza, del cielo y de los hombres. Eso se hará, eso estoy haciendo. No servirá de nada si no encuentro lo que esencialmente busco dentro de mí (222).

La ficción literaria abre la posibilidad de representar, describir a Colón y evocarlo desde nuestros días, en donde, por ejemplo, el buscarse a sí mismo es uno de los temas. Contar en “lengua de hoy su historia adivinada” (11) es como podemos conocer más cercanamente al hombre al que le llevamos quinientos años de distancia.

Vigilia del Almirante, al ser un texto predominantemente ficcional, queda libre de todo compromiso con la verdad referencial directa; en su juego ficcional puede, incluso, inventar, ocultar, fabricar, falsificar, restaurar, parodiar e ironizar la historia y los personajes; sin embargo, no hay que perder de vista que también supone la reinterpretación de documentos, discursos y hechos históricos plausibles. El narrador, acaso el *alter ego* del autor empírico, persigue presentar un Colón verosímil. De esta forma creemos que la ficción dialoga con la verdad histórica.

Esta relación de la historia con la ficción es un punto tan relevante que el novelista paraguayo lo refiere en el prólogo de su novela. En el caso concreto de su relato, menciona que oscila entre “la realidad de la fábula y la fábula de la historia”, con lo cual alude a la verosimilitud de la fábula o de la historia contada y al sentido figurativo de los textos historiográficos. Uno de los propósitos de su novela, según refiere, es “recuperar la carnadura del hombre común, oscuramente genial, que produjo sin saberlo, sin proponérselo, sin presentirlo siquiera, el mayor acontecimiento cosmográfico y cultural registrado en dos milenios de historia de la humanidad” (11). En el prólogo habla un paraguayo, que se presenta tanto latinoamericano como europeo: un “mestizo de dos mundos” es como se autodenomina. Es claro el énfasis que resulta del hecho de que se siente hijo de dos culturas: la europea y americana, y cuyo padre es ese hombre “enigmático,

tozudo y desmemoriado”: Cristóbal Colón. El Almirante es ícono, personaje histórico y su llegada a tierras nuevas marcó el inicio de una nueva era. Este hecho sucedido en 1492 significará el nacimiento de la Modernidad (Dussel, 1994: 8). Con palabras del narrador de la novela:

Los acontecimientos humanos y los hechos naturales han elegido a este hombre de todas partes y de ninguna como puente de dos edades [...] La hazaña inverosímil de este hijo de cardadores y tejedores, de la que él mismo no tiene la menor idea, es la palanca que levantará el mundo de la Edad Moderna (158-159).

Es evidente que la novela pretende recordar un acontecimiento sumamente importante para el Viejo y el Nuevo Mundo: sacar del olvido al navegante y restituirle como hombre también americano, pero mostrando enfáticamente sus errores, pasiones y obsesiones. Es aquí el punto en donde entra la ficción, que entendemos como una realidad imaginada, un “constructo hipotético” (White, 2003: 55): debido a que no se sabe con exactitud documental o se ignora concretamente cómo fueron los pensamientos y pasiones de Colón, se recurre a la imaginación para representar estos hechos, aunque claro, hay documentos suyos de diversa índole que ayudan dar una idea del personaje, o bien documentos ajenos a él que lo refieren de diversas maneras. Pero en sí es un personaje enigmático para la historia.

“Historia fingida”, “ficción impura”, “obra a histórica antimaniquera”, “historia adivinada”, son algunos de los adjetivos que Roa Bastos utiliza para describir su novela. No se trata de adjetivos dispersos, sino de pistas que el autor proporciona para dejar en claro que se trata de un texto de ficción, en donde es evidente el

diálogo que hay con los textos canónicos, que es como él le llama a los textos históricos y a las crónicas de los que se nutre la parte histórica del relato, entendidas estas últimas como descripciones iniciales plausibles del llamado Descubrimiento o encuentro de dos mundos.

De la construcción ficcional de Colón podemos decir también que el resultado es un personaje con una visión de mundo apegada al mundo del que proviene, pero se complementa con la mirada moderna del crítico contemporáneo, papel que desempeña claramente el narrador, como decíamos, *alter ego* de Roa Bastos, quien “como un nuevo Cervantes, [Roa Bastos] se lanza a la búsqueda de una ‘verdad’ y se desdobra en un copista que depura y limpia los manuscritos para escribir ‘esta vera historia del Almirante Magnífico y Vicedios en desgracia’” (377).

Se observa que la figura de Colón tiene dos misiones claras: 1) servir a Dios y lograr que su nombre trascienda en la historia, es decir, se encuentra apegado al ideal caballeresco de su época; y 2) a partir de un sentido pragmático, el Almirante lo único que sabe es que debe descubrir nuevas tierras, sin importar cómo y de dónde provengan los recursos.

El secreto del Piloto anónimo, referido en la trama novelesca, es un motivo que constantemente le atormentará al Almirante; siempre estará presente en su conciencia; en todo momento se acordará que él le reveló la ruta para descubrir tierras desconocidas. Que el Almirante robe el secreto del Piloto le quita mérito. El hecho que en la novela se presente como verdadera la existencia del Piloto pretende cuestionar el hecho de que la idea de cruzar el océano para buscar China y Japón haya sido de Colón.

Así, creemos que el Colón de Roa Bastos es un personaje desmitificado; el ícono del Descubrimiento es humanizado para hablar de sus pasiones y errores, hasta el punto de hacerlo “un hombre común”. Este Colón se arrepiente del mal que hizo a los pueblos indígenas, por ello, pide a la Corona que se les devuelva sus bienes, su libertad y soberanía.

La visión que se plantea es la de un Colón derrotado que reconoce y acepta no haber sido él el autor intelectual del Descubrimiento; también, se lamenta por haber propiciado el inicio de la Conquista. Quizás este sea el Colón que actualmente está en la memoria de los latinoamericanos; mientras tanto, el texto de Roa Bastos seguirá contribuyendo a plantear una visión particular de este episodio de la historia conforme al ejercicio de nuevas lecturas y su recepción por parte de cada lector.

La interpretación de esta novela nos lleva a reflexionar que la base de cualquier lectura es un contrato de veridicción entre la obra y el lector, lo cual significa la aceptación o el rechazo a suspender las reglas de la *empíria* en favor de la realidad novelesca, de la verdad poética. El hecho es que al lector se le presente un Colón, por decirlo de alguna manera, “convinciente”. Esta afirmación envía de nuevo la idea de verosimilitud, pero ahora entendida en los términos de coherencia interna y de una retórica determinada. Esta construcción verosímil implica, en el caso de las novelas históricas o biografías noveladas, que se requiere de un fondo histórico más o menos rico, y si se quiere decirlo así, la exactitud de éste corre a cargo del novelista.

En síntesis, la novela histórica o la biografía novelada²³ por lo común precisan de fuentes históricas, y si no lo hacen corre el riesgo de “la inverosimilitud”,

²³ Para comprender los planteamientos de la novela histórica la consulta del texto *Memorias del olvido*, de María Cristina Pons (1996), es un buen referente.

quedando en entredicho la estrategia de construcción narrativa y el efecto persuasivo que se ve menguado radicalmente; entonces el lector no acepta el texto o, en el mejor de los casos, muestra reticencias porque se niega a aceptar una visión de un personaje histórico que no cumple con sus expectativas de exactitud. En pocas palabras, para usar una rancia expresión teórica, se manifiestan problemas para establecer o mantener el contrato de veridicción entre el autor y el lector.²⁴ Claro, siempre habrá lectores que no sepan nada de la vida de Cristóbal Colón y que lo conozcan justamente a través de *Vigilia del Almirante*. En este sentido, la estrategia lectora, el *dispositivo semiótico* de la novela apunta hacia el público general, pero seguramente no es éste su *lector ideal*.

3.5. Descubrimiento, encuentro o encubrimiento: hacia una reinterpretación del Descubrimiento

En España, a principios de los años setenta, surgió el interés por conmemorar el quinto centenario del Descubrimiento. Se suscitaron reuniones para comenzar a planear las actividades, a las que acudieron representantes de varios países. En dichas reuniones surgió la interrogante de si tenía sentido promover que se conmemorara el ya cercano quinto centenario. Al propósito, también se debatió cómo deberían llamarle al acontecimiento. Surgieron puntos de vista distintos al

²⁴ Por supuesto, en el fondo de esta relación se halla la tesis de Ricœur (2009: 247-248) en torno a la *mimesis II y III*.

respecto de la utilización de la palabra “celebración” o “conmemoración”, observaciones que hicieron, sobre todo, los representantes de los países Latinoamericanos. El desacuerdo fue principalmente de México y Colombia, pues consideraron que, desde la perspectiva indígena, el Descubrimiento no podía ser llamado celebración, pues las invasiones, conquistas y el sometimiento de los pueblos americanos no debían celebrarse.

En el caso de México, a propuesta de diversos investigadores, historiadores y antropólogos, el nombre de la efeméride adoptó un enfoque distinto al de conmemoración. Para Miguel León-Portilla, entonces embajador mexicano ante la Unesco (periodo 1988-1992), la llegada de Colón en 1492 fue crucial, pues marcó el inicio de la universalización de la humanidad, es decir, se inició la interacción entre las culturas de Asia, África, Europa y América; por lo tanto, la fecha no debía pasar desapercibida. Sin embargo, sostuvo que la efeméride debería tener un enfoque que permitiera tomar en cuenta a los *otros*, a los del “nuevo” continente; por ello, propuso el término *encuentro*, pues lo que ocurrió fue un contacto entre individuos de dos partes del mundo, por lo tanto, se produjo un “encuentro de culturas” o “encuentro de dos mundos”.

El desembarco de Colón en 1492, con cerca de cien españoles, en la isla de Guanahaní, y su entrada al también luminoso Caribe, marca el momento en que el aislamiento de milenios comenzó a dejar de existir. Hoy sabemos que entonces se inició el proceso de universalización de la humanidad y de su historia. Sabemos también que, para los europeos, fue el descubrimiento de un Nuevo Mundo, América. Pero, abriendo el enfoque para tomar en cuenta a los otros, reconocemos que lo que entonces ocurrió fue el principio del definitivo contacto entre gentes de uno y otro hemisferios. Fue un encuentro de dos mundos (León-Portilla, 1989: 20).

Según los planteamientos de León-Portilla, seguirle llamando *descubrimiento* al arribo de Colón a América es un error, pues sería aceptar que antes de 1492 no existían en nuestro continente culturas americanas; sin embargo, no es así, “allí existían ya viejas civilizaciones y culturas, algunas de las cuales habían llegado a estadios muy avanzados de desarrollo; pueblos con su identidad propia y una peculiar cosmovisión, que dejaron perplejos, en un primer momento a los propios descubridores” (Roa, 1988). En ese sentido, queda claro que el mundo que “descubriera” Colón sólo era nuevo para los europeos, pues este lado de la Tierra ya estaba ocupado y era conocido por quienes lo habitaban.

Aunque hubo consenso en el debate suscitado en torno a este tema internacional, sobre llamar a la efeméride “Encuentro de dos mundos”, en España la conmemoración siguió aferrándose al término *descubrimiento*. Por ejemplo, la Real Academia de la Historia convocó y realizó el Congreso de Historia del Descubrimiento, reuniendo a varios académicos del área, principalmente, en materia de historia de América. Desde que se anunció oficialmente la conmemoración del quinto centenario fueron varios los interesados en participar.

Este tipo de reuniones, en general, se traducen en que los estudiosos del tema se pusieron de acuerdo en un asunto, y es que el mundo no debía desentenderse del suceso; sin embargo, el nuevo enfoque traía consigo una amplia invitación para reflexionar sobre el significado del encuentro y de todo lo que posteriormente desencadenó, así que “había que valorar sus consecuencias, las positivas y las negativas” (León-Portilla, 1989: 21). Por otro lado, también invitaba a hacer un análisis de las realidades del presente para proyectar el futuro pero desde el punto de vista multilateral y no unilateral, como anteriormente se había hecho,

pues “necesario es el diálogo y más aún si la reflexión y el análisis, partiendo de lo que fue la experiencia histórica, se dirigen sobre todo al presente y a las posibilidades del futuro” (León-Portilla, 1989: 23). De acuerdo con el planteamiento de León-Portilla, anteriormente se miraba el suceso tomando en cuenta sólo la perspectiva europea, una postura eurocéntrica, por lo que era crucial modificar dicha perspectiva.

El interés político de celebrar el V centenario afluó en España [...] [y] fue programado desde sus inicios como un gran festejo [El] desacuerdo, al conmemorar el V centenario como el descubrimiento de América, surgió de las iniciativas de México y Colombia, respectivamente: “Encuentro de dos mundos” y “Encuentro de dos culturas”, que, a su vez, causaron de inmediato polémicas. Sobre el particular, Miguel León-Portilla sugiere: “ante las múltiples perspectivas desde que se mira y valora el V centenario, tantas y a veces opuestas entre sí, que casi parecen antología que ilustra la tesis de José Ortega y Gasset sobre el perspectivismo o ‘Doctrina del punto de vista’”. Como sabemos, León-Portilla, a nombre de México, propuso enmarcar la conmemoración de lo que ocurrió el 12 de octubre de 1492 a la luz de lo que denomina un nuevo concepto: “encuentro de dos mundos” (Ordóñez, 1996: 113-115).

El cambio del concepto de *descubrimiento* a *encuentro* fue el principio del debate.

A partir de este momento se suscitó la polémica y se presentaron más puntos de vista que se enfrentaron, generando controversia de un hecho histórico que en el pasado centenario se había conmemorado con gran pompa.²⁵

²⁵ En lo que respecta a los centenarios anteriores, sobre el cuarto, los registros indican que tuvo una sonora conmemoración de carácter imperial, es decir, sirvió sobre todo fue para cantar las glorias de Europa. “Las celebraciones se iniciaron el 2 de agosto de 1892 en Huelva, con la llegada de una réplica de la Santa María, embarcación con la que Colón realizó su primer viaje” (Rodríguez, 2009: 66); fue cuando Colón se transformó en un explorador audaz de gran renombre; se acuñaron medallas y se construyeron varios monumentos y edificaciones que ponían en alto su figura: “en varios países americanos se iniciaron obras monumentales, que fueron inauguradas durante los años posteriores a la celebración [...] el 12 de octubre se estableció en América como fiesta oficial entre 1915 y 1928. En Estados Unidos [...] se consagró como Columbus Day; en Argentina, Venezuela, Chile, México y Uruguay se oficializó como Día de las Américas, y en Colombia, Ecuador, El Salvador y Perú se instituyó como Día de la Raza. Durante esta etapa, los festejos estuvieron acompañados de la construcción de estatuas y bustos en honor de Colón y la inauguración de calles

En El Salvador, el jesuita Ignacio Ellacuría —si bien era español, gran parte de su pensamiento se desarrolló en ese país centroamericano— dio su postura al respecto del quinto centenario. El español, naturalizado salvadoreño, opinó semejante a León-Portilla, al señalar que el acontecimiento visto desde España, o desde la óptica eurocéntrica, aparecería una vez más como “un cántico a una gran hazaña”, donde lo que buscaría España es engrandecerse ella misma desde una “óptica grandilocuente”; por ello, ante estas circunstancias, era necesario que los latinoamericanos tomaran partido, pues “lo que no vamos a poder tolerar es que se repita, ahora conmemorativamente, lo que realmente pasó en la historia”. También, el jesuita expresó que lo que hizo España con respecto a la tierra americana fue “encubrirla”, más no descubrirla (Ellacuría, 1990: 2-3).

Esta afirmación de Ellacuría coincide con lo que señala el filósofo argentino Dussel, que 1492 es la fecha del “encubrimiento” de lo no europeo, es decir, del “otro” (el indígena americano), quien no fue “des-cubierto” como sujeto distinto, sino que fue visto como lo mismo que había en Europa, por lo tanto, fue “encubierto”: “De todas maneras, ese Otro no fue "des-cubierto" como Otro, sino que fue "encubierto" como "lo Mismo" que Europa ya era desde siempre” (Dussel, 1994: 8). Así, el indígena fue visto por los occidentales como un sujeto construido a partir de la cosmovisión europea, pues, según el argentino, los colonizadores se negaron a ver la cultura de los pueblos americanos y los observaron a partir de su realidad,

y plazas con su nombre, para perpetuar su memoria mediante los monumentos y la nomenclatura urbana” (Rodríguez, 2009: 67). En cuanto a los centenarios anteriores (tercero, segundo y primero) pasaron de cierta forma desapercibidos. Ya en el quinto, como puede verse, el debate en torno al Descubrimiento se volvió muy agudo en Iberoamérica, no así en Brasil ni en Estados Unidos, países también americanos, pero donde el hecho no adquirió revuelo.

imponiéndola. Con la colonización, Occidente incorporó su sistema en América sin tomar en cuenta las formas de vida que ya existían en estos pueblos.

Pero también, señala Dussel, este proceso de encubrimiento del Otro, iniciado en 1492, marcó el nacimiento de la Modernidad, afirmación que coincide con lo señalado por León-Portilla, quien sostuvo que con el encuentro de dos mundos “inició el proceso de universalización de la humanidad y de su historia” (León-Portilla, 1989: 20). Según Dussel,

la Modernidad [...] "nació" cuando Europa pudo confrontarse con "el Otro" y controlarlo, vencerlo, violentarlo; cuando pudo definirse como un "ego" descubridor, conquistador, colonizador de la Alteridad constitutiva de la misma Modernidad. [...] De manera que 1492 será el momento del "nacimiento" de la Modernidad como concepto, el momento concreto del "origen" de un "mito" de violencia sacrificial muy particular y, al mismo tiempo, un proceso de "en-cubrimiento" de lo no-europeo (Dussel, 1994: 8).

La Modernidad es una etapa crucial para la historia, marca el inicio de la Modernidad y pone fin a la Época Medieval. Esta etapa se caracteriza porque ocurren varios cambios en el mundo; entre los más importantes está la expansión de varios países europeos, mediante las conquistas de territorios, principalmente americanos. Además, propició que se instaurara la cultura europea en los territorios recién “descubiertos” o anteriormente desconocidos por el resto del mundo.

Así, como se ha visto, varios estudiosos han coincidido en que la hazaña de Colón fue la acción que desencadenó la llegada de la Modernidad, por ello será necesario retomarla, pues es un parteaguas en la historia y es, desde la perspectiva de según Roa Bastos, importante y necesario contar.

Sin embargo, Dussel, que posee uno de los pensamientos más radicales en lo que tiene que ver con el tema del Descubrimiento, plantea una pregunta muy importante que todavía hoy es motivo de debate: ¿qué es lo que en realidad se ha de recordar en 1992, si la flota de Colón, como muchas otras italianas y portuguesas, navegaron hacia las nuevas tierras teniendo como principales referencias mapas chinos? (Dussel, 1994: 10).

Según la teoría del argentino, Colón no descubrió nada nuevo; fueron los chinos los primeros en llegar al nuevo continente pues ya habían desembarcado en las costas americanas. Así, según esta teoría, el Almirante poseía mapas chinos que le sirvieron de guía para llegar a las nuevas tierras. Sin embargo, esta teoría no cuenta con prueba alguna y se basa en la especulación y hasta, podría decirse, en la llana mentira. Lo que sí es cierto, y está más que demostrado, es que llegaron los vikingos hasta la península de El Labrador (Canadá).

En el discurso novelesco se plantea que, anterior a la llegada de Colón, e incluso antes de la supuesta llegada del piloto predescubridor, ya habían llegado a América viajeros de otra partes del mundo, aunque no se menciona nada de los chinos, sí de los pueblos mongólicos.

Era absurdo pensar que alguien, en algún momento, por azar o por accidente, no hubiese penetrado ya en los dominios desconocidos del planeta, cruzando tierras y mares incógnitos para la ecúmene. Navegantes muy anteriores al fallecido Piloto protonauta —celtíberos, gaélicos, escandinavos, anglosajones, mongólicos—, lo habían hecho miles de años antes, dejando grabadas las huellas de su paso en inscripciones rupestres que no han sido todavía totalmente descifradas en las profundidades de cavernas prehistóricas, en los sitios más extraños y distantes del lugar donde mucho después se produjo el descubrimiento. La existencia de poblaciones y culturas venidas desde el Asia y la Polinesia, demuestra *in situ* quiénes han sido los verdaderos descubridores (56).

Existen otras posiciones que han puesto el tema del Descubrimiento en controversia; éstas señalan que lo que se presentó en América no fue un descubrimiento sino una invasión, por lo tanto, es un hecho que no se ha de conmemorar, sino más bien, se debe lamentar; esta postura es la que asume el ensayista uruguayo Eduardo Galeano. En *Las venas abiertas de América Latina* destaca los saqueos que hubo en América en nombre de la Corona española durante el colonialismo. Hay que mencionar que esta postura surgió mucho antes de la polémica del quinto centenario, y cuyo iniciador fuera probablemente Las Casas; sin embargo, se retoma porque también fue una idea muy mencionada en este debate; por ejemplo, León-Portilla, en el contexto del quinto centenario, sostuvo que todavía hoy “perduran [en América] formas solapadas de colonialismo. Muchos grupos étnicos minoritarios continúan oprimidos, con sus identidades culturales y sus lenguas en peligro de extinción” (León-Portilla, 1989: 23). Añade que América es un continente de “agudos contrastes”, pues mientras pocos viven en abundancia, otros [países] se encuentran en “grave crisis” a causa de los endeudamientos, por lo que “tal pareciera que hasta hoy no ha podido lograrse ni la emancipación de las minorías étnicas ni la desaparición de un neocolonialismo mucho más sutil pero por ello mucho más agobiante” (León-Portilla, 1989: 23). Desde esta perspectiva el Almirante se plasma como el iniciador del conjunto de vejaciones que sucedieron a los habitantes del Nuevo Mundo, pues se les vio como seres inferiores y se les sometió a trabajos forzados y a la esclavitud, motivo por el que la historia condenó a Colón. Esta imagen también se proyecta en las páginas de la novela; en la conversación que sostiene el narrador extradiegético con su amigo el historiador, éste último le llama a Colón el *primer conquistador y colonizador de las Indias* (61):

El Almirante es sin duda el precursor preclaro de conquistadores, inquisidores y encomenderos que descubrieron y expoliaron para Europa el Orbe Nuevo ampliando y profundizando el proyecto del Almirante. [...] Fue el primer funcionario de la Corona que inauguró en las nuevas tierras las famosas fórmulas jurídicas del *requerimiento* y la *repartición* por las cuales los indígenas quedaban sometidos a perpetua esclavitud (60).

Por lo anterior, otra de las propuestas de la novela es destacar dos puntos muy importantes: que el Piloto-anónimo es el precursor del Descubrimiento, mientras que Colón fue el precursor del encubrimiento, ya que tras su llegada a las Indias, no le dio la oportunidad de “ser” a los naturales, no se les respetó. Al llegar los europeos, por sentimiento de superioridad, menospreciaron la cultura de los habitantes del Nuevo Mundo, les sometieron y despojaron de sus riquezas, simplemente porque los habitantes de esas bellas islas se encontraban desnudos, no tenían caballos y no hablaban su lengua:

En Guanahaní (y aun mucho antes) comienza el encubrimiento del continente que iba a llamarse América y de las sociedades indígenas que un día vendrán a ser “descubiertas” [...] el Almirante los considera [a los naturales de Indias] gente muy pobre, en el momento mismo en que el descubridor está recibiendo todo de esos pobres. Niega la economía indígena al tiempo que es alimentado y sostenido por ella. [...] En cuanto a la negación de las lenguas vernáculas, el Almirante consciente o inconsciente cae asimismo en error. Se comunica con ellos con relativa facilidad oral y gestual, pero habla con desprecio de la lengua de los naturales calificándola de ruidos ininteligibles, de gruñidos, de ladridos, [...] El primer paso de una conquista –dice Meliá– es la ocupación de un territorio. Su último paso, el definitivo, se da cuando la lengua de un pueblo ha sido también ocupada (283- 284).

Conclusiones

A grandes rasgos, a lo largo de estas líneas se han expuesto los principales puntos que generaron la polémica antes de la llegada del quinto centenario del encuentro de dos mundos y que está como contexto de la novela de Roa Bastos. Los hemos traído a cuentas porque son centrales en *Vigilia del Almirante*. De lo anterior se extrae la siguiente conclusión: el Descubrimiento es un día histórico que hay que recordar. Sin embargo este acto conlleva ambivalencia, pues es considerado desafortunado por algunos y glorioso por otros, según la óptica desde la que se mire. Derivado de esta diversidad de opiniones y perspectivas se tiene un hecho histórico con muchas posibilidades, lo cual lo hace rico en análisis e interpretaciones. Esta diversidad es aprovechada por los narradores para reelaborar el suceso desde el arte de la novela, como el caso de Roa Bastos, quien se animó a tomar parte de la polémica encendida en torno al quinto centenario de la mejor manera en que pudo hacerlo: como escritor y desde lo ficcional, como lo expresa en el paratexto (“Reconocimientos”) que coloca al final de su *Vigilia...*, texto fechado en 1992:

me sumergí en la vigilia imaginada del Almirante hacía más de cuarenta años, y traté de narrarla como mejor pude, desde mi punto de vista personal, en la “obnubilación en marcha que es la historia”, como bien la calificó el escéptico Ciorán.

Torrencialmente la fuente seca fluyó y en menos de tres meses quedó terminada la obra que aquí entrego después de diecisiete años de silencio novelístico (919- 320).

La hazaña de Colón ha sido tema de varias obras literarias; en este trabajo se ha mencionado la comedia de Lope de Vega, *El Muevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, perteneciente al género dramático; también, las novelas de Carpentier y de Posse; pero hay muchas más. Las que hemos mencionado son sólo algunas expresiones que abordan este tema y en todas ellas se puede observar que cada autor le da un tratamiento distinto a la imagen de Colón. Lo anterior puede explicarse en la medida en la que cada sujeto tiene un modo distinto de concebir un hecho tan importante y éste, a lo largo de la historia se va transformando, recibe nuevas interpretaciones porque surgen otras formas de estudiar los documentos.

Sobre la poética de su novela, Roa Bastos señala que hizo gran cantidad lecturas historiográficas centradas especialmente en describir a Colón y el Descubrimiento y las complementó con lecturas ficcionales. Así lo exigía su novela, que toca un tema de grandes dimensiones y que tuvo implicaciones a nivel global; describe a su manera el Descubrimiento, hecho con el que naciera la Modernidad, época con la que iniciaron cambios profundos de los imperios de Occidente.

Sobre el Descubrimiento, Roa Bastos repitió en reiteradas ocasiones (discursos, ensayos, Prólogo de su novela) que es un hecho que debe recordarse porque “a todos nos concierne” (319), y porque es “el mayor acontecimiento cosmográfico y cultural registrado en dos milenios de historia de la humanidad” (11). Algunos años previos a 1992, 1988 para ser precisos, en un ensayo publicado por el autor en el diario español *El País*, afirmó que el Descubrimiento de América fue “un hecho sin parangón que vino a transformar radicalmente, a escala planetaria, la cosmovisión vigente hasta entonces” (Roa Bastos, 1988), pues antes de 1492 Europa no tenía conocimiento de la existencia de las tierras donde actualmente se

encuentra América; por ello, el autor refiere que el Descubrimiento transformó el planeta y la cosmovisión de su tiempo.

Roa Bastos señala que el Descubrimiento del Nuevo Mundo no fue planeado, fue producto del azar y de “la utopía visionaria de Colón, la de descubrir un camino más corto hacia las Indias”. Este hecho “inesperado” para él y para toda la humanidad, dice, no hay que dejarlo pasar desapercibido, pues negarlo sería como negarnos a nosotros mismos (Roa Bastos, 1988).

Conclusiones generales

En *Vigilia del Almirante* Roa Bastos recobra la compleja discusión sobre la vida de Cristóbal Colón y el Descubrimiento. Reconoce que Colón fue el protagonista de uno de los hechos más importantes de la historia, pero también que fue un hombre común, pleno de contradicciones y defectos, no un héroe a secas. El Colón de Roa Bastos no está hecho de una sola pieza, no es de una misma madera ni se mueve dentro de la lógica maniquea. Verlo desde este ángulo implica el riesgo del falseamiento. Así, sugiere la novela, para comprender a esta figura histórica es preciso desatar las certidumbres, clichés de las historiografías y discursos de diverso cuño que permiten dar forma al Almirante, y tener presente de manera consciente la certeza acerca de la incertidumbre que aún rodea su vida y el sentido de su acto trascendental.

De manera paralela, Roa Bastos reconoce que el Descubrimiento es un hecho sin parangón cuyo sentido se modifica ostensiblemente según la perspectiva desde la que se le mire. En efecto, la historiografía del Descubrimiento es compleja y varía notablemente de acuerdo a la época y perspectiva ideológica desde la que se le considere.

En vista de la complejidad del Descubrimiento y la ambigüedad sobre la personalidad de Colón, Roa Bastos se propone abordarlos desde la literatura, pues le parece que es la manera en que se pueden incluir los puntos de vista que permiten visualizar la complejidad para comprender al personaje y el acontecimiento histórico. En el paratexto de *Vigilia del Almirante*, Roa Bastos expone que el lector no puede

aspirar a verdades, pero sí a tener una idea global de lo que fue o de lo que pudo haber sucedido en el pasado. Al respecto conviene no perder de vista que *Vigilia del Almirante* es, utilizando el término acuñado por Ricœur, una reconfiguración literaria de Colón que plantea la interrogante acerca de la vida y personalidad de este personaje histórico, objeto de numerosos análisis historiográficos, biografías y obras de ficción.

Pero el problema clave que resolvimos en la investigación residió en cómo Roa Bastos logra dar esa visión poliédrica y global del genovés en *Vigilia del Almirante*. Este problema se resolvió a partir de un conjunto de afirmaciones de carácter explicativo que dan cuenta de las estrategias narrativas utilizadas. Veamos.

La primera estrategia consistió en articular en la diégesis de *Vigilia del Almirante* los textos de cronistas, biógrafos e historiadores para hacer posible presentar una imagen no unitaria sino poliédrica del Almirante. Los intertextos son la *Historia de las Indias* de Bartolomé de las Casas, la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, la *Historia del Almirante* de Hernando Colón, la *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara, las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir de Anglería, *El Almirante de la Mar Océano* de Samuel E. Morison y *Colón y su secreto* de Juan Manzano Manzano. Esta interacción de textos historiográficos también permite que en el discurso se confronte la imagen histórica del navegante, toda vez que la unión de estos discursos es un factor que permite un enfoque poliédrico de él. Así, la representación que se genera en la novela está articulada por diversas perspectivas del Almirante, ya sean del pasado o del presente.

La segunda estrategia reside en que consigue la modulación mediante la articulación de distintas voces: el narrador extradiegético, la voz del personaje Colón

y la del autor implícito. Veamos al narrador, que se autodenomina irónicamente “copista” de los textos colombinos. Él es la principal instancia para modular el sentido de los intertextos referidos hace un momento. Pero, es muy importante señalar que en esta modulación el narrador asume una actitud crítica hacia su propia narración y hacia los documentos historiográficos que va incorporando. En efecto, el narrador reúne fragmentos de textos factuales y los inserta en la diégesis como discursos directos o metahistóricos para representar a Colón y muchas veces también los utiliza para confrontar las versiones que se han dado sobre el Almirante a través de la historia, y lo hace emitiendo juicios y proyectando los hechos desde la actualidad. Si bien el narrador se encarga de orquestar la mirada crítica del Almirante, no encasilla a su personaje en algún discurso de carácter maniqueo ni lo circunscribe a la mera referencia histórica. De esta forma la novela plantea de nuevo que no hay un texto que muestre la “verdad” sobre la vida del Almirante.

En esta modulación es también importante el hecho de crear la voz y el *ethos* del Almirante. En efecto, el narrador delega la voz y el foco al personaje del Almirante, que postrado en su lecho de muerte da cuenta, en términos de monólogo, de su vida. Es una confesión en la que muestra su alma desnuda, llena de debilidades, mentiras y pasiones, pero también deja ver los ideales y convicciones que lo movieron, entre ellas expresa que actuó como instrumento de la Providencia.

También la participación del autor implícito es relevante para conseguir la polifonía textual. Además de ser la estrategia textual que organiza el discurso, es el responsable de emitir los juicios en torno a Colón y el Descubrimiento. El autor implícito se oculta detrás del narrador extradiegético. Ocasionalmente juzga a Colón. Es la instancia narrativa que está por encima de la diégesis y que se hace cargo de los

paratextos de la novela para completar el significado que encierran. Hay en el autor implícito y en el narrador extradiegético coincidencias, al grado de que se confunde su presencia.

Tercero. Otra estrategia importante tiene que ver con la composición formal de la novela, que muestra un carácter fragmentario no muy acusado, propiciado por una técnica narrativa que privilegia el enfoque poliédrico de los hechos, no una visión unitaria y monosémica que deja ver la existencia de una verdad única. Esta forma de composición resulta idónea para mostrar los rasgos negativos y positivos que se le han atribuido a Colón para presentar al lector una imagen compleja y contradictoria del personaje. Esta fragmentación permite a la novela presentar lo dicho por la historiografía oficial, la historiografía crítica y las principales fuentes de otros siglos sin tomar claramente partido. Y a partir de ahí, el lector tiene los elementos suficientes para formarse su propia visión y opinión.

Cuarto. El enfoque poliédrico termina construyéndose a partir de distintas imágenes de Colón. Resultado del discurso bifurcado entre la voz narrativa que conduce la novela y la voz del Almirante, de diferente perspectiva, se propusieron las siguientes imágenes literarias con las que Colón aparece representado en el texto: Colón-peregrino, Colón-Moisés, Colón-Quijote y Colón-Pícaro. Particularmente las dos últimas son las que predominan para configurar al personaje. En ese sentido, se comprobó que al Almirante se le describe como caballero navegante, nombre que recuerda al de Don Quijote, que es un caballero andante. El Almirante era lector en sus ratos de ocio: leía las hazañas de caballeros navegantes, como Marco Polo, al grado de aprenderse de memoria y obsesionarse con su libro. El Almirante, al igual

que el hidalgo de la Mancha, leyó tanto que perdió el sentido de la realidad para sólo ver lo que le dictaba su proyecto.

También se le relacionó al Almirante con la imagen del pícaro porque estaba obsesionado por llegar a Oriente, por ello buscó incansablemente patrocinio, motivado en gran medida por la curiosidad, pero también por las riquezas que podía obtener. Su viaje se mueve entre muchas dificultades y para mantener su empresa y evitar que se derrumben sus objetivos fue necesario actuar con engaño, astucia, mentiras y trampas ingeniosas, similar a como sucede con los personajes de la novela picaresca.

Por último, en la investigación se concluyó también que debido a las estrategias narrativas expuestas, que llevan a cuestionar a los personajes históricos y sobre todo a la historiografía que da cuenta de ellos, puede calificarse a esta novela como un claro ejemplo de nueva novela histórica. Puesta en esta tesitura, la novela de Roa Bastos realiza una reconfiguración ficcional que pretende, desde el ámbito de lo posible, entrar en el debate sobre Colón que se había generado por la cercanía de la conmemoración de los 500 años de su arribo a América. La novela opera como un discurso crítico pues al presentar una imagen rica, compleja y contradictoria del Almirante, sustentada en fuentes de muy distinta perspectiva histórica, pone en duda las visiones unilaterales de la vida del genovés y de paso muestra lo que no se ha dicho y lo imaginado alrededor del acontecimiento que se conmemora. Es un camino que permite explorar la vida de Colón y conocer las distintas variantes que ha tenido a través del tiempo el hecho histórico que protagonizó; es una propuesta estética para explorar esta parte de la historia, que deja de lado el interés por saber la verdad sobre el pasado y sobre esta emblemática figura.

Fuentes consultadas

- Aínsa, Fernando (1991). "La nueva novela histórica latinoamericana". *Plural*, núm. 240, pp. 82-85.
- Amossy, Ruth (2006). "La noción de *ethos* de la retórica al análisis del discurso" (Juan Dothas, trad.), disponible en: <http://es.scribd.com/doc/98714710/Amossy-Ruth-La-nocion-de-ethos-de-la->
- Anglería, Pedro Mártir de (2012). *Décadas del Nuevo Mundo*. Valladolid: Maxtor.
- Aristóteles (1990). *Retórica* (introd., trad. y notas de Quintín Racionero). Madrid: Gredos.
- Barreiro Saguier, Rubén (1991). *Tentación de la utopía. La república de los jesuitas en el Paraguay*. Asunción: Servilibro.
- Barrio, Javier (1990, 19 de abril). "La utopía concreta de Roa Bastos", *El País* (nota publicada al propósito del homenaje que recibió Roa Bastos en Alcalá de Henares tras anunciar que sería galardonado con el Premio Cervantes), disponible en: http://elpais.com/diario/1990/04/19/cultura/640476007_850215.html
- Benoit, Éric (2000). *Écrire le cri : Le Livre des Questions d'Edmond Jabès*. París: Presses Universitaires de Bordeaux.
- Bolander, Andreas (2002). "Vigilia del Almirante como texto de metaficción", en *Romansk Forum*, núm. 16, pp. 31-40, consultado el 28 de febrero de 2012, disponible en: <http://www.duo.uio.no/roman/Art/Rf-16-02-2/esp/Bolander.pdf>
- Booth, Wayne C. (1961). *The Rethoric of Fiction*. Chicago: University of Chicago Press.
- Brioso Santos, Héctor (1996). "“El nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón’ de Lope de Vega y los Malos españoles de Azorín”, *Philologia hispalensis*, vol. 11, núm. 1, pp. 343-347, consultado el 20 de septiembre de 2015, disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=169181>
- Casas, Bartolomé de las (1986a). *Historia de las Indias*, vol. I, 2.^a ed. México: FCE.
- Casas, Bartolomé de las (1986b). *Historia de las Indias*, vol. I (André Saint-Lu, ed., pról., notas y cronología). Caracas: Ayacucho.
- Cervantes, Miguel de (2001). *Trabajos de Persiles y Sigismunda* (Juan Bautista Avall-Arce, ed.). Madrid: Castalia.
- Cervantes, Miguel de (2005). *Don Quijote de la Mancha* (Francisco Rico, notas). México: Real Academia Española / Alfaguara.
- Chatellus, Melle Adélaide de (2000). "Le texte étoilé dans l'oeuvre narrative postérieure à *Yo el supremo* d'Augusto Roa Bastos". Tesis de doctorado. Caen: Universidad de Caen, Normandía.

- Chatman, Seymour (1978). *Story and Discourse: Narrative Structure in Fiction and Film*. Nueva York: Cornell University Press / Ithaca.
- Colón, Cristóbal (1989). *Textos y documentos completos. Relaciones de viajes, cartas y memoriales* (Consuelo Varela, ed., pról. y notas). Madrid: Alianza.
- Colón, Hernando (2003). *Vida del Almirante don Cristóbal Colón*. México: FCE.
- De la Vega, Garcilaso (el Inca) (2013). *Comentarios reales*. México: Porrúa.
- Dussel, Enrique (1994). *1492. El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del "mito de la modernidad"*. La Paz: Plural Editores / Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Ellacuría, Ignacio (1990, enero). *Quinto Centenario de América Latina, ¿descubrimiento o encubrimiento?* (Cuaderno 31). Barcelona: Cristianisme i Justícia / Roger de Llúria, disponible en: <https://www.cristianismeijusticia.net/es/quinto-centenario-de-américa-latina>
- El País* (1992, 5 de septiembre). "Roa Bastos publica una novela sobre Cristóbal Colón", Madrid, disponible en: http://elpais.com/diario/1992/09/05/cultura/715644003_850215.html
- Ezquerro, Milagros (1993). "Don Quijote de la Mar Océana", *Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 522, pp. 128-133.
- Farge, Arlette (1991). "Familias, El honor y el secreto", en *Historia de la vida privada. 3. Del Renacimiento a la Ilustración* (Philippe Aries y Georges Duby, dirs.; Francisco Pérez, trad.). Madrid: Taurus / Alfaguara.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo (1944). *Historia general y natural de las Indias*. Libro II (Natalicio González, pról.; Amador de los Hoyos, notas). Asunción: Editorial Guaraní.
- García Ramos, Juan Manuel (1996). *Por un imaginario atlántico*. Madrid: Montesinos.
- García Ramos, Juan Manuel (2008). "Colón: el novelador novelado", en Sonia Mattalia, et al. (eds.), *El viaje en la literatura hispanoamericana: el espíritu colombino*. Madrid: Iberoamericana.
- Genette, Gérard (1972). *Figuras III* (Carlos Manzano, trad.). Barcelona: Lumen.
- Genette, Gérard (1989). *Palimpsestos. La literatura en segundo grado* (César Fernández, trad.). Madrid: Taurus.
- Godoy, Eduardo (2005). "La prosa de ficción en el siglo XVI y Lazarillo de Tormes", en Anónimo, *Lazarillo de Tormes* (Eduardo Godoy G., ed.). Santiago: LOM Ediciones, pp. 7-69.

- González, Justo L. (2010). *Diccionario manual teológico*. Barcelona: CLIE.
- Heers, Jacques (1996). *Cristóbal Colón* (José Esteban Calderón y Ortiz Monasterio, trad.). México: FCE.
- Hernández Ojeda, Biviana y Montolio, Manuel (2006). "Heteroglosia y metaficción, dos mecanismos de construcción de la figura de Cristóbal Colón en la nueva novela histórica". Tesis de licenciatura. Valdivia, Chile: Universidad Austral de Chile.
- Huizinga, Johan (1973). *El otoño de la Edad Media* (José Gaos, trad.). Madrid: Revista de Occidente.
- Iglesia, Ramón (1984). "Prólogo" a *Vida del Almirante don Cristóbal Colón*. México: FCE.
- Jabès, Edmond (1963). *Le Livre des Questions*. París: Éditions Gallimard.
- Kindt, Tom y Hans-Harald Müller (2006). *The Implied Author. Concept and Controversy*. Nueva York: Walter de Gruyter.
- Lausberg, Heinrich (1966). *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la literatura* (José Pérez Riesco, trad.), tomo 2. Madrid: Gredos.
- León-Portilla, Miguel (1989). "Discurso de su excelencia Sr. D. Miguel León Portilla, embajador de México ante la Unesco", en *Conmemoración del quinto centenario del encuentro de dos mundos, 1492-1992*. Francia: Talleres de la Unesco / Unesco Archivos, documento núm. 87520, disponible en: <http://www.unesco.org/new/en/unesco/resources/online-materials/publications/unescdoc-database/>
- León-Portilla, Miguel (2006). *Obras. Tomo III. Herencia cultural de México*. México: UNAM / Instituto de Investigaciones Históricas / El Colegio Nacional.
- Lope de Vega, Félix (1838). "El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón", en Eugenio de Ochoa (introducción y biografía), *Tesoro del teatro español, desde su origen (año de 1356) hasta nuestros días; arreglado y dividido en cuatro partes*, tomo II: Teatro escogido de Lope de Vega. París: Librería Europea de Baudry.
- López de Gómara, Francisco (1979). *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés* (Jorge Gurria Lacroix, pról.). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Madariaga, Salvador de (1942). *Vida de muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, 2ª ed., Buenos Aires: Sudamericana.
- Manzano Manzano, Juan (1989). *Colón y su secreto. El predescubrimiento*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional.
- Marinone, Mónica (1997). "Vigilia del Almirante: Una variante en la narración de la historia", en Mónica Scarano, et al., *La reinención de la memoria*. Buenos Aires: Viterbo.

- Marrou, Henri-Irénée (1975). *Del conocimiento histórico*. Buenos Aires: Per Abbat.
- Méndez-Faith, Teresa (2003). *Breve diccionario de la literatura paraguaya*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (edición digital basada en la segunda edición de Asunción: El Lector, 1996), disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcm29t5>
- Menton, Seymour (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México, FCE.
- Menton, Seymour (1994). "Augusto Roa Bastos. *Vigilia del Almirante*", en *World Literature Today*, vol. 68, núm. 2, pp. 345-360.
- Montesino, Jorge (2004). *30 leyendas populares del Paraguay*. Servilibro: Asunción.
- Morison, Samuel Eliot (1991). *El Almirante de la Mar Océano. Vida de Cristóbal Colón*. (Luis A. Arocena, trad). México: FCE.
- Ordaz, Ramón (2000). *El pícaro en la literatura iberoamericana*. México: UNAM.
- Ordóñez Cifuentes, José Emilio Rolando (1996). "La celebración del V Centenario", en José Emilio Ordóñez, *Al propósito del V Centenario y la reacción de los pueblos indios* (col. Cuadernos Constitucionales México-Centroamérica, núm. 24). México: UNAM / Instituto de Investigaciones Jurídicas, pp. 113-115.
- Ortega, José (1998, octubre-diciembre). "El mito de Colón en las novelas de Carpentier y Roa Bastos", *La Palabra y el Hombre*, núm. 108, p. 41-59, consultado el 2 de marzo de 2012, disponible en: <http://cdigital.uv.mx/handle/123456789/917>
- Parente, Pietro, et al. (1955). *Diccionario de teología dogmática* (Francisco Navarro, trad.). Barcelona: Editorial Litúrgica.
- Paz Gago, José María (1995). *Semiótica del Quijote. Teoría y práctica de la ficción narrativa*. Países Bajos: Ediciones Rodopi.
- Pecci, Antonio V. (2007). *Roa Bastos. Vida, obra y pensamiento*. Asunción: Servilibro.
- Peiró, José (2005). "Reflexiones y actualizaciones del mundo colonial en la literatura paraguaya actual", *América sin nombre. Boletín de la Unidad de Investigación de la Universidad de Alicante*, núm. 5-6. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, disponible en: http://bib.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01826963872365036338813/p0000001.htm#l_0_
- Perkowska, Magdalena (2008). *Historias híbridas. La nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia*. Madrid: Iberoamericana.

- Pons, María Cristina (1996). *Memorias del olvido: La novela histórica de fines del siglo XX*. México: Siglo XXI.
- Prada Oropeza, Renato (1985). "Los elementos pragmáticos del nivel discursivo: el narrador y el narratario", *Semiosis*, núms. 14-15, pp. 3-35.
- Prada Oropeza, Renato (1999). *Literatura y realidad*. México: FCE / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Universidad Veracruzana.
- Reyzábal, María Victoria (1998). *Diccionario de términos literarios*, t. 1. Madrid: Acento.
- Ribeiro, Darcy (1977). *Las Américas y la civilización: proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Ricœur, Paul (1989). "Para una teoría del discurso narrativo", *Semiosis*, núm. 22-23, pp. 19-90.
- Ricœur, Paul (2009). *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. México: Siglo XXI.
- Ricœur, Paul (2010). *La memoria, la historia y el olvido* (Agustín Neira, trad.). México: FCE.
- Rimmon-Kenan, Shlomith (1983). *Narrative Fiction*. Nueva York: Routledge.
- Roa Bastos, Augusto (1986). *Los dilemas de la integración iberoamericana (a la luz del V Centenario del descubrimiento de América)*. Madrid: Asociación de Periodistas Europeos.
- Roa Bastos, Augusto (1988, 29 de noviembre). "La unidad latinoamericana. Una utopía concreta", *El País*, disponible en: http://elpais.com/diario/1988/11/29/internacional/596761202_850215.html
- Roa Bastos, Augusto (1991). "Prólogo", en Rubén Barreiro Saguier, *Tentación de la utopía. La república de los jesuitas en el Paraguay*. Asunción: Servilibro.
- Roa Bastos, Augusto (1992). "Descubrir el encubrimiento", *El País*, Madrid, consultado el 3 de abril de 2014, disponible en: http://www.elpais.com/articulo/cultura/AMERICA/ESPAÑA/LATINOAMERICA/V_CENTENARIO_DEL_DESCUBRIMIENTO_DE_AMERICA/DESCUBRIMIENTO_Y_CONQUISTA_DE_AMERICA/Descubrir/encubrimiento/elpepicul/19921014elpepicul_16/Tes
- Roa Bastos, Augusto (1993). *Vigilia del Almirante*. México: Cal y Arena.
- Roa Bastos, Augusto (1998). *Tierra sin mal. Teatro de Augusto Roa Bastos*. Asunción: Servilibro.
- Roa Bastos, Augusto (2012). "Entre lo temporal y lo eterno", en Augusto Roa Bastos, *et al.*, *Entre lo temporal y lo eterno*. Asunción: Servilibro.

- Roa Bastos, Augusto, *et al.* (2012). *Entre lo temporal y lo eterno*. Asunción: Servilibro.
- Rodilla, María José (1998). "El Almirante de la Mar Océana: entre la apología y la parodia", en Florencio Sevilla y Carlos Alvar (eds.), *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, tomo III: Literatura hispanoamericana. Madrid: Castalia / Centro de Apoyo al Hispanismo de la Fundación Duques de Soria / Asociación Internacional de Hispanistas, pp. 376-383, disponible en: https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih_13_3_050.pdf
- Rodríguez, Sandra P. (2011, enero). "Conmemoraciones del cuarto y quinto centenario del 12 de octubre de 1492: debates sobre la identidad americana", *Revista de Estudios Sociales*, núm. 38, pp. 64-75.
- Romero, José Luis (1979). *La Edad Media*. México: FCE.
- Sánchez Macgrégor, Joaquín (1990). *Colón y Las Casas*. México: UNAM.
- San José, Eduardo (2008). "El horizonte ideológico de los viajes colombinos en la narrativa histórica hispanoamericana del siglo XX", en Sonia Mattalia, *et al.* (eds.), *El viaje en la literatura hispanoamericana: el espíritu colombino*. Madrid: Iberoamericana.
- Shaw, Donald L. (2005). *Nueva narrativa hispanoamericana: boom, posboom, posmodernismo*. Madrid, Cátedra.
- Stoopen, María (2005). *Los autores, el texto, los lectores en el Quijote*. México: UNAM.
- Trejo Rivera, Flor (2005). "El barco como una ciudad flotante", en Antonio Rubial García (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo II. La ciudad barroca*. México: El Colegio de México / FCE.
- Trueba Atienza, Carmen (1996). "Ethos y katharsis trágica", en Carmen Silva (comp.), *Avances. Coloquio de Doctorados de Filosofía*. México: UNAM / Facultad de Filosofía y Letras, pp. 138-145.
- Varela, Consuelo (2003). "La imagen de Colón en el siglo XVI", en Carlos Alberto González Sánchez y Enriqueta Vila Vilar (coords.), *Grafías del imaginario: representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)*. México: FCE.
- Varela, Consuelo (2009). *Colón, retrato de un hombre*. Madrid: Alianza.
- Villanueva, Darío (1989). *Comentario de textos narrativos: la novela*. Gijón: Júcar.
- Vizcaíno Mosqueda, Laura Elisa (2013). "La metaficción en algunas brevedades narrativas de Hispanoamérica", *Cuadernos americanos*, vol. 1, núm. 143, pp. 87-101.
- White, Hayden (2003). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos* (Verónica Tozzi, trad.). Barcelona: Paidós.